

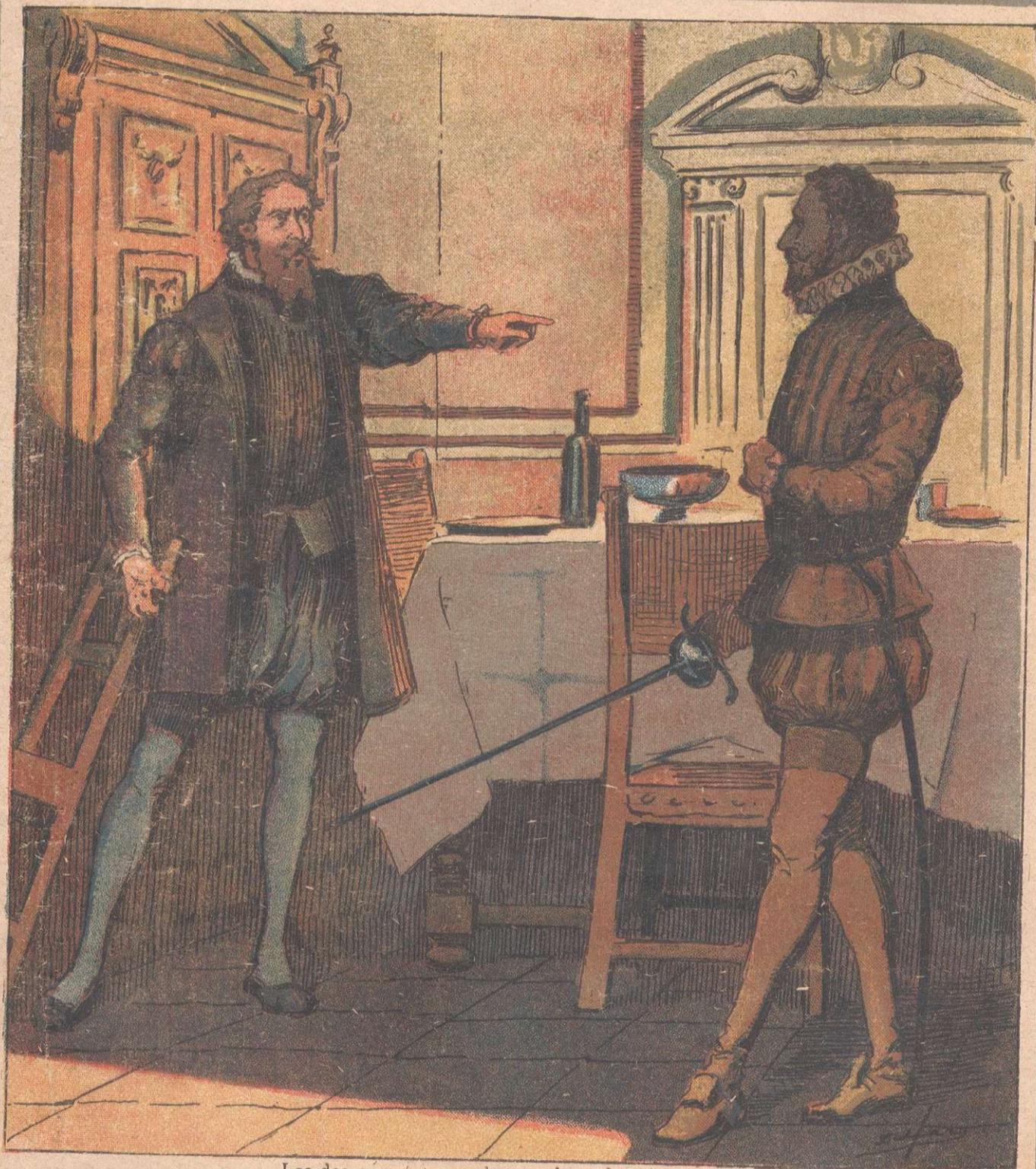
21 **LA NOVELA ILUSTRADA**

II ÉPOCA — PERIÓDICO SEMANAL DE NOVELAS. — NÚM. 144

**EL SIGLO
DE LAS TINIEBLAS**

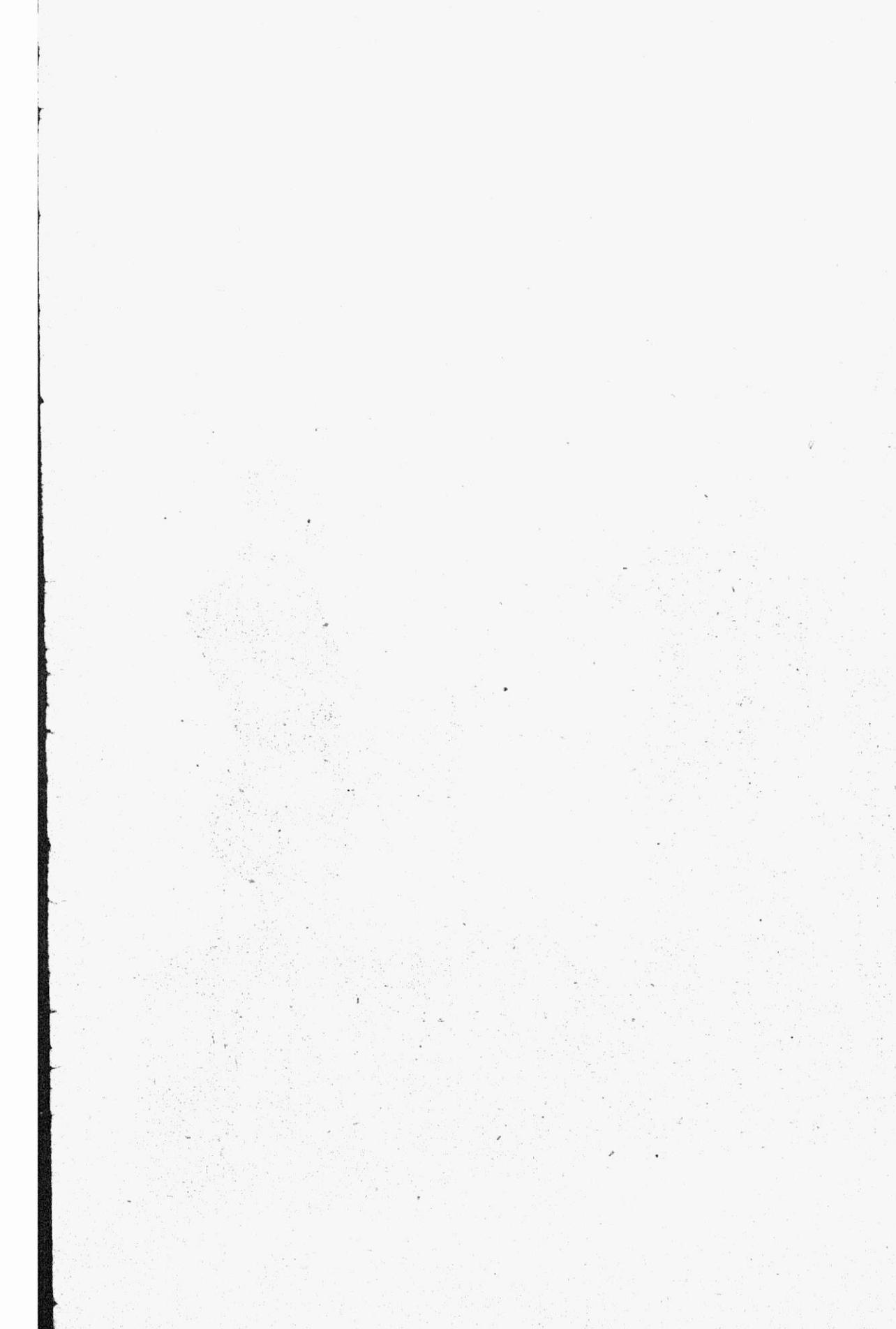
TOMO SEXTO

POR R. ORTEGA Y FRIAS



Los dos enemigos quedaron solos y frente á frente.

35 CTS.



1-7-000/21

EL SIGLO DE LAS TINIEBLAS .

OBRAS PUBLICADAS POR "LA NOVELA ILUSTRADA,"

- 1.—BENATA MAUPREIN, por J. y E. Goncourt.
- 2.—CENTINELA, ALBERTA!, por Matilde Serao.
- 3.—LOS MIL Y UN FANTASMAS, por A. Dumas.
- 4.—EL HIJO DE LA PARROQUIA, por C. Dickens.
- 5.—CARMEN, por Próspero Mérimée, y CORAZÓN DE TORERO, por Teófilo Gautier.
- 6.—HÉROULES EL ATREVIDO, por A. Dumas.
- 7.—EL DOCTOR RAMBAU, por Jorge Ohnet.
- 8.—HUMO, por Iván Turguenef.
- 9.—EL PESCADOR DE ISLANDIA, por Pierre Loti.
- 10.—RAFFLES EL ELEGANTE, por E. W. Hornung.
- 11.—LA SAVELLI, por G. Agustín Thierry.
- 12.—AMOR DE ESPAÑOLA, por J. B. d'Aureville.
- 13.—FUERTES COMO LA MUERTE, por G. Maupassant.
- 14.—LA DAMA VESTIDA DE BLANCO, por W. Collins.
- 15.—CRIMEN Y CASTIGO, por F. Dostoyewsky.
- 16.—MISÉ ANTISTÓFELAS, por Fergus Hume.
- 17.—EL SOMBRERO DEL CURA CIRILO, por Marchi.
- 18.—TIEMPOS DIFÍCILES, por Carlos Dickens.
- 19.—LAS AGUAS DEL MONTE ORIOL, por Guy de Maupassant.
- 20.—EL HOMBRE DEL ANTIFAZ NEGRO, por E. W. Hornung.
- 21.—VENGANZA CORSA, por Próspero Mérimée.
- 22.—PADRE Y FISCAL, por Francisco Copé.
- 23.—EL ILUSTRE CANTABRINO, por G. Rovetta.
- 24.—EL LADRÓN NOCTURNO, por E. W. Hornung.
- 25.—EL ÍDOLO DE LOS OJOS VERDES, por P. Erbenar.
- 26.—LOS BUSCADORES DE ORO, por E. Conscience.
- 27.—LA BOHEMIA, por Enrique Murger.
- 28.—LA PEÑA DEL MUERTO, por Quiller Couck.
- 29.—LOS CABALLEROS DEL BOSQUE, por J. Sand.

Colección Conan-Doyle.

- 11.—SABER EN MANO.
- 12.—AL GALOPE.
- 13.—LA BANDERA VERDE.
- 14.—LA TRAGEDIA DEL KOROSKO.
- 15.—EL MILLÓN DE LA HEREDERA.
- 16.—EL VENDEDOR DE CADÁVERES.
- 17.—EL ROBO DEL DIAMANTE AZUL.

Colección Victor Hugo.

- 35.—BUG-JARGAL.
- 36.—HAN DE ISLANDIA.
- 37.—EL NOVENTA Y TRES.
- 38.—EL HOMBRE QUE RÍE (2 tomos).
- 39.—LOS TRABAJADORES DEL MAR.
- 40.—NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.
- 41 y 42.—LOS MISERABLES (2 tomos).

Colección Tolstol.

- 44.—RESURRECCIÓN.
- 45.—LA GUERRA Y LA PAZ.
- 46.—LA SONATA DE KARUENNA.
- 47 y 48.—ANA KARENINA (2 tomos).

Colección Rocambole, por Ponson du Terrail.

- 77.—LA HERENCIA DE LOS DOCE MILLONES.
- 78.—EL TONEL DEL MUERTO.
- 79.—EL CLUB DE LOS VEINTICUATRO.
- 80.—EL RIVAL DE BACCARAT.
- 81.—LA ESTOCADA DE LOS CIEN LUFRES.
- 82.—EL JURAMENTO DE LA GITANA.
- 83.—LAS DOS CONDESAS.
- 84.—EL TRIUNFO DEL MAL.
- 85.—ROCAMBOLE TIENE MIEDO.
- 86.—EL ESPECTRO DE LA GUILLOTINA.
- 87.—LOS CABALLEROS DEL CLARO DE LUNA.
- 88.—LA SOMBRA DE DIANA.
- 89.—EL PACTO DE LAS TRES MUJERES.
- 90.—EL HOMBRE DE LAS GAFAS AZULES.
- 91.—EL NÚMERO CIENTO DIEZ Y SIETE.
- 92.—LA CÁRCEL DE MUJERES.
- 93.—LOS LOBOS DE LA NIEVE.
- 94.—EL TELEGRAMA FALSO.
- 95.—LAS GARRAS DE COLOR DE ECA.
- 96.—LA TABERNA DE LA MUERTE.
- 97.—EL FANTASMA DE LAS CADENAS.
- 98.—LAS CÁMERAS DEL CRIMEN.
- 99.—EL CADÁVER DE CERA.
- 100.—LA VIUDA DE LOS TRES MARIDOS.
- 101.—LAS FIERAS DE LA SELVA.
- 102.—EL BARRIL DE PÓLVORA.
- 103.—LOS TRES VERDUGOS.
- 104.—EL MOLINO SIN AGUA.
- 105.—EL PLAN DEL HOMBRE GRIS.
- 106.—EL CEMENTERIO DE LOS AJUSTICIADOS.
- 107.—UNA CITA DE AMOR.
- 108.—LOS DOS DETECTIVES.
- 109.—EL RAO DE MUERTE.
- 110.—LA CUERDA DEL AHORCADO.
- 111.—LA NIÑA MUDA.
- 112.—EL SECRETO DE LA CARTERA.
- 113.—LA CASA DE LAS ROSAS.
- 114.—LOS PAPELES DEL ASESINO.
- 115.—EL RAPTO DE UNA MUJERTA.
- 116.—EL HILO ROJO.

Colección Dumas.

- 49 y 50.—LOS TRES MOSQUITEROS (2 tomos).
- 51 a 53.—VEINTE AÑOS DESPUÉS (3 tomos).
- 54 a 59.—EL VIZCONDE DE BRAGELONNE (6 tomos).
- 60 a 63.—EL CONDE DE MONTECRISTO (4 tomos).
- 64 y 65.—ASCANIO (2 tomos).
- 66 a 68.—LAS DOS DIANAS (3 tomos).
- 69 y 70.—EL PAJE DEL DUQUE DE SANOYA (2 tomos).
- 71.—EL HORÓSCOPO.
- 72 y 73.—LA REINA MARGARITA (2 tomos).
- 74 a 76.—LA DAMA DE MONSIEUR (3 tomos).
- 81 a 83.—LOS CUARENTA Y CINCO (3 tomos).
- 120 a 125.—MEMORIAS DE UN MÉDICO (6 tomos).
- 126 a 129.—EL COLLAR DE LA REINA.

Colección Ortega y Frías.

- 130 a 138.—EL TRIBUNAL DE LA SANGRE (9 tom.).

R-43450
Asociación de Autores de España

LA NOVELA ILUSTRADA

EL SIGLO DE LAS TINIEBLAS

o

MEMORIAS DE UN INQUISIDOR

NOVELA HISTORICA ORIGINAL

FOR

R. ORTEGA Y FRIAS

TOMO SEXTO



LA NOVELA ILUSTRADA

Director literario: Vicente Blasco Ibañez.

Calle de Mesonero Romanos, 43.

MADRID

EL SIGLO DE LAS TINIEBLAS

O

MEMORIAS DE UN INQUISIDOR

CAPITULO PRIMERO

LA LUCHA

Dió el señor Antolín un paso hacia Tordesillas; pero en aquel momento dos hombres con la espada desnuda se presentaron á la puerta de la habitación.

Eran David y Juan.

Al verlos Jacobo deplegó una sonrisa amarga y dijo:

—¿Vosotros también? No importa, venid.

—Señores—dijo el hidalgo—, dejad que el señor Jacobo y yo arreglemos nuestras cuentas.

—¡Jacobo habéis dicho— exclamó David.

—Sí—dijo el esposo de Isabel—; basta de disimulo, basta de fingimiento indigno de un hombre honrado como yo. Soy Jacobo de Tordesillas!... ¿Queréis saber más?

—¡Jacobo de Tordesillas!... ¡Y lo tenemos tan cerca mientras lo buscábamos con tanto afán!...

—¿Vosotros también lo buscábais?— preguntó el hidalgo.

—Sí—respondió Juan—, tenemos también cuentas pendientes... ¡Voto á cien mil legiones!...

El esposo de Isabel creyó que todos eran enemigos, y por consiguiente, no pensó más que en aprovechar aquellos momentos de vacilación para librarse de una muerte cierta.

—Basta de palabras—dijo.

Y con la velocidad del rayo levantó la silla y la dejó caer sobre el señor Antolín con tanta violencia que se hizo pedazos.

La espada del hidalgo rodó por el suelo, y él, aturdido por el golpe, vaciló como si fuese á caer.

Jacobo lo asió por la cintura y con la fuerza de la desesperación, levantólo como pudiera haber levantado á un niño, se acercó á la ventana y lo arrojó al patio.

—¡Bien, vive Dios!—gritó Juan entusiasmado.

Pero tras él dijo en aquellos momentos una voz:

—¡En nombre del rey!

Y cinco ó seis arqueros penetraron en la estancia.

Con tal ímpetu entraron y fué tal la confusión, que algunos daban contra la mesa, haciéndola caer.

Rodaron platos, botellas y luces, quedando todos envueltos en tinieblas.

Jacobo comprendió instantáneamente las consecuencias que debía tener aquel suceso.

Creyó feliz casualidad la circunstancia de haberse apagado las luces, y mientras los arqueros gritaban pidiendo otras, él á muerte ó á vida saltó por la ventana, yendo á caer al patio y sobre el cuerpo del señor Antolín.

De esto no se apercibieron los demás.

Habiéndose roto las botellas y derramado el vino en el suelo, era imposible probar el criminal intento del señor Antolín, y no resultaría más sino que á este se le había arrojado por la ventana.

Jacobo debía ser acusado de homicidio sin que pudiera defenderse.

Estas razones le obligaron á tomar la determinación de huir.

Luciana se presentó bien pronto con luz.

Los arqueros fijaron su atención en David y Juan y empezaron á dirigirles preguntas, porque ignoraban lo que sucedía.

Empero ni Juan ni David se ocuparon en responder, sino en mirar á todos lados, buscando á Jacobo.

Lo que éste había hecho lo adivinaron aquellos fácilmente.

Lo que les interesaba, era seguir al fugitivo.

—¿Pero qué sucede, por qué alborotáis así?—dijo el jefe de la ronda.

Juan, dando una prueba de su serenidad admirable y de su fecundo ingenio, envainó la espada, sonrió y dijo:

—Miedo vano de mujeres.

—Explicaos.

—Disputamos, salieron á relucir los aceros... Pero esto se acabó.

—Bien mereciais dormir en un calabozo para que otra vez fuéseis más prudentes.

—Perdonad... Nos vamos...

—¿Es verdad lo que dicen?—preguntaron á Luciana.

—Sí—respondió ésta—, yo me asusté...

—¿Quién es el dueño de esta casa?

—La muy noble señora Angélica Barbon.

—Valga ese nombre.

Los arqueros no tenían sin duda ganas de ocuparse en asunto de tan poca importancia y se fueron con la mayor indiferencia.

David y Juan no perdieron un instante y salieron también mientras el segundo decía:

—Huye... Le cortaremos la retirada y nos daremos á conocer...

—¡Horrible fatalidad!—exclamó David con acento de desesperación.

No necesitaban ponerse de acuerdo sobre lo que era conveniente hacer en aquella situación.

En pocos segundos llegaron á la hostería.

Mientras David recorría la casa, Juan interrogaba al hostelero, diciéndole:

—¿Dónde está el señor Jacobo de Tordesillas?

—¡El señor Jacobo!—murmuró maese Curcanon con extrañeza.

—¡Vive Dios!... Ya se aclaró el misterio, y si intentáis disimular...

—Pero...

—¿Dónde está, donde está?... Somos sus mejores amigos, hemos venido de España para salvarle, para hacerlo feliz... ¡Por el infierno, que si no respondéis con claridad!...

—No disimulo, no miento—replicó maese, empezando á perder la tranqui-

lidad—. El señor Jacobo salió después de anochecido y no ha vuelto.

—Sí, ha vuelto, ha entrado por el patio.

—¡Por el patio!...

—Maese Curcanon, que os ahogo, que no soy hombre de paciencia.

—Explicaos si queréis y tened compasión de mí, porque no entiendo una sola palabra; os lo juro, caballero, os lo juro hasta por mi alma.

—Venid—dijo el sirviente, asiendo por un brazo al hostelero.

La verdad era que éste ignoraba completamente lo que había sucedido.

Fueron al patio, encontrando allí cadáver, ó por lo menos sin sentido, al señor Antolín Santoyo.

—¡Un hombre muerto!—exclamó Curcanon aterrado—. ¡Un hombre muerto en mi casa!... ¡Dios mío, qué va á ser de mí!

Y se movió de un lado para otro completamente aturdido y sin saber qué decir ni qué hacer.

—¿Y no sabéis quién es ese hombre?

—Este hombre—balbuceó el hostelero—, este hombre...

—Es el señor Antolín Santoyo, el que se ha casado con vuestra vecina la señora Barbon.

—La señora Barbon... El señor Antolín... Muerto... El señor Jacobo...

—¡Acabaréis?

—¿Cómo he de concluir, si no sé por donde principiar?

—A este hombre le han echado por esa ventana.

—¡Horror!

—Y por esa ventana se ha echado también el señor Jacobo, huyendo de los arqueros.

—Empiezo á comprender.

—Y lo buscamos...

—Vamos á buscarlo; pero, vendrá la justicia...

—¿Qué me importa?

—Mi crédito, mi fortuna...

—Llévesela el diablo—gritó Juan.

Y convencido de que el hostelero nada sabía sobre el paradero del esposo de Isabel, salió del patio y fué á reunirse con David.

Los dejaremos dando vueltas de un lado para otro y desesperándose cada vez más, y retrocederemos al instante en que,

según ya dijimos. Jacobo se descolgó por la ventana, cayendo sobre el hidalgo.

Ningún daño recibió al caer, y como los momentos eran preciosos, los aprovechó para alejarse, saliendo del patio y luego de la casa sin ser visto del hostelero.

Al encontrarse en la calle sintió que una mano se ponía sobre uno de sus hombros.

Volvióse mientras llavaba la diestra á su puñal con la firme resolución de morir antes que entregarse y de vender cara su vida.

Empero se encontró con el padre Leotardo, que le dijo sósegadamente:

—Venid, y luego hablaremos.

Alejáronse de aquel sitio, dejando atrás tres ó cuatro calles.

Creyéronse ya seguros y se detuvieron.

—Sepamos lo que ha sucedido—dijo el jesuíta—. He oído los gritos, he visto entrar á los dos españoles y después á unos arqueros que acertaban á pasar por aquí; pero no sé más.

Jacobo explicó en pocas palabras la escena que había tenido lugar, añadiendo que ya no le quedaba duda de que los españoles eran también dos enemigos pagados por Florentín ó por cualquier otro de los inquisidores.

—Reflexionemos—dijo el padre Leotardo.

—El tiempo que he de gastar en reflexiones, debo aprovecharlo para huir. Haya ó no muerto el señor Antolín Santoyo, siempre puede acusármese de un homicidio.

—Mal negocio.

—No puedo probar que mi proceder ha sido en legítima defensa de mi vida, porque tendré en contra las declaraciones de los testigos, y en cuanto al veneno, tampoco me es posible probar nada. En estos momentos me buscarán, y si no me encuentran hoy, me encontrarán otro día. Estoy, pues, perseguido en Francia, lo mismo que en España, y será una locura todo intento que no me dé por resultado alejarme del territorio francés.

—¿Y adónde iréis?

—A Alemania.

—No es allí donde más puedo favoreceros; pero sin embargo...

—Ya no quiero protección de nadie,

no quiero más que la protección divina; y si sucumbo, me resignaré con los fallos del Omnipotente.

—Señor Jacobo, en estos momentos de excitación de verdadero trastorno, no es extraño que imaginéis cometer un desacierto; pero tengo la esperanza de que me escucharéis de que seguiréis mis consejos como antes los habéis seguido.

—No.

—Puedo ocultaros donde estéis completamente seguro.

—Huiré, huiré.

—Esperad al menos á que acabemos de poner en claro el misterio en que se envuelven esos dos españoles, porque no es bastante aclaración lo que ha sucedido.

—Ya no hay misterio, son dos enemigos.

—No importa.

—Padre, os agradezco con toda mi alma cuanto habéis hecho por mí; pero no me detendré.

—¿Habéis perdido el juicio?

—Tal vez.

—Pues á los locos—replicó el padre Leotardo con su calma inalterable—, no se les dan explicaciones.

—No las he pedido.

—Pero queréis cometer una locura.

—Sí, quiero alejarme, salir de Francia.

—No lo haréis.

—¿Quién me lo estorbará?

—Yo.

—¿Y cómo—replicó enérgicamente el esposo de Isabel.

—Puedo hacer que la justicia os detenga en este momento.

—Entonces vuestra protección...

—Así os haría un bien.

—Padre...

—Me sobran medios para ponerlos toda clase de estorbos. ¿Olvidáis que perteneczo á la Compañía de Jesús?

—¡Oh!...

—Si intentáis salir de París sin licencia...

—Basta, basta.

—Ahora me obedecéis.

—Que sufro mucho, padre mío.

—Ya lo sé.

—Que no podré dominarme, y si permanezco en París iré á buscar á ese miserable asesino...

—Tampoco haréis eso.

—Abusáis de vuestra posición.

—Mañana pensaréis de distinto modo, pues habréis recobrado la calma, siquiera lo suficiente para reflexionar.

—Lo dudo.

—No es posible que ahora os deis clara cuenta de la situación.

—Acabemos, padre mío.

—Ahora iréis á mi casa.

—¿No me acompañaréis?

—Tengo que volver á la hostería.

—Os esperaré.

—Si veis que alguien os sigue, aunque sean dos hombres, dejadlos.

—¿Queréis explicarme?...

—Es que conviene que estéis vigilado.

—¡Vive el cielo!...

—Vos mismo habéis dicho que estáis loco y á los locos no se les trata como á los cuerdos. Si tuvieseis ciega fe en nuestro deseo de haceros feliz, nuestro proceder sería distinto; pero no habéis querido someteros...

—Y me sometéis, ¿no es verdad?

—Es preciso.

—¿Y si me rebelo?

—Peor para vos, porque no conseguiréis más que hacer doblemente crítica vuestra situación.

—Peor de lo que es...

—Puede serlo.

Convencióse el señor Jacobo de que nada conseguiría, y aunque forzámente, se resignó.

—Dios os guarde—dijo.

Y se alejó calle arriba.

—Sufre mucho—murmuró el padre Leotardo—; pero me consuela la seguridad de que más ó menos tarde lo haremos dichoso.

Y retrocedió, volviendo á la hostería donde encontró al hostelero desesperado porque ya veía eclipsada la estrella de su fortuna y arruinado su floreciente establecimiento.

CAPITULO II

EL JESUITA RESTABLECE EL ORDEN

—Hermano—dijo el jesuita con su calma habitual—, os apuráis por bien poco.

—Poco llamáis á mi ruina.

—El asunto será muy grave y os arruinaréis si continuáis aturdiéndoos y dando motivos de alboroto. Lo que ha

sucedido nada tiene de particular. Un vecino vuestro se ha caído por una ventana, y lo primero que hay que hacer, ó más bien lo único, es dar aviso á su familia y socorrer á ese infeliz, llevándolo á su casa muerto ó herido.

—Pero la justicia...

—Entre lo que me habéis dicho, y que nadie entendería por el desorden de vuestras palabras, he oído que esos dos españoles...

—Buscan al otro; han recorrido toda la casa, han querido matarme porque no les decía donde estaba el señor Jacobo...

—Todo eso prueba que la justicia ignora la verdad de lo sucedido, y tanto lo ignora como que siendo esos dos españoles las únicas personas que han encontrado, los ha dejado en libertad.

—¿Que la justicia los ha encontrado!... ¿Dónde! ¿cuándo?

—Donde ha tenido lugar el suceso y cuando acababa de caer por la ventana el señor Antolín.

—No lo entiendo, no lo entiendo.

—Ya lo entenderéis.

—¿Dios mío!...

—¿Dónde están los dos españoles?

—Hace un momento que se han ido como dos leones furiosos... ¡Si los hubieseis visto!... Echaban fuego por los ojos, y de sus bocas no salían más que juramentos y blasfemias.

—Y esa desesperación...

—Consiste en que no encuentran al médico, en que lo han tenido tan cerca y lo han dejado ir, cuando no hacían otra cosa más que buscarlo para hacerlo dichoso, según ellos dicen, y... en fin, estoy aturdido, no sé lo que me pasa...

—Aprovechemos el tiempo.

—¿Qué he de hacer?... Padre mío, aconsejadme, protejedme...

—Venid.

—¿Adonde vamos?

—¿A casa de la señora Barbon!

—¿Estáis seguro que ha muerto el señor Antolín?

—No lo sé.

—Pues es lo primero de que debemos cerciorarnos.

—En el patio lo tenéis.

—Llevadme donde está.

—Tomó una luz el hostelero y ambos

fueron donde se encontraba el hidalgo.

Este había abierto los ojos y fijó la mirada en el jesuíta, exhalando un ay; pero no pudo hablar, aunque parecía que lo intentaba.

—Caballero—le dijo el padre Leotardo—, tengo noticias de lo que ha sucedido. A vuestro asesino se le busca por todas partes; pero ahora lo más interesante es prestaros los socorros que necesitáis.

Y volviéndose al hostelero, añadió:

—Disponed de cualquier modo una camilla para trasladar á este caballero á su casa, adonde yo voy ahora para tranquilizar en lo posible á su noble esposa; también puede uno de vuestros criados ir en busca de un médico.

El señor Antolín hizo un gesto doloroso y se movió como si quisiera levantarse.

—Quieto—le dijo el jesuíta.

El hidalgo hizo un segundo esfuerzo y consiguió cambiar de postura.

—¡Ah!—exclamó por fin—. ¡Rayos de Satanás!...

—Quieto, quieto.

—No tengo un hueso sano... ¡Dios de Dios!... Que lo busquen; pero no para entregarlo á la justicia... ¡Ay!... ¡No puedo moverme!

El dolor y la desesperación se pintaban en el rostro del señor Antolín.

—Esperad un poco—dijo el jesuíta.

Y salió, haciéndose las siguientes reflexiones:

—La situación ha cambiado completamente. Este hombre no ha muerto, y por consiguiente aún tenemos un enemigo más, si bien un enemigo que no es muy temible. ¿Y la hermana Angélica? Me prometió esta mañana firmar hoy mismo el testamento. ¿Habrá cumplido su palabra? Se ha salvado también, y... Veamos como se encuentra su cuerpo y su espíritu.

Se encontraba mal, y de ello se convenció bien pronto el padre Leotardo.

Cuando éste se presentó, la romántica Angélica no había recobrado el conocimiento: había sido colocado en la cama su sirviente, que no sabía que hacer ni á quién acudir ni casi acertaba á darse cuenta de lo que había sucedido.

El jesuíta la examinó cuidadosamente y dijo para sí:

—No la ha matado el veneno; pero creo que la matará el susto.

Y añadió en voz alta y dirigiéndose á la sirviente:

—Vuestro señor está en muy mal estado: van á traerlo, y un médico vendrá enseguida.

—¿Y los otros?

—Hermana, no conviene hablar de ciertas cosas, porque si llega á entrar aquí la justicia...

—¡Dios bendito!...

—Vuestro señor ha tenido la desgracia de caerse por la ventana, ¿entendéis?

—Nada entiendo.

—Os lo explicaré después: ahora explicadme vos como los arqueros que acudieron á vuestros gritos se fueron sin prender á los dos españoles que antes habían entrado.

—Os lo diré si puedo, porque, la verdad, me quedé atontada sin ver, sin oír, sin entender que el médico aseguró que estaba envenenado el vino que debía beber mi pobre señora.

—Todo lo sé, hasta el punto en que entraron los dos españoles.

—Pues los arqueros echaron á rodar la mesa y se quedaron á oscuras. Llevé otra luz y ya no estaba el médico. Me parece que efectivamente es brujo y que la Inquisición hace muy bien en perseguirlo.

—Dejad de observaciones inútiles: vos no entendéis de eso.

—Pues bien, los arqueros no pudieron saber la verdad ni creyeron que había más hombres que los dos españoles.

—¿Qué hicieron ellos?

—Aseguraron muy formalmente que habían disputado y sacado las espadas; pero que ya había concluido todo y que estaban tranquilos.

—Los dejaron irse...

—Y nada más.

—¿Y vuestra señora?

—Se había desmayado y la encontré en el suelo.

Todo estaba perfectamente explicado.

Lo único que al jesuíta le faltaba saber era lo que se refería á David y Juan; pero esto lo averiguaría fácilmente, hablando con ellos y dándoles pruebas de

que había sido el protector de Jacobo.

Aunque había sido grande la confusión y no poco el ruido, el lance no tuvo importancia para nadie más que para aquellos que conocían la verdad.

El padre Leotardo volvió á examinar á la enferma, y su opinión fué la misma que antes.

Esperó, pues, porque en aquellos momentos no tenía que hacer otra cosa.

Un cuarto de hora después llevaron al señor Antolín entre maese Curcanon y sus criados y le colocaron en una cama.

No tardó en ir el médico, cuyo primer cuidado fué hacer recobrar el sentido á la señora Barbon.

Téngase presente que ésta ignoraba lo que había sucedido á su esposo, puesto que salió gritando y se desmayó antes de que se acometiesen los dos enemigos.

Pasó el médico á la habitación donde se encontraba el hidalgo.

La dama miró á su alrededor lánguidamente, encontrando al jesuíta, que la contemplaba con muestras del más vivo interés.

La infeliz exhaló un profundo suspiro.

—¡Ay!—exclamó con voz lastimera.

—¿Cómo os sentís, hermana?—preguntó con dulzura el padre Leotardo.

—Muy mal.

La conmoción que habéis experimentado...

—¡Dios mío!

—Sosegaos...

—¿Y mi esposo, dónde está mi querido esposo?... Alguna desgracia le ha sucedido cuando no se encuentra aquí... Nada me ocultéis, padre mío, nada me ocultéis.

—¡Vuestro querido esposo decís!—replicó sorprendido el jesuíta.

—Sí, querido, amado, idolatrado...

—¡Hermana!...

—¿No os ha contado Luciana lo que ha sucedido?... Estoy horrorizada, y... ¿Pero dónde se encuentra Antolín?... Que venga, traédmelo.

—Vuestro esposo está acostado.

—¿Lo ha herido ese miserable?

—Se ha lastimado una costilla y nada más.

—Una costilla de mi Antolín!...—Quiero verlo—, dijo la dama, haciendo un movimiento para levantarse.

—Esperad—replicó el jesuíta deteniéndola.

—¡Qué espere!... Dejarme...

—Lo veréis, pero después: ahora lo reconoce el médico.

—Mi presencia lo consolará.

—No está en peligro de muerte, os lo aseguro; y en cuanto al consuelo que pueda proporcionaros vuestra presencia...

—¿Lo dudáis?

—Lo que dudo es si se ha trastornado vuestra razón.

—¿Por qué?

—Tenéis la prueba de que vuestro marido ha querido envenenaros y aún creís que os ama.

La señora Barbon fijó una mirada de desconfianza en el religioso y guardó silencio.

—¿Habéis olvidado la cena?

Reflexionó la dama, y sin duda para seguir engañando al jesuíta dijo:

—Es verdad, padre; el desengaño es horrible.

—¿Acaso estabais engañada? ¿No habíais comprendido vos misma lo que se proponía ese hombre al casarse con vos?

—Sí; pero soy generosa y lo perdono.

—Eso está bien.

—Y como supongo que se encuentra en peligro de muerte...

—Os equivocáis: ya os he dicho que á consecuencia de una caída desde la ventana al patio...

—¡Desde la ventana!...

—Sí.

La señora Barbon se sintió desfallecer; pero aún pudo disimular, y repuso:

—Por lo demás, ya sabéis, padre mío, que convine con vos en beneficiar mi alma antes que satisfacer la codicia de mi esposo.

—Y me prometisteis...

—Otorgar un testamento...

—Eso es.

—Ya está cumplida mi palabra.

El padre Leotardo respiró como si se hubiera sentido libre de un peso enorme.

El asunto estaba felizmente terminado. No faltaba más sino que la sublime Angélica dejara de existir, y esto era muy probable que sucediese pronto.

No había que temer que el señor Antolín la engañase con halagüeñas pala-

bras, porque él no podía dejar el lecho en muchos días, ni ella tampoco, no se verían, y era casi seguro que muriese al menos uno de los dos.

—Por malo que sea vuestro esposo—dijo el padre Leotardo después de algunos instantes—, no debemos abandonarlo, porque la caridad ha de practicarse hasta con nuestros mayores enemigos.

—Sois un santo.

—Voy á verlo, á preguntarle al médico y á traer os noticias tuyas.

—Gracias, padre mío.

Fué el jesuíta donde estaba el señor Antolín, cuyo animado rostro indicaba que no era peligrosa su dolencia, y así lo declaró el cirujano, asegurando que no había lesión alguna, sino dos ó tres contusiones de poca importancia y que en tres ó cuatro días el enfermo podría dejar la cama.

—¿Y en cuanto á su esposa, que decís?—preguntó el religioso al cirujano.

—Se morirá muy pronto.

—¡Ah!...

—Puesto que sois amigo de esta familia, debéis ir preparando el ánimo de ese caballero, porque es lo más probable que se quede viudo de aquí á dos días.

—¡Tan pronto!

—Sí.

—Preciso es resignarse con la voluntad del Omnipotente—repuso el jesuíta cruzando las manos y exhalando un triste suspiro.

—Veré otra vez á esa señora y dispondré lo que ha de hacerse.

—Aseguradle que su esposo no corre peligro alguno.

—Así lo haré porque es la verdad, y porque hay que tranquilizarla.

—Y en cuanto á él...

—Si vos os encargáis de darle la triste noticia...

—Lo haré, aunque es una comisión muy desagradable; pero mis deberes me lo mandan así.

Media hora después había salido el médico y reinaba en toda la casa el silencio más profundo.

El jesuíta se hizo entonces las reflexiones siguientes:

—Ella se morirá, y por consiguiente

nada me importa que él viva, y mucho menos cuando no han de verse. El testamento está otorgado, en lo cual no tengo duda, porque al padre de confesión nunca se le dice una mentira. El negocio de su herencia marcha rápidamente y á las mil maravillas, y con poco que se haga, en tres ó cuatro días, ó seis lo más, quedará declarado el derecho de la señora Barbon. Mañana mismo empezaré á ocuparme de este asunto con más actividad que nunca.

Siguiendo su sistema de adoptar precauciones para evitar las contrariedades de las coincidencias y las casualidades inesperadas, el padre Fulgencio llamó aparte á Luciana, y le dijo:

—El médico asegura que una conmoción cualquiera mataría instantáneamente á vuestra señora.

—¡Jesús!...

—Es posible que él ó ella intenten dejar el lecho para verse, y en semejante caso debéis estorbar la locura con el derecho que os da la responsabilidad misma que tenéis como enfermera.

—Descuidad, padre mío.

—¿Sabéis si vuestra señora ha otorgado otro testamento?

—Ayer mismo.

—Os diría lo que dispone, porque en vos tiene mucha confianza.

—No me dijo más que estas palabras: «Hay quien cree que puede engañárseme, hay quien ha intentado hacerlo; pero mi testamento los desengañará, porque he hecho lo que me conviene, sin cuidarme de ambiciones bastardas ni de falsas amistades.»

El jesuíta quedó completamente tranquilo..

Las palabras repetidas por la sirvienta significaban mucho, y él comprendía muy bien lo que significaban.

—Bien, muy bien—dijo---; opino como vuestra noble señora: hay quien no la conoce y la juzga mal; pero es una santa y tiene un talento privilegiado.

—No hay más que oírla hablar: á mí me encanta.

—Lo mismo me sucede á mí.

—Y de pensar que está en peligro su vida...

—Todavía no hay que desesperar: si

Dios quiere la veréis buena, porque para Dios no hay nada imposible.

Luciana exhaló un suspiro y se limpió los ojos, humedecidos por el llanto.

Repitió el jesuita sus anteriores recomendaciones, y se fué después de recibir nuevas seguridades de que todo se haría según su deseo.

La señora Barbon se agravaba por instantes; pero lo mismo que el jesuita reflexionaba y se decía:

—Se han empeñado en calumniar á mi Antolín... ¡Ah!... Pero yo no creo semejantes calumnias. El padre Leotardo debía estar de acuerdo con ese médico español... ¡Un veneno!... ¡Qué noble indignación se pintó en el rostro de Antolín cuando se vió acusado, y cómo se levantó con aire majestuoso y terrible!... ¡Qué hermoso estaba con la espada en la mano y los ojos relumbrantes!... Preciso es confesar que no hay figura tan noble ni tan bella como la de un caballero español con su acero toledano en la diestra y la frente erguida con esa altivez castellana que no tiene igual... ¿Pero cómo pudo caer por la ventana?... Alguna traición del plebeyo, porque los plebeyos son siempre traidores. Tuyo, mi amado Antolín, tuyo será el señorío de La Roche-Barbon, con su imponente castillo de gruesos muros; tuyo será cuanto yo poseo, como es ahora tuyo mi corazón, y como es tuya mi existencia; sí, tuyo, mal que pese á esos intrigantes que te acusan.

Sin duda la fiebre había trastornado el juicio de la dama; pero ello es que con el trastorno iba ganando el señor Antolín, pues además de quedarse viudo, lo cual para él era una dicha, había probabilidades de que se encontrase rico, y que así fuese completa su felicidad.

CAPITULO III

NUEVO PLAN

Tenemos que retroceder al momento en que David y Juan buscaban á Jacobo y se desesperaban.

El segundo, según hemos dicho, fué á reunirse con el primero.

En el rostro de David estaba pintada la desesperación.

Juan parecía muy preocupado.

Por algunos momentos guardaron silencio.

¿Qué habían de decirse?

No lo sabían.

—¡Oh!—exclamó por fin el huérfano con voz reconcentrada.

—Buena la hemos hecho—dijo el sirviente.

Y volvieron á callar.

Se pasearon por la habitación; pero siempre iban en dirección contraria como si cada cual hubiera querido aislarse para concentrar más fácilmente sus pensamientos.

Cinco minutos pasaron y se detuvieron. Volvieron á mirarse.

—¿Qué hemos de hacer?—preguntó David.

—¿Adónde iremos?—dijo Juan.

—¡Vive el cielo!

—¡Por los hígados de Lucifer!

—Nuestra sorpresa no merece perdón.

—Si mi noble señor se encontrase aquí... ¡Mil truenos!... No me dejaría hueso sano, la verdad es que tendría razón para castigarme.

—¿Y qué recurso nos queda?

—Muchos, pero...

—Decid uno.

—Por de pronto tenemos que resignarnos.

—Si otra cosa no podéis decirme...

—Dejad que me desaturda, porque lo que ha sucedido me tiene confuso.

—Pero cada minuto que se pierde...

—Vale mucho, ya lo sé.

—Y por consiguiente debemos adoptar cuanto antes una resolución.

—Señor David, la experiencia os probará que una cosa es lo que conviene, y otra es lo que se puede, y aunque el adagio dice que querer es poder no debe tomarse al pie de la letra, porque sufriríamos muchos desengaños. Debemos hacer algo, hacer mucho; pero no podemos, ni acertadamente adoptaríamos ninguna resolución, si no reflexionásemos para darnos cuenta clara de esta situación que á ninguna se parece.

—Es verdad.

—La fortuna nos protegió.

—Sí, encontramos al miserable asesino.



—Y según esperábamos, nos ha llevado donde estaba el señor Jacobo.

—Pero en momentos tan críticos...

—¡Cuernos de Satanás!... Preciso es que confesemos que la sorpresa nos aturdió, y que en vez de principiar por decirle al señor Jacobo que éramos sus amigos y que le llevábamos noticias de su esposa, dijimos solamente que también lo buscábamos y que teníamos que ajustar con él algunas cuentas. Claro es que estas palabras debieron hacerle creer que éramos enemigos, y que por consiguiente huyó de nosotros.

—Y ahora...

—Cometeríamos una segunda torpeza si perdiésemos el tiempo en deplorar la otra y lamentarnos.

—Pues bien, examinemos la situación.

—¿Por qué se disponían á matarse el señor Jacobo y el hidalgo?

—He ahí lo que no es posible adivinar.

—¿Sospechaba Tordesillas que querían envenenarlo?

—Era bastante que tuviese algunas noticias referentes á las intenciones del señor Antolín, y que cansado de disimular...

—Ello es que se quitaron la máscara.

—¿Y qué harán ahora?

—El señor Antolín se guardará del otro.

—Y el otro del señor Antolín.

—Y como el señor Jacobo es el que más tiene que temer, porque ignora que le protege un hombre tan poderoso como don Martín de Quiñones, huirá de su perseguidor, alejándose cuanto le sea posible.

—No debemos esperar, pues, que vuelva á esta casa Tordesillas.

—Es decir, que nos encontramos lo mismo que el día que llegamos á París.

—Ni más ni menos.

—Hemos de dar principio otra vez á nuestras pesquisas.

—¿Y qué haremos con el hidalgo?

—No lo sé.

—Yo tampoco.

Así terminaron la conferencia, puesto que nada más tenían que decir.

Volvieron á pasearse.

Lo que sufría el huérfano no puede comprenderse.

Juan sentía muy mortificado su amor propio.

De muy buena gana hubiera vuelto al patio para acabar con la vida del señor Antolín; pero sobre ser esto contrario á las órdenes de su señor, era estéril.

¿Qué habían de conseguir con matar al hidalgo?

¡Absolutamente nada, puesto que al abate le sobrarían agentes que no valiesen menos que el señor Antolín.

Después de un cuarto de hora se detuvo Juan, sentóse y dijo:

—Escuchadme, señor David.

—¿Tenéis ya una idea que nos saque del apuro?

—Me parece que sí.

—¡Ah!...

—Se apagó la luz de mi entendimiento y ha vuelto á encenderse, es decir, que discurro otra vez como siempre he discurrido.

—Explicaos.

—Suponed que tenéis empeño decidido en subir por esa pared hasta el techo.

—Lo supongo.

—Y suponed además que cuando cerca del techo estéis, resbalan vuestras manos y vuestros piés y caéis al suelo.

—¿Qué adelantariamos con esas suposiciones?

—Decidme ante todo qué es lo que haríais después de haber caído.

—No lo sé.

—Respondedme, porque interesa mucho, y tened en cuenta lo de vuestro empeño en subir á toda costa.

—Empezaría á subir nuevamente.

—¡Fuego de Satanás!...

—¿No haríais vos lo mismo?

—Sí.

—Entonces...

—Pues ahí tenéis lo que debemos hacer nosotros, principiar y al fin llegaremos, porque con la constancia, todo se consigue.

—¿Es esa la idea feliz?

—¿No os parece buena?

—Claro es que debemos empezar; pero lo difícil...

—Fijemos otra vez la atención en el señor Antolín de Santoyo, y lo mismo que una vez nos ha llevado hasta el jesuíta nos llevará también otra.

—La situación no es igual.
 —Sin embargo, tengo la seguridad de que conseguiremos lo que deseamos.
 —Por de pronto el señor Antolín quedará inutilizado por algún tiempo, y, Dios sabe si el golpe le costará la vida.
 —Debe tener siete vidas como los gatos.
 —Pero...
 —Nos haremos amigos del señor Antolín, lo cual me parece muy fácil.
 —¿Cómo?
 —Supongo que lo llevarán á su casa, ó para hablar con más exactitud, á la casa de su esposa.
 —Así debe suceder.
 —Como hombres bien educados, iremos á preguntar por su salud, lo veremos, ofreceremos nuestros servicios, y...
 —Comprendo.
 —Pues si estáis conforme...
 —Una duda me ocurre.
 —¿Cuál?
 —¿Cómo justificaremos nuestra presencia en su casa en los momentos de la lucha?
 —Muy fácilmente.
 —Os sobra ingenio...
 —No es menester mucho. Diremos que al aperebirnos de las voces y de las amenazas acudimos para socorrer á quien lo necesitase, y que no nos fué posible castigar al señor Jacobo, porque se apagó la luz y huyó por la ventana.
 —Me parece bien.
 —Pues ante todo debemos averiguar lo que hacen con el hidalgo.
 —Vamos, pues.
 —Observemos desde aquí.
 Se acercaron á la ventana.
 Miraron, y aunque confusamente, distinguieron al hidalgo que continuaba inmóvil y sin sentido.
 Más ó menos tarde habían de recogerlo.
 Pasaron cinco minutos.
 En el patio brilló una luz.
 —¿Qué significa eso?—dijo en voz baja el criado.
 —Nuestro huésped.
 —Y le acompaña un sacerdote.
 —Es un jesuíta.
 —Mal sesgo toma el negocio. ¿Qué tiene que ver ese jesuíta con lo que ha sucedido?

—No es fácil adivinarlo.
 —Escuchemos.
 Siguieron observando con atención profunda.
 Ni el jesuíta ni maese Curcanon, como ya sabemos, dijeron nada de particular, sino lo que debían decir en aquella situación angustiosa.
 Apercibiéronse también de que el hidalgo recobraba el sentido y entre ayes y lamentos maldecía como un condenado.
 El religioso se fué.
 Poco después el hostelero llamó á sus criados.
 Improvisaron una camilla en la que colocaron al señor Antolín.
 Se lo llevaron, y ya nada pudo verse.
 —Me parece—dijo entonces Juan—, que no me equivoqué en cuanto á que el hidalgo tiene siete vidas.
 —Parece que se reanima.
 —Y no solamente vivirá, sino que muy pronto, quizás mañana, estará en disposición de trabajar como antes.
 —¿Debemos considerar como una desgracia que viva el señor Antolín?
 —No lo sé.
 —Ese jesuíta...
 —Me desagrade mucho.
 —Sin embargo, sabemos que la compañía de Jesús protege al señor Jacobo.
 —Sí, pero...
 —Nos conviene también entablar relaciones con el jesuíta.
 —Es más difícil; pero lo intentaremos.
 —Y esta noche...
 —Descansar y dormir.
 —¡Oh!
 —Es lo más probable que la impaciencia os quite el sueño; pero viendo estáis que nada podemos hacer.
 Se equivocaban, pues podían hacer mucho hacerlo todo, sin más trabajo que el hablar con el jesuíta.
 Preciso es reconocer que estuvieron torpes en aquella ocasión; pero no siempre la criatura acierta, y el más astuto, el más previsor ó el más inteligente se equivoca.
 ¿Qué había hecho el padre Leotardo?
 ¿Había cometido también alguna torpeza?
 Era posible.

CAPITULO IV

DE LA VISITA QUE DAVID Y JUAN HICIERON AL HIDALGO

A las ocho de la mañana siguiente se levantaron David y Juan.

El primero estaba pálido y ojeroso, apenas había dormido, y sufría mucho porque sus esperanzas se desvanecían.

El sirviente había recobrado la calma, se había desaturdido y estaba dispuesto á meterse en todas las intrigas y á sostener todas las luchas.

Almorzó con el mejor apetito, bebió bastante, y exclamó:

—¡Tripas de Lucifer!... Ya soy hombre, y lo único que me atormenta es veros triste, preocupado y... ¡Por quien soyl... Pensad que si no coméis, menguarán vuestras fuerzas, y no serviréis para nada.

—Cuando no se tiene apetito, no se come.

—Y el apetito se pierde cuando se cavila demasiado. Tenemos ya un plan, y por consiguiente debemos esperar los sucesos sin mortificarnos, pues para sufrir y entregarnos á la desesperación nos queda tiempo. Brindemos otra vez, señor David, y haremos una visita á nuestro vecino, por cuya salud debemos manifestar el más vivo interés.

—Vamos.

—Maquinalmente vació David el vaso que le presentó Juan.

Pocos minutos después salieron y fueron á la morada de los nuevos esposos.

Luciana conoció á los dos españoles que la noche anterior habían acudido tan oportunamente, y exclamó:

—¡Ah!...

—Dios os guarde—dijo el sirviente mientras sonreía—, veo que os sorprendéis, y así no sucedería si hubiéseis pensado que era muy natural que nos interesásemos por la salud de vuestro noble señor, á quien quisimos favorecer anoche sin que la fortuna nos favoreciese como deseábamos.

—¡Qué noche tan horrible!...

—Ante todo decidnos cómo se encuentra el ilustre señor Santoyo, pues no sosegamos hasta tener la seguridad de que su vida no corre peligro.

—Yo creo que algo se ha roto mi noble señor, según ha dicho el médico, y en la cama se encuentra, aunque muy animoso y con buen apetito.

—¡Bendito sea Dios!

—Pero mi noble señora...

—Debe sufrir mucho.

—Y enferma está, y muy grave.

—¡Muy grave!...

—Tanto que el médico no responde de su vida.

—¡Horror!...

—Y yo estoy aturdida...

—Pues aquí nos tenéis para cuanto sea menester, y como deseamos ser útiles, os suplicamos digáis al señor Antolín que nos honraría si nos recibiese y aceptase nuestros servicios, como aceptó nuestra amistad la mañana inolvidable del duelo.

—No sé si debo...

—Si debéis, siquiera porque vuestro señor debe aburrirse sin tener con quien hablar. Además, sobre el suceso de anoche tenemos que decirle cosas de interés que podrán serle útiles.

Despertó la curiosidad de Luciana.

Si los españoles habían de decir cosas interesantes, debía facilitarles la entrada para escuchar ella la conversación.

—Esperad—dijo.

Y fué al aposento donde se encontraba el señor Antolín, que exclamó:

—¡Cien mil legiones de condenados!... ¿Qué queréis, señora Luciana, ó señora bruja del infierno?

—Perdonad; pero...

—¿Venís á recordarme que debo ponerme la untura?

—No, señor.

—¿Os envía mi esposa?

—Ahora duerme con algún sosiego.

—Pues entonces...

—Es que han venido aquellos dos caballeros españoles que anoche acudieron,

—¡Vive Dios!

—Me parece que son los que viven en la hostería...

—¡Mis compañeros de desafío!

—Creo que sí.

—¿Y qué quieren?

—Solicitan veros, porque se interesan por vuestra salud, y además aseguran que tienen que deciros cosas de mucho interés.

Algo aturdido se sintió el hidalgo, porque todo lo esperaba menos aquella visita.

¿Qué papel habían querido representar aquellos dos misteriosos españoles en el suceso de la noche anterior?

No lo sabía el señor Antolín, y creyó que le sería fácil averiguarlo hablando con ellos.

Antes había creído que eran amigos de Jacobo pero la noche anterior tuvo la prueba de que no lo conocían, si bien lo buscaban para ajustar ciertas cuentas, según dijeron.

Creyó el hidalgo que la fortuna lo protegía, y no se equivocaba, pues con vida había quedado cuando debió perderla.

Torpe hubiera sido si no aprovechara aquella ocasión de aclarar el misterio.

—¡Ah!—exclamó—. Muy corteses deben ser esos hidalgos.

—Así lo parecen.

—Y mi obligación es corresponder á sus atenciones.

—Por eso...

—Señora Luciana, habéis hecho muy bien en avisarme.

—Me alegro mucho.

—Decid á esos hidalgos que pueden entrar, y tratadlos con la consideración que merecen personas tan distinguidas.

—Descuidad.

Volvió Luciana donde estaban nuestros amigos, diciéndoles:

—Venid, que mi noble señor os recibirá con mucho gusto.

Entraron en el aposento donde estaba el señor Antolín.

Juan tenía forzosamente que representar el principal papel, porque tenía todas las condiciones necesarias para fingir, inventar repentinamente, hablar mucho, reír y engañar, en fin, al hidalgo, que no era tonto, sino sobradamente astuto.

Era negocio aquel de pillo á pillo, y para esta clase de luchas no servía el noble David, pues aunque le sobraba ingenio y estaba acostumbrado á desempeñar hábilmente, no podía representar el papel de enemigo de Jacobo, ni el estado de su espíritu le permitía reír y hablar lo que era menester. Si secundaba á Juan, no haría poco, y aún podía suceder que distraídamente y sin poder dominarse cometiese alguna torpeza.

En la cama estaba el señor Antolín, que se había incorporado, quedando en descubierto de medio cuerpo arriba y presentando la más extraña figura.

Afortunadamente nuestros lectores lo han visto otra vez en tal guisa, y aun algo más, pues sin más ropa que la camisa, lo dimos á conocer en la posada, y como recibió á David y á Juan, había recibido al abate Florentín.

No se apuraba por esto el hidalgo.

—Perdonad—dijo—, si de esta manera me encontráis; pero entre unos y otros se han empeñado en tenerme aquí preso, y me parece que muy pronto acabaré por emprender á cintarazos con los que para curarme de una enfermedad ilusoria, quieren que me consuma en el lecho.

—Perdonado estáis—dijo el criado de don Martín—, y os advertimos que no somos gentes de cumplimientos y que únicamente hemos venido para saber de vuestra salud.

—Sentaos.

—Y acostaos vos, porque estaréis más cómodamente.

—Lo más cómodo para mí sería levantarme y almorzar como mi estómago lo pide, en vez de permanecer aquí sin movimiento y sin que me den más que la comida que arregla la criada de mi noble esposa. ¿Quién creería que un Santoyo se resigna á vivir como ahora vivo? Pero esto no durará mucho, porque mi paciencia se acabará muy pronto.

—Después del suceso de anoche...

—¡Cuernos de Lucifer!... Perdonad si juro.

—Yo también—dijo el sirviente—, tengo ese pícaro vicio.

—Entonces nos entenderemos perfectamente.

—Me parece que sí.

—Pues como decía, después del suceso de anoche, deseábamos saber ante todo cómo os encontrábais.

—Perfectamente, lo único que me mortifica...

—Es el coraje, ¿no es verdad?

—Lo habéis acertado.

—El señor Jacobo consiguió desaparecer.

—¡Truenos y rayos!...

—Consolaos con que á nosotros nos sucedió lo mismo.

—Vuestra situación...

—Señor Antolín, hemos venido para hablaros con franqueza, y esperando que vos haréis lo mismo...

—Sí.

—He dicho que nuestra situación se parece mucho á la vuestra, si no en las causas, en los antecedentes, en el por qué del asunto, en el resultado, y sobre este punto os daremos explicaciones tan claras y terminantes como lo permite nuestro honor. No queremos averiguar lo que no nos importa; pero sí llegar al fin que deseamos.

El señor Antolín fijó una mirada escudriñadora en el sirviente, cuyo rostro expresaba en aquellos momentos la candidez.

Luego contempló á David, que permanecía silencioso y sombrío.

—Me parece—dijo el hidalgo—, que tenéis genios bien distintos.

—No os equivocáis.

—Vuestro compañero, que es indudablemente un hombre de corazón...

—Tiene pocos años y toma las cosas demasiado seriamente.

—Ya se conoce.

—Hablad—dijo el huérfano—, que bien me parecerá todo lo que tratéis; pero dejadme, porque...

—Basta interrumpió Juan.

Y añadió dirigiéndose al hidalgo:

—Aquí donde lo veis, tiene el corazón herido por ese miserable... ¡Vive el cielo!... Yo también me dejo arrebatar cuando recuerdo las maldades de ese hombre. Y el mundo lo respeta, y lo miran todos como una víctima que merece todas las consideraciones y encuentra protección y de todos se ríe.

—Supongo que habláis...

—¿De quién ha de ser sino del señor Jacobo de Tordesillas?

—¡Mil rayos!...

—Que el infierno me trague si no consigo hacerle pagar lo que debe.

—Lo que estáis diciendo...

—¿Os sorprende?

—Y mucho.

—Pues yo creí que conocíais al señor Jacobo.

—Os equivocásteis.

—Entonces...

—Aquí lo he conocido no hace mu-

chos días porque á mi esposa se lo recomendaron como médico, y para darle una muestra de mi gratitud y además pagarle, lo convidé á comer. Sus indicaciones, ciertas palabras que contra su voluntad dijo, me hicieron comprender que era un enemigo que buscaba la ocasión para hacerme mal, y adopté la resolución que me convenía.

—Nosotros, por casualidad, nos apercebimos de lo que pasaba, y acudimos, como era nuestro deber. Nos sorprendió encontrar precisamente al hombre á quien buscábamos, y cuando nos disponíamos á arreglar nuestras cuentas...

—Una duda me ocurre.

—¿Cuál?

—Si no conocíais á ese hombre; cómo os acompañó la mañana inolvidable del duelo?

—Porque se presentó á nosotros ofreciéndonos sus servicios.

—¿No lo buscábais antes?

—Sí, buscábamos á Jacobo de Tordesillas; pero no lo conocíamos personalmente, y debéis recordar que anoche cuando nos presentamos exclamó: «basta de fingimiento, basta de misterio».

—Es verdad.

—Y dijo su nombre.

—Ahora entiendo.

—Figuráos nuestra sorpresa y nuestra alegría.

—Extraña coincidencia.

—Y cuando nos disponíamos á pedirle cuenta de su proceder, rodó la luz y... No sabemos más. Vos caísteis por la ventana.

—Sí, me resbalé, perdí el equilibrio, y no sé como di con el cuerpo en el patio.

—Con mala intención os empujaron nuestro enemigo.

—Todo es posible; pero en aquellos momentos de arrebato, no me di cuenta de lo que sucedía.

—Acudió una ronda que libre nos dejó no sé por qué, y suponiendo que por la ventana había escapado el señor Jacobo, volvimos á la hostería y os encontramos sin sentido. Perdonad si entonces no nos detuvimos para socorrerlos, pues ante todo nos interesaba buscar á Tordesillas.

—Y no lo encontrásteis?

—No.

—¡Oh!...

—Hemos tenido que resignarnos y esperar ocasión más oportuna. El motivo de nuestro ódio, no podemos darlo á conocer, porque es un secreto que no nos pertenece.

El señor Antolín guardó silencio.

Parecía muy preocupado.

Llamábale la atención que aquellos dos hombres, á pesar de toda su franqueza, no hubiesen empezado por dar á conocer sus nombres.

Juan era demasiado listo, y bien se le alcanzaba lo que podía ser motivo de desconfianza para Santoyo.

—A pesar de que me domino—dijo el sirviente—, la gravedad de este negocio me perturba más de lo que me conviene, y tanto es así, que he principiado por donde concluir debiera, y esta es la hora en que ni nuestros nombres conocéis, ni sabéis quiénes somos.

—Debo advertiros que no soy curioso.

—¿Y qué tiene que ver la curiosidad?

No hay nada más justo sino que se conozca los que su amistad ofrecen, y la nuestra os hemos ofrecido y á vuestra disposición ponemos nuestra espada, aunque no lo necesitéis, y nuestra bolsa.

—La fineza os agradezco.

—Yo me llamo Juan del Sotillo, y mi compañero y también medio pariente puesto que es hijo de una cuñada de una sobrina mía, se llama David Cortejuela. Ambos somos hidalgos y tenemos bienes de fortuna para vivir con decencia y algunos ahorros, aunque si he de hablaros con exactitud, mi compañero, pariente ó como quiera llamarle, es más rico que yo, porque su vida es más arreglada, no tiene tantas debilidades, y ha podido hacer más ahorros, de manera que nunca le faltan sino que le sobran, mil ó mil quinientos escudos.

—Pues esa cantidad y las necesidades cubiertas...

—Es mucho, señor Antolín.

—Mi nombre ya lo conocéis.

—Y es de los más ilustres.

—Bienes tengo, que de mis padres heredé y que me producen una renta de dos mil ducados.

—¡Oh!...

—Pero tengo también debilidades, so-

bre todo la de las pícaras mujeres... ¡Sirenas engañadoras!... La que menos vale me cuesta más dinero que valen todas, y ha resultado que nunca me haya sido posible ahorrar ni siquiera un centenar de ducados. No importa porque como la criatura no sabe cuando ha de morir, y yo á todas horas estoy dispuesto á jugar la vida, me parece inútil la molestia de guardar dinero. Conservo en las montañas de León un Castillo de mis antepasados, y cuando lo visito y bajo á las cuevas donde mis abuelos ilustres acumularon montones de oro, pienso para qué le sirvió el afán de su codicia, pues murieron al fin los unos de viejos, y los otros de una estocada.

—Mayor desgracia que todas las debilidades es la de mi sobrino y compañero, pues aquí ha cometido la mayor de las torpezas, se ha enamorado.

—¡Tripas de Lucifer!

—Y con toda su hidalguía ha dado su corazón á una infeliz villana, resultando que su familia se horrorice de que la ilustre sangre de los Cortejuela se mezcle con la plebeya sangre de una mujer que se llama María Terrones, sin duda por los muchos que sus abuelos han destripado?

David sintióse aturdido, pues si esperaba fungimientos y mentiras de la una y de la otra parte, no creyó que llegarán á tal punto.

Y como no podía alternar dignamente en aquella farsa de desvergüenzas, siguió callando, inclinó la cabeza y aparentó quedar muy pensativo y como si en tan melancólico estado lo sumiese el recuerdo de la María Terrones.

—Bien se le conoce el amor en el semblante—dijo el hidalgo—, pues está taciturno; pero me extraña, señor Juan, que un hombre como vos no lo hayáis curado con los remedios eficaces que debe haberos dado á conocer la experiencia.

—Consiste en que el mal ha sobrevenido durante un año que de nuestro pueblo me ausenté.

—¿Y de qué tierra sois?

—De la Mancha señor Antolín, y nacimos en un pueblo no despreciable, que se llama la Mota del Marqués.

—Por allí debe haber buen vino.

—Si lo probáis en la misma bodega... — se lo agradeceremos además de pagarlo.
 —No estará bautizado como el que nos dan en la corte.
 —El caso es que mi noble señora...

—¿Cómo queréis que nadie intente borrarle con el bautismo el pecado original, si en la Mancha vale el agua más dinero que el vino?

—Buena tierra.

—Y Mancha se llama por eso, pues manchado está el mosto, porque no se le bautiza.

—Pensando estoy, señor Juan, que es muy agradable vuestra conversación; pero más agradable sería...

—Señor Antolín, lo que siento es que á dieta os tengan, y privados de cometer lo que llaman excesos la gente hipócrita; pues si así no sucediese, ahora mismo mandaría traer algunas de las botellas que reservadas y cubiertas de polvo tiene maese Curcanon, y pasaríamos un rato agradablemente.

—¡Por los hígados de Lucifer! que si para las mujeres tenéis la palabra tan seductora como para mí, no habrá ninguna que os resista. Ya he dicho que sano estoy. ¡Cuerpo de Barrabás! ¿Creéis que un hombre como yo ha de andarse con melindres y pararse en pequeñeces? Ahora vendrán esas botellas, y pese á quien pese, haré lo que se me antoje y probaré que mi cuerpo no es de alfeñique.

Y reanimándose más y más el señor Antolín gritó:

—¡Señora Luciana, ó señora vieja de Satanás! ¿Dónde os habéis metido?

La criada se presentó.

—Señor Santoyo—dijo Juan—, hemos ofrecido y habéis aceptado, y por consiguiente estamos en el derecho de disponer.

—Esta es mi casa, v...

—Por lo mismo debéis complaceros.

—De todas maneras tiempo me sobra para tomar la revancha.

—Si me permitís que á vuestra criada dé órdenes.

—Hacedlo.

—Señora Luciana, tened la bondad de ir á la hostería de *Las siete musas*, y en nuestro nombre le decís á maese Curcanon, que en un cesto os ponga algunas botellas del mejor vino, y si tiene á la mano unos fiambres, magras ó cosas por el estilo, que lo envíe también, y

—Obedeced—interrumpió el señor Antolín—, y no deis lugar á que se me suba la sangre á la cabeza.

No se atrevió á replicar la sirvienta y salió.

—Y vos, ¿no os habéis enamorado nunca?—preguntó el hidalgo al sirvienta.

—Más de un millón de veces; pero mi amor siempre ha durado á lo sume un par de horas.

—Os parecéis á mi.

—Sin embargo, os habéis casado...

—¡Por las narices de Judas!... No me habléis de mi casamiento, porque... En fin, si conociérais á mi esposa... Los reyes se casan también sin estar enamorados, porque la razón de estado los obliga, y yo he tenido otras razones de gran peso, sin que esto quiera decir que la ilustre Angélica Barbon no sea digna del amor del más ilustre de los caballeros. Andando el tiempo sabréis muchas cosas que os dejarán con la boca abierta.

—Entiendo, entiendo.

—Hasta cierto punto me considero dichoso, á pesar de que mi noble esposa no es tan joven como yo desearía: pero en cambio... ¡Tripos de Lucifer! Es más flaca, mucho más flaca que yo, y estamos en peligro de que se nos rompan los huesos al chocar unos con los otros; de manera que no sé cómo arreglarme para abrazarla, sin que sobrevenga el mayor de los fracasos.

—Pero si es noble...

—Eso sí, y además rica, muy rica, pues en un arca de hierro que tiene tres cerraduras guarda el tesoro de su ilustre familia.

—Habéis hecho gran negocio.

—Y el tesoro consiste en unos pergaminos, que al pellejo de mi esposa se asemejan mucho, y que son las pruebas de la nobleza antiquísima de los Barbon, nobleza que data, según ellos, de tiempos de Noé y de otros más antiguos.

—Así tendréis pergaminos para encuadrar la historia de vuestra vida.

—Y si á mi esposa desuello...

—Señor Antolín...

—Todo esto es broma.

—Lo supongo.

—La sublime Angélica, á quien con

lazo indisoluble me unió el otro día el sacerdote, es una doncella...

—Perdonad, pero desde que se casó la doncella...

—Aún está inmaculada, porque entre el desafío, los enredos del padre jesuita, los sucesos de anoche, mi mudanza de domicilio y todo lo demás, no he podido ocuparme...

—Comprendo.

—Ella me llama y suspira, pero se hace cargo de la razón, porque bien ha visto que cuando libres hemos quedado de testigos importunos, me encuentro con el espinazo roto, y como ella también ha enfermado á consecuencia de tanta conmoción, resulta que es posible que la infeliz se muera, y á pesar del matrimonio lleve al sepulcro la palma del martirio que ha mirado con tanto horror.

—Sois un hombre singular.

—Así lo quiere mi estrella.

—Y decís que ese jesuita...

—Nos casó.

—Y debe ser vuestro amigo...

—Amigo de mi mujer.

—Me parece que anoche lo ví en la hostería, y si mal no recuerdo, maese Curcanon, le llamaba...

—Tal vez lo conozca—dijo indiferentemente el señor Antolín.

—¡Pícara memoria mía!... No puedo recordar el nombre...

El hidalgo sonrió brevemente y dijo:

—No es fácil conservar en la memoria un nombre que sólo se ha oído pronunciar una vez, y en momentos en que está uno preocupado.

Trabajo le costó á Juan no hacer un gesto de disgusto, pues comprendió que el señor Antolín no quería decir el nombre del jesuita, probando así que desconfiaba de los que se habían presentado para ofrecerle su amistad.

No debe sorprendernos la conducta del hidalgo, pues sabemos que era astuto como la misma astucia.

Lo repetimos, de pillo á pillo era la lucha, y ambos tenían las mismas probabilidades de triunfo.

Hasta aquel momento ninguna ventaja había conseguido Juan; pero no perdía la esperanza.

—Os lo diré con franqueza—repuso—:

no me agradaría que mi mujer fuese amiga de un fraile.

—Según la mujer.

—Su virtud no la pongo en duda.

—Y si la conociésets juraríais que es imposible que cometa ningún desliz.

—Pero esos jesuitas...

—No les tengo miedo.

—Sin embargo...

—¡Bah!... algo busca en esta casa el reverendo padre; pero estoy tranquilo, porque nada ha de encontrar, y el día que sus visitas me enojen, haré de manera que no le queden ganas ni de pasar por esta calle.

Luciana se presentó nuevamente con una cesta que contenía las botellas y algunas viandas muy apetitosas, y obedeciendo las órdenes de su señor, colocó junto á la cama una mesa y allí los manjares, amén de algunos vasos, platos y lo demás que se necesitaba.

—Seco tengo el paladar—dijo Santoyo—, y me parece que lo primero que debo hacer es remojarlo para que con facilidad entre la comida y salgan las palabras.

Y llenó su vaso.

Y lo mismo hicieron Juan y David.

No hay que decir que éste tenía que hacer grandes esfuerzos para alterarse; pero dispensado estaba desde el momento en que se había dado á conocer su amorosa enfermedad, y ni el señor Antolín ni nadie podía exigirle lo que no puede dar de sí un enamorado sin esperanza.

Para representar mejor su papel, suspiró tristemente el huérfano y bebió después de decir:

—Por vuestra salud.

—Yo brindo por vuestra esposa—dijo Juan.

—Y yo—añadió el hidalgo—, brindo porque la fortuna me prepare ocasión para dar una paliza al señor Jacobo.

—Os olvidáis del jesuita.

—Todo se andará.

—Debéis brindar por él.

—Sea—dijo el hidalgo.

Y llenando el vaso otra vez, añadió:

—Por el reverendo padre que á mí Angélica me ha unido.

—¡Vive Dios!...

—¿Qué os sucede, señor Juan?... Parece que os enfadáis.

—Sí, porque este vino no es tan bueno como el de mi tierra.

—Pero es vino.

—Veamos estas magras.

—Son buenas.

—Y estas perdices...

—También las probaremos.

Como si estuviesen en ayunas comían y bebían el hidalgo y Juan.

Difícil era continuar la conversación con algún resultado de provecho.

Juan tenía ante todo gran empeño en averiguar el nombre del jesuita, convencido de que por medio de éste encontraría inmediatamente á Jacobo.

Empero á su vez el señor Antolín ponía gran cuidado en ocultar el nombre del religioso, pues instintivamente comprendía que le importaba mucho hacerlo así.

Otra vez hablaron de los supuestos amores del huérfano, de la señora Angélica y de otros asuntos que ninguna importancia tenían.

El improvisado banquete tocaba á su fin, porque las viandas se habían consumido y lo que quedaba del vino no era lo bastante más que para brindar por despedida.

—Me siento regenerado — dijo Santoyo.

—Después de una mala noche, viene siempre un día bueno.

Iba á replicar el hidalgo; pero se abrió la puerta y se presentó Luciana, diciendo:

—Acaba de llegar el padre Leotardo. No es posible expresar lo que sintieron el señor Antolín y Juan.

—¡Fuego del infierno!... ¿Por qué os atrevéis á entrar aquí sin mi licencia?

—Señor...

—¿Qué me importan las visitas de mi mujer?

Juan desplegó una sonrisa de satisfacción inmensa.

Lo que no había podido conseguir con toda su habilidad, se lo ofreció la caprichosa fortuna por una casualidad la más inesperada.

—El padre Leotardo no podía ser otro que el jesuita amigo de Jacobo.

No necesitaba más el astuto sirviente, pues conociendo el nombre del religioso, lo encontraría sin vencer grandes dificultades.

La criada, queriendo evitar nuevas convenciones, se apresuró á salir.

—Os dejaremos en libertad para recibir á ese santo varón—dijo Juan.

Y se puso en pie.

David hizo lo mismo.

—Quedaos ¡vive Dios!

—No debemos abusar.

—Ni siquiera conozco á la persona nombrada por esa vieja impertinente.

—No importa.

—Y de todas maneras—añadió el huérfano—, debéis descansar.

—Lo que haré será vestirme para poneros orden en mi casa.

—Este incidente nada tiene de particular. Os recordamos que somos vuestros mejores amigos, y como cuando hay enfermedades son pocos todos los recursos, repito que está á vuestra disposición nuestra bolsa y que con toda franqueza podéis disponer de nosotros.

Así se despidieron David y Juan.

—¡Por las narices de Lucifer!—gritó el señor Antolín cuando estuvo solo—. Parece que esos hombres tienen empeño en averiguar quién es el jesuita, y después que con mucha habilidad lo he ocultado, la señora Luciana se presenta para echarlo todo á perder. No necesitaban saber más que el nombre y ya lo ha dicho la maldecida vieja. ¿Qué se proponen esos hidalgos?... No lo adivino, pero ello es, que después de hablar mucho el llamado Juan, no ha dicho nada, ni ha hecho más que procurar que diga lo que les conviene. ¿Es verdad que los ha ofendido el señor Jacobo de Tordesillas? No lo creo, y aun siendo así me parece inverosímil lo demás. El uno porque calla, y el otro porque habla mucho más que yo... ¡Mil rayos!... Debo andar con cuidado, porque Dios sabe si algo se intenta contra mí. Hace algunos días que la fortuna empezó á volverme la espalda: primero me encontré chasqueado en lo del tesoro que supuse se encerraba en el arca, y después, y sin saber cómo, he tenido un tropiezo con el señor Jacobo de Tordesillas. Ahora me encuentro casado con una vieja horrible y pobre por

añadidura, y además debo perder la esperanza de encontrar el señor Jacobo y quedar bien con el abate Florentín. Como he cometido muchos pecados, y algunos de ellos muy graves, no es extraño que haya personas que me odien, y algunas me sean desconocidas.

¿Quién sabe si es á mí á quien buscan los dos españoles? He pasado una temporada de buena vida; me parece que ahora lo desquitaré todo, tendré que entregarme á todos los diablos.

Llamó el señor Antolín y mandó á Luciana que quitase la mesa para evitar que encontrase el jesuíta restos y señales del banquetero.

Entre tanto David y Juan habían salido de la casa y llegaron á la puerta de la hostería, deteniéndose y preguntando el segundo:

—¿Qué os parece?

—Ese miserable...

—Ya sabéis quien es.

—Sí; pero...

—Hemos conseguido cuanto podíamos desear. Alegraos, pues, señor David, porque quizás antes de una hora sabremos dónde se encuentra el señor Jacobo de Tordesillas.

—¡Ah!...

—Entrad y descansad.

—¿Y vos qué haréis?

—Aquí me quedaré hasta que salga ese padre Leotardo, y le hablaré diciéndole lo que convenga.

—Me parece bien pensado.

—Pues dejadme.

—Seguro David de que su compañero había de desempeñar hábilmente la comisión, entró en la hostería, no para descansar, sino para entregarse libremente á sus sombríos pensamientos.

Pocas veces había sufrido como en aquellos momentos.

Debía tener muchas esperanzas, y sin embargo no sucedía así, sino que por el contrario, lo atormentaban pensamientos los más horribles.

No se equivocaba el infeliz.

La más negra fatalidad lo perseguía, y era también enemiga de Jacobo.

Muy poco era menester para que cambiase la situación en favor de los que sufrían; pero no debemos olvidar la cla-

se de interés que en aquel asunto tenía la Compañía de Jesús.

Espereemos los sucesos sin hacernos ilusiones.

Juan quedó inmóvil como una estatua y con la mirada fija en la puerta de la casa de la señora Barbon.

CAPITULO V

EL JESUÍTA ES SIEMPRE EL MISMO

Pasó media hora.

El jesuíta salió en compañía del médico, y afortunadamente se despidieron y separaron en seguida porque tenían que ir en distinta dirección.

—Muy bien—dijo para sí Juan.

Y salió al encuentro del religioso, diciéndole respetuosamente:

—Perdonad, padre mío.

Reconocido fué por el padre Leotardo; pero éste respondió con sencillez:

—¿Qué queréis?

—Tengo necesidad de hablaros de un asunto de muchísimo interés, y como este no es el sitio más conveniente para tratar negocios graves, os suplico que me permitáis acompañaros ó que entréis en mi habitación, que aquí la tengo en esta hostería.

—No es menester que os molestéis viniendo á mi pobre morada, que está lejos de aquí y en vuestra habitación entraré.

—Mucho me honráis.

—Vamos.

Entraron en la hostería y en el aposento donde se encontraba David triste, meditabundo y sombrío.

—Este mancebo—dijo Juan—, está más interesado que yo en el asunto de que os hablaré, y por consiguiente, aquí puede quedar.

—A mí no me estorba, pues si reserva exige el asunto, vuestro amigo y compañero es el primer interesado en dar pruebas de discreción.

—¿No nos conocéis?

—No tengo seguridad de haberos visto otra vez—respondió el jesuíta, negando así y sin que pudieran decirle que mentira.

—Somos españoles.

—Se conoce en vuestro acento.

—Ayer hemos tenido que batirnos con

tra nuestra voluntad y para que nuestro honor quedase á salvo.

—Tengo noticias de ese suceso.

—Sabentos que conocéis á otro español llamado Jacobo de Tordesillas, y lo que es más, que lo protegéis, porque conviene así á la Compañía de Jesús.

—Es verdad que conozco al desdichado perseguido por la inquisición, y en cuanto á lo de protegerlo, no hay más sino que me ha parecido digno de lástima.

—¿Sabéis quién es un español que se llama don Martín de Quiñones?

—No recuerdo.

—El señor Jacobo tiene una esposa y una hija.

—Eso me ha dicho.

—La esposa fué encerrada en los calabozos del santo oficio, y se salvó milagrosamente y en libertad se encuentra y pasándolo todo lo mejor que puede pasarlo una infeliz que se ve separada de las dos personas más queridas. No me meto en detalles sobre los sucesos que han tenido lugar en España, porque el resultado es lo que ahora importa.

—Decid lo que bien os parezca, que con mucho gusto os escucharé, aunque no adivino el objeto de esta conversación.

—Salimos de España en busca del señor Jacobo.

—Anoche lo tuvisteis bien cerca, según he podido entender.

—Sí, en la morada de la señora Barbon.

—Eso es.

—Entonces...

—Escapó por la ventana antes de que pudiéramos decirle que lo buscábamos, y que su esposa vive y no tiene ya nada que temer á la Inquisición, pues por influencia del poderosísimo don Martín de Quiñones, ha sido absuelta, sin que se la impusiera más pena que la de retractación ante el tribunal y en auto de fe celebrado á puerta cerrada.

El padre Leotardo hizo un gesto que quería decir:

—¿Qué me importa todo eso?

—Reverendo padre, vuestra reserva me sorprende, porque el asunto es muy delicado; pero pronto hablaréis con la misma franqueza que nosotros.

—Miradme—dijo David, que hasta entonces había permanecido silencioso—. Miradme bien... ¿Soy un criminal?

—No.

—Cuando conozcáis mi historia y todos los sacrificios que he hecho para favorecer á la infeliz á quien amo como á mi madre...

—No os esforcéis, porque en los ojos tenéis retratada el alma.

—Pues bien, si no desconfiáis...

—Proseguid; que os escucho—dijo el jesuíta.

—Buscamos á Jacobo, le traemos la felicidad, aunque no completa, porque su inocente hija se encuentra todavía en poder del miserable Florentín; sí, la dicha le traemos, y lo buscamos ansiosamente, y como vos lo conocéis y sabéis donde se encuentra, porque la Compañía de Jesús lo ha protegido, porque está bajo vuestro amparo...

—Mucho pretendéis saber.

—Y tampoco ignoramos que el señor Antolín de Santoyo es un agente del abate Florentín y que ha venido á Francia sin más objeto que el de buscar al señor Jacobo para asesinarlo.

—La trama es horrible.

—Ese hidalgo miserable traía un veneno que el abate le entregó.

—Imposible parece tanta maldad.

—Bien sabéis que es cierto cuanto digo.

—Por lo menos puede serlo.

—Hoy hemos visitado al señor Antolín con pretexto de averiguar el estado de su salud y por si acaso así nos era más fácil encontrar al señor Jacobo fingiendo que también queríamos matarlo.

—Lo que no comprendo es que desde luego no os dirigieseis á mí sabiendo que yo era amigo del médico español.

—Anoche vimos que entrasteis en el patio para ver cómo se encontraba Santoyo, y por lo que dijisteis comprendimos que conocíais á Tordesillas; pero ignorábamos vuestro nombre.

—¿Por qué no se lo habéis preguntado á maese Curcanon?

—Porque nuestro huésped es un zorro muy astuto y muy reservado y antes se hubiera dejado matar que decirnos vuestro nombre.

—Tal vez.

—Sobre este punto se mostró también muy reservado el señor Antolín; pero su criada anunció vuestra visita, y así conseguimos saber lo que deseábamos.

El jesuíta, cuyo rostro no había cambiado de expresión, guardó silencio por algunos minutos, diciendo luego:

—¿Y cómo me probaríais que estáis de acuerdo con el poderoso don Martín de Quiñones?

—Os enseñaré las cartas que de él hemos recibido y la que tengo para el embajador de España y de que no hemos necesitado hacer uso.

Y esto diciendo David, sacó las cartas. No quiso examinarlas el jesuíta.

Seguro estaba de aque aquellos dos hombres decían la verdad.

No desconfiaba, pero tampoco le convenía corresponder con la misma franqueza.

—Pues bien—dijo—, es verdad que desde que llegó á París ha estado bajo nuestra protección el señor Jacobo de Tordesillas, y verdad es también que anoche quiso envenenarlo el señor Antolín.

—Y cualquiera que sea el móvil de la Compañía de Jesús es lo cierto que...

—Desea la dicha del perseguido por la Inquisición, y ha buscado á la infeliz esposa, y á la inocente niña, y trabaja sin descanso para salvarla.

—Entonces...

—Basta, de disimulo—dijo el padre Leotardo cuyo semblante cambió repentinamente de expresión.

—¡Gracias, padre mío! — exclamó David.

—No os entreguéis tan pronto á la alegría—replicó tristemente el religioso.

—No olvido que aún es preciso hacer mucho, pero...

—Sólo en una pequeña parte se ha remediado la desgracia.

—Se ha salvado la esposa del señor Jacobo.

—¿Y él?

—Ya puede volver á España sin ningún temor, y se encontrará con protectores muy poderosos, y con riquezas...

—Sí, todo eso podría suceder; pero desgraciadamente...

—¿Qué?

—Dios sabe si sucederá.

—¡Padre!...

—Preciso es que conozcáis la situación.

—Me hacéis temblar...

—Y no son vanos vuestros temores.

—Acabad...

—Jacobo sufre tanto, que es dudoso que sus fuerzas puedan soportar mucho tiempo sus dolores.

—Pero ahora...

—Desde el suceso de anoche se apoderó la desesperación de su alma.

—Era natural que sucediese así.

—Y en el arrebató de su dolor, trastornado, casi loco, cometió una locura, el mayor de los desaciertos, sin que me fuese posible evitarlo, aunque apelé á todos los medios, y empleé toda mi influencia.

—¿Qué hizo?—preguntó David con ansiedad angustiosa.

—Rechazar duramente nuestra protección, y alejarse, huir, desaparecer...

—¡Dios mío!

—¿Ha salido de París y piensa salir de Francia? ¿Ha determinado volver á España? No lo sabemos, ni es posible adivinarlo.

Anonadado se sintió David.

Se contrajo violentamente el rostro de Juan.

Su mirada se tornó sombría.

—Dios lo ha dispuesto así—murmuró el padre Leotardo—, y debemos resignarnos y tener fe en su misericordia y su justicia.

—¡Oh!...

—No imitéis al desdichado Jacobo, entregándoos á la desesperación, porque no conseguiríais más que agravar el mal.

—Pero...

—¿Por qué hemos de perder la esperanza?

—El infeliz Jacobo debe estar loco.

—Ya os he dicho que su trastorno era completo.

—Ha debido quedarse siquiera para castigar al miserable que intentó asesinarlo.

—Y precisamente cuando más necesitaba nuestra protección.

—Lo vengaré.

—¿Qué haréis ahora?

—¡Vive el cielo!—exclamó Juan—Y

aún mi noble señor se empeñará en que respetemos la vida de ese miserable.

—Es casi seguro que la señora Angélica Barbon se morirá muy pronto, y el señor Antolín se volverá á España, porque ya se ha inutilizado para servir al abate.

—¿Y qué importa eso?

—Allí lo encontraréis.

—No volveremos á España sin haber visto al señor Jacobo.

—Haréis lo que mejor os parezca; pero tened presente que aquí me quedo, que buscaré á nuestro desgraciado amigo, y que si lo encuentro haré cuanto podáis hacer vosotros, que es darle la noticia de que su esposa se ha salvado y que el Santo Oficio ha pronunciado un fallo absolutorio, y se le dará cuanto necesite para el viaje.

—Sin embargo...

—Vuestra presencia puede ser necesaria en Madrid, pues aunque don Martín vale mucho y cuenta con medios muy poderosos, ha de necesitar auxiliares que valgan mucho también y que sean de su completa confianza.

—Meditaré—dijo David.

—Yo no quisiera perder de vista al hidalgo.

—Como no quiero echar sobre mí responsabilidades, no os aconsejaré.

—Ahora conviene que recobréis la calma, y después conferenciaremos. Ya sabéis que podéis contar conmigo, con la Compañía de Jesús, lo cual no es poco en vuestra situación.

—No—dijo el huérfano—, no me moveré de París sino después de haber perdido las últimas esperanzas de encontrar al señor Jacobo.

—Haréis lo que bien os parezca, pues ya os he dicho que no quiero sobre mí la responsabilidad de los consejos.

—Determinaremos—dijo Juan.

El jesuíta se puso en pie.

—¿Ya os vais?

—Sí.

—Aún tenemos que hablar.

—Me parece que nada más tenéis que decirme.

Así era la verdad, y por consiguiente nuestros amigos no encontraron razones para detener al religioso. Este salió.

—¡Tripas de Lucifer! — exclamó Juan—Estoy aturdido.

—Yo también.

—Vacilo por primera vez en mi vida.

—Yo tampoco acierto á decidir.

El criado empezó á pasearse.

Era sombría su mirada.

Muy apurado debía estar para que no hablase alguna cosa.

Al cabo de cinco minutos se paró y le preguntó á David:

—¿Qué opinión tenéis del jesuíta?

—Ninguna.

—¿Creéis que ha dicho la verdad?

—Me parece que sí.

—Pues yo no me fío de esta gente.

—Sabemos que la Compañía de Jesús protege al señor Jacobo...

—¿Y por qué?

—Es razón sobrada la rivalidad entre los jesuitas y los dominicos; teólogos los primeros, canonistas los segundos...

—No entiendo de eso.

—Pero si entenderéis que la Compañía de Jesús quiere hacerse dueña de la Inquisición para ser así dueña del mundo.

—Pero el señor Jacobo...

—Fijemos la atención en el resultado.

—Eso es.

—Los jesuitas protegen al fugitivo y...

—Nada más.

¿Qué había de añadir el huérfano?

Si se colocaba en el terreno práctico, nada tenía que decir.

Buscaban al desdichado Jacobo; lo habían encontrado sin sospechar que era él, y cuando lo conocieron desapareció.

¿Qué interés podía tener el padre Leonard en mentir?

Esto era lo que no se le alcanzaba á David, aunque comprendiese cosas que el otro no entendía.

Volverse á España era renunciar á la empresa, y quedarse en París ó seguir recorriendo la Europa no les ofrecía ningún resultado ventajoso.

Pocas situaciones pueden imaginarse tan críticas.

No es posible comprender lo que sufría David.

Todo lo había sacrificado para favorecer á la infeliz á quien daba el nombre de madre y hasta entonces sus sacrificios habían sido casi estériles.

Poco á poco fué recobrando Juan la calma, y al fin exclamó:

—¡Nos quedaremos!

—¿Y qué podemos hacer?

—No perderemos de vista al señor Antolín de Santoyo.

—¿Olvidáis que nos está prohibido castigarlo?

—No lo olvido.

—Y como después de lo sucedido no se ocupará del que debió ser su víctima...

—Escribiremos á nuestro señor, le referiremos cuanto ha sucedido, y esperearemos sus órdenes. En mi opinión, el padre Leotardo ha dicho la verdad hasta cierto punto, y quiero saber lo que ha callado. Tal vez tiene esperanza de encontrar al señor Jacobo de Tordesillas.

David se encogió de hombros.

Volvió Juan á pasearse.

¿Para qué le servía entonces su ingenio?

Necesitaba que algún nuevo suceso fijase la situación, la hiciese más clara, pues de otro modo se encontrarían como el que vaga entre las tinieblas.

Todo aquel día lo pasaron silenciosos y meditabundos.

Al siguiente los visitó el jesuíta; pero la conversación nada tuvo de particular, porque siempre la situación era la misma.

¿Y Jacobo?

Continuaba en la casa donde hemos visto otra vez al padre Leotardo, y se aburría, se desesperaba, y siempre pensaba en alejarse de aquella tierra de maldición para él.

Pronto debía adoptar la resolución que menos le convenía.

Pronto debía adoptar la resolución que menos le convenía.

CAPITULO VI

EL SEÑOR ANTOLÍN VUELVE Á SER LO QUE SIEMPRE HABÍA SIDO

Pasaron cuatro días.

La enfermedad de la señora Barbon se agravaba más y más: pero no concluía con la existencia.

El médico decía constantemente:

—Está peor y la muerte es inevitable.

Lo que nos interesa es el hecho, y el hecho es que no moría.

El señor Antolín, por el contrario, mejoraba rápidamente y aseguraba encontrarse completamente bueno.

El jesuíta, que había trabajado con el mayor ardor en el asunto de la herencia, empezó á disgustarse aunque muchas veces la señora Barbon le había repetido que el testamento estaba firmado y que los ambiciosos que habían querido engañarla tendrían motivo para desesperarse y convencerse de que habían obrado con la mayor torpeza.

Dos días faltaban no más para que este negocio quedara completamente terminado.

Antes debería levantarse el señor Antolín, y á esto precisamente era á lo que el padre Leotardo tenía miedo.

Llegó el quinto día.

El señor Antolín, cuyo carácter conocemos, saltó de la cama y empezó á vestirse, mientras decía:

—¡Voto á las narices de Satanás!... Esta gente se ha empeñado en matarme: el médico se ha declarado mi enemigo, y esa vieja cócora es su cómplice. Creo que me tienen aquí para justificar su sistema de alimentación, que consiste en no darme más que caldos y algún alón de gallina, mucho más flaca que mi amada esposa. ¡Por Lucifer! no toleraré por más tiempo tan horrendo abuso, y desdichado del que se me ponga por delante, porque le romperé todos los huesos á cintarazos. Ya estoy bueno y lo que necesito es comer, sí, comer y lo haré en seguida, mal que le pese á la vieja y á ese jesuíta hipócrita, que acabará por obligarme á romperle la cabeza.

El señor Antolín se palpó en varias partes de su cuerpo, exhaló un suspiro y dijo:

—Pocas eran mis carnes; pero de aquellas pocas he perdido la mitad. ¡Vive el cielo!... Necesito desquitar lo atrasado, y como aún me quedan unos cuantos escudos de los que me dió el abate, mandaré que me traigan un buen almuerzo, preparado por maese Curcanon.

Esta idea hizo brotar en su mente otra nada halagüeña.

—Mi situación es crítica—añadió—: el señor Jacobo ha desaparecido y no volveré á encontrarlo. No me conviene seguir en esta tierra, sino volver á Es-



paña; pero es el caso que por pronto que emprenda mi viaje, ya estaré sin un maravedí. Aunque poca cosa, mi mujer debe tener algunos ahorros, que serán mi salvación en estos momentos; pero debe estar hecha una furia conmigo y no será posible conquistarla. ¡Oh! Ese maldito Jacobo de Tordesillas será causa de mi perdición.

Aquí llegaba el hidalgo en reflexiones cuando Luciana al verlo vestido, exclamó:

—¡Dios santo y bendito!

—¿Qué sucede?, señora bruja?—replicó Santoyo con acento nada tranquilizador y echando una mirada á su tizona con intenciones nada santas.

—Estáis vistiéndoos...

—Ya lo veis.

—Pero, mi noble señor...

—¿Qué os importa que yo me vista ó me desnude?

—¿Acaso no sabéis que el médico?...

—Cargue el diablo con él y con vos.

—¡Jesús!

—Y en cuanto á ese jesuíta, que no sé con qué derecho se mezcla en los asuntos de mi casa...

—Señor, el padre Leotardo es el confesor de la señora...

—Mi mujer se confiesa conmigo y tiene bastante, porque desahoga su corazón, y porque yo la absuelvo sin imponerle más penitencia que la de hacerme una caricia.

La vieja se santiguó tres ó cuatro veces y levantó los ojos al cielo como implorando la ayuda divina.

—Señora Luciana — dijo el hidalgo, empezando á colocarse su espada—, escuchad las órdenes que voy á daros y procurad cumplirlas con exactitud, pues de otro modo me acordaré de dos cosas: primera, de que soy el amo de la casa, y segunda, de que soy un caballero que no sufre impertinencias ni desmanes de una vieja estúpida como vos.

—Señor...

—Escuchad os digo, y si no escucháis, os moleré á palos.

—Ya escucho — respondió temblando de miedo la pobre Luciana.

—Ahora mismo iréis á casa de nuestro vecino maese Curcanon, de cuyos raros conocimientos en el arte de cocinar he tenido ya más de una prueba.

—¡Yo á la hostería de maese Curcanon!...

—Vos, señora bruja, vos en persona con un gran cesto.

—Pero...

—No me interrumpáis ó ¡vive Dios! que os rompo los tres dientes que os quedan.

—Vuelvo á escuchar.

—Necesito un almuerzo que se componga de lo siguiente: una tortilla con doce huevos, un pato, y en su defecto una liebre; pero que sea liebre, porque si es gato, me como vivo á maese Curcanon.

—No lo olvidaré.

—Además, un buen trozo de carne con cebolla ó con salsa de ajo, que fortifica el estómago; un pastel de perdices ó de pichones; un par de pollos asados, una ensalada, medio queso, y las demás menudencias que le parezcan convenientes. En cuanto á vinos, dos botellas de Borgoña y una de Jerez, todo de lo mejor que guarde en su bodega.

—Os advierto que mi noble señora no se encuentra en estado de almorzar.

—Por sé he pedido poco.

—¡Poco!...

—Señora vieja, vos no habéis de pagarlo. Tomad y obedeced inmediatamente; advirtiéndome antes á mi noble esposa, que iré á verla y le haré compañía mientras volvéis.

—No sé si os han dicho que la señora...

—Está muriéndose, ya lo sé; pero esa es una razón más para que nos veamos: querrá darme el último adiós, recibir mi última caricia...

—Ya sabéis que os ama muy de veras.

—Y yo, aunque el médico español trató de indisponernos.

—No se atrevió Luciana á replicar y salió tristemente.

El señor Antolín acabó de vestirse, exhaló un triste suspiro al ver el no menos triste estado en que había quedado su ropa después de la caída, y se fué al dormitorio de su mujer.

Esta, aunque muy débil, conservaba el uso de su razón y esperaba con impaciencia á su esposo.

Cuando éste se presentó, ella exhaló un suspiro.

Sus ojos brillaron con intensidad, quizá por última vez.

—¡Antolín! — exclamó con débil acento.

—Aquí me tienes, Angélica mía, aquí me tienes con la conciencia tranquila; pero temeroso de que la ruin calumnia...

—No te justifiques, no te rebajes hasta el punto de defenderte de las torpes acusaciones de nuestros enemigos. Los que se aman como nosotros, no pueden ser felices en este mundo, porque la felicidad tiene envidiosos. Han querido separar nuestros corazones, desunir nuestras almas, convertidas en una desde el momento inolvidable en que se cruzó nuestra primera mirada.

—No hables mucho, puedes fatigarte...

—Necesito hablar, porque quizá dentro de una hora ya no existiré y he de decirte cosas de mucha importancia.

—Como quieras; pero sé breve.

—El mayor de nuestros enemigos, el más temible de todos, el que más horriblemente te ha calumniado...

—Es el jesuita; ¿me equivoco?

—La causa te la explicaré otro día y todo lo comprenderás.

—Sí, quiero saberlo.

—Me arrancó la promesa de otorgar testamento á favor de la Compañía de Jesús.

—¿Qué dices, Angélica? ¡Testamento á favor de los jesuitas! ¿Ha de pasar á sus manos ese tesoro de tus abuelos?...

—Sí, querían ese tesoro y las tierras y castillo de La Roche-Barbon.

—¡Horror, horror!

—Y también mis pocos ahorros...

—Eso no puede escucharse con calma.

—Tranquilízate, que me he burlado de ellos. Tuya es mi vida y tuyo debe ser cuanto me pertenece.

—¡Ah!...

—He firmado el testamento; pero tú serás mi heredero único, aunque ellos creen lo contrario. Ahora te lo entregaré...

—No corre prisa.

—Sí; pero debes disimular lo mismo que yo, y cuando llegue el caso...

—Descargaré el golpe terrible.

—Eso es.

—Por supuesto que el producto de tus bienes lo invertiré en sufragios por tu alma, pues siendo yo rico,...

—Quedas autorizado para hacer lo que mejor te parezca.

—Verdad es—repuso tristemente el hidalgo—, que no estaremos separados mucho tiempo, porque este golpe acabará con mi existencia, y bien pronto nuestras almas se unirán para toda una eternidad en la mansión de los justos. Allí no hay ambiciones, allí no hay más que amor, puro amor.

—Sí, Antolín mío, ese amor espiritual, ese amor sublime...

—¡Angélica, Angélica, de mi vida!

—Háblame—repuso ella con voz que se debilitaba por instantes; que oiga tu voz dulce como la música celestial; aprovechemos estos instantes...

—Tu estado reclama la quietud, y debo separarme de ti, porque á tu lado me es imposible contenerme, y mis palabras conmoverán tu alma tierna, agitarán demasiado tu ardiente corazón, y á mí mismo, entre la dicha de ser amado por tí y el temor de perderte...

—¡Ay!...

—Sosiegate, Angélica mía.

La dama hizo un esfuerzo y sacó de debajo de la almohada el testamento y un manojó de llaves.

—Toma—dijo.

No pudo hablar más.

Sus fuerzas se habían agotado.

Cerró los ojos.

Antolín aprovechó la ocasión para enterarse del testamento.

Después, viendo que su esposa no daba señales de vida, salió del dormitorio y se puso almorzar, recomendando á Luciana que cuidase de la enferma.

Una hora después se presentó el jesuita, cuya frente se contrajo al ver que el señor Antolín había dejado la cama.

Sin embargo, no hizo ninguna observación.

Entró á ver á la dama y luego dijo para sí:

—Creo que se morirá muy pronto y no está en disposición de pensar en hacer un nuevo testamento. El asunto está terminado y mañana vendrán á notificarle el resultado: se encontrarán con que ya no existe y yo me presentaré como heredero en nombre de la Compañía de Jesús.

Ignoraba el padre Leotardo que los

esposos habían tenido una tierna entrevista, y el señor Antolín había conseguido ya, todo lo que deseaba.

Tal era el estado en que se encontraban estos personajes y la intriga.

¿Cambiaría la situación por algún nuevo incidente.

Todo era posible.

¿Quién sería el dueño al fin de la codiciada herencia?

CAPITULO VII

QUIÉN SE LLEVÓ LA HERENCIA

El señor Antolín pasó el día calculando lo que podrían valerle las tierras y el castillo de La Roche-Barbon.

La cantidad no era crecida; pero al fin era un recurso sobrado para hacer el viaje á España y aun vivir holgadamente algunos días mientras se proporcionaba otros recursos.

—La verdad es—decía el hidalgo—, que no debo quejarme de la fortuna. Hace muy cerca de un año que vivo como un príncipe, y si no encontré las riquezas que esperaba al casarme, algo me ha valido este matrimonio. En cuanto á Jacobo de Tordesillas, me creo libre de todo compromiso, porque el abate no ha de exigirme hacer más de lo hecho. Ese brujo condenado me conoce ya, y por consiguiente es menester que esta comisión la desempeñe otro que no le inspire desconfianza.

La señora Barbon continuó poco más ó menos en el mismo estado en que quedó después de la entrevista con su esposo.

El jesuíta se presentó varias veces, quedando siempre tranquilo, porque veía que la enferma no estaba ya en disposición de ocuparse de ningún asunto, y por consiguiente no podría pensar en hacer nuevo testamento.

El día pasó sin novedad alguna.

Llegó el siguiente.

Eran las once de la mañana y se presentó un notario, pidiendo hablar á la señora Barbon.

—Caballero — le respondió el hidalgo—, mi noble y desgraciada esposa está enferma, tan enferma, como que quizá dentro de una hora ya no exista; pero aquí estoy yo dispuesto á escucharos.

La conversación fué interrumpida por el padre Leotardo, que dijo:

—El estado de la señora Angélica es muy grave, y me parece que cualquier asunto que deba comunicársele, puede tratarse mejor con sus herederos.

—Si vive—replicó el notario—, cumpliré con mi obligación, á menos que os opongáis abiertamente á que yo la vea, en cuyo caso lo haré constar así, para que no se me haga responsable de los perjuicios que resulten.

—¿Tenéis inconveniente en decirme de qué se trata? Ya veis, yo soy su esposo y como tal su apoderado, su representante.

—Se trata de una herencia.

—¡De una herencia!—exclamó el señor Antolín abriendo desmesuradamente los ojos.

El jesuíta hizo un gesto como si no comprendiese una palabra.

—Sí—repuso el notario—, una herencia de diez mil escudos, que pertenecieron al abuelo materno de la señora Barbon, usurpados por un pariente y reivindicados ahora.

—¡Diez mil escudos!—replicó Santoyo, poniéndose en pie como impulsado por un resorte.

—Os felicito—le dijo el jesuíta con acento ligeramente irónico.

—¿Por qué me felicitáis?

—Porque debéis ser el heredero y la cantidad es crecida.

El señor Antolín se retorció el bigote, hizo un gesto de desdén, y replicó:

—Ese dinero es bien poca cosa para mí.

—Pues se hubiera dicho que os había producido cierto efecto el anuncio de la herencia...

—Me he sorprendido, porque no creo que diez mil escudos merezcan la pena de entablar pleitos.

—No todos son tan ricos como vos.

—Pero en fin — repuso Santoyo—, puesto que es asunto terminado...

—Tan terminado—dijo el hombre de la fe pública—, como que el dinero está en mi poder para entregarlo á la señora Barbon ó la persona que la represente.

Gran trabajo costó al señor Antolín disimular lo que sentía.

—Caballero— dijo—, entrad, hablad á mi esposa, y cumpliréis vuestra misión, porque siendo asunto de dinero en nada quiero mezclarme.

El jesuíta se estremeció á su pesar.

Había llegado el momento decisivo y temía que una casualidad cualquiera desbaratase sus planes.

—Yo—dijo para sí el hidalgo—soy el heredero. No creo que mi esposa cambie de voluntad en estos últimos momentos; pero si tal cosa diese á entender, antes de que pudiera ponerla en práctica, me sería muy fácil acercarme á ella con pretexto de hacerle una caricia, y de un apretón en el pezcuezo, quedaría todo terminado.

No necesitamos decir que de esto y de mucho más era capaz Santoyo, tratándose de diez mil escudos.

Entraron en el dormitorio de la infeliz víctima y se acercaron al lecho.

Ella abrió los ojos y exhaló un suspiro.

—Angélica mía—le dijo el señor Antolín con cariñoso acento—, este caballero es un notario que viene á participar que la justicia te ha puesto en posesión de una herencia de diez mil escudos que te pertenecen, y que habían sido usurpados por un pariente de tu difunto abuelo materno, que gloria haya.

El oído tiene un poder verdaderamente mágico, y al nombrarlo el señor Antolín, su esposa pareció reanimarse, y á pesar de que estaba en la agonía sonrió dulcemente.

—¡Diez mil escudos! — murmuró — ¿dónde están?

—En mi poder — respondió el notario.

—Acercaos, caballero, y si tengo que firmar, dadme una pluma, que aún me quedan fuerzas para hacerlo.

—No es absolutamente preciso si no podéis.

—Sí puedo, sí.

El notario se apresuró á dar lectura de la sentencia y llenar las demás formalidades.

La señora Barbon se empeñó en firmar, y fué menester complacerla, poniendo en sus manos una pluma y ayudándola á incorporarse en la cama.

Aquel debía ser el último esfuerzo;

pero lo hizo, y cayendo pesadamente sobre la almohada, dijo al notario:

—Mi esposo tiene mi testamento, y ahora puede hacerse público, porque estoy segura de que son pocos los minutos que me quedan de vida. Ya no me espanta la muerte, la veo venir y sonrío, porque están satisfechos todos mis deseos.

La frente del jesuíta se contrajo.

¿Por qué el señor Antolín guardaba el testamento?

Esta circunstancia no era para tranquilizar al padre Leotardo, sino para aumentar sus sospechas y temores.

Sin embargo, disimuló todavía y esperó con aparente calma.

El señor Antolín sacó el testamento y lo entregó al notario para que lo leyese.

El efecto que produjo la lectura en el jesuíta no puede hacerse comprender.

En un instante se habían desvanecido todas sus esperanzas; en un instante se había derrumbado el edificio, tan hábilmente levantado por su astucia y su constancia.

¿Le quedaban aún medios de luchar?

El padre Leotardo creyó que mientras la dama viviese no se había perdido todo.

—Está en la agonía, soy el dueño de su conciencia, y aún le haré otorgar un nuevo testamento.

Adoptada la resolución de cometer este abuso, dijo á los otros:

—Señores, la enferma está en los últimos instantes de su vida, y ella misma lo comprende así. Tiene ya arreglados todos sus asuntos de esta vida y debe pensar en la otra, en la salvación de su alma.

—Nada más justo.

—Si no lo lleváis á mal, salid; pero no os alejéis por si aún quiere haceros algún otro encargo.

—Sí—dijo la dama con voz muy débil—, dejadme con este santo varón; pero antes, Antolín mío, la última caricia, el último beso, la última palabra de amor, porque todavía no se ha extinguido el fuego devorador que arde en mi pecho y que tú encendiste con tus ojos.

—Sí—respondió él, que no uno, sino

un millón de besos hubiese dado á la vieja por los diez mil escudos—, cuanto quieras, Angélica mía.

Y se inclinó, poniendo sus labios en la frente de su esposa; y estampó allí el ósculo deseado.

—¡Ah—exclamó ella.

Y se estremeció convulsivamente, extendió los brazos, asió por el cuello al señor Antolín y quedó inmóvil.

—Déjame—dijo él, procurando desasirse.

Angélica no pronunció una palabra ni se movió.

Sus manos, heladas y rígidas, oprimían la garganta del hidalgo como si fuesen una argolla de hierro.

—Que me ahogas, Angélica, déjame... ¡Oh!... ¡Vive el cielo!... Si quieres matarme; ¿para qué me nombras tu heredero?

Y como tampoco entonces se moviese la dama él la cogió por las muñecas, hizo un esfuerzo y se desprendió al fin respirando con toda la fuerza de sus pulmones, porque empezaba á asfixiarse.

La dama quedó con los brazos extendidos y como si repentinamente se hubiese petrificado.

Sus ojos estaban abiertos; pero sin brillo ni expresión.

Miráronla los tres y ninguno se atrevió á decir una palabra.

La puerta se abrió y entró el médico, que no hizo más que mirar á la cama y decir fríamente:

—Ha muerto.

—¡Muerta!—exclamó el jesuíta sin ya contenerse, y lanzó una terrible mirada al señor Antolín.

—Ya lo veis—dijo éste, mientras se retorció el bigote—: cuando el médico lo asegura, verdad será, porque él debe saberlo mejor que nosotros.

—Sí, está muerta.

El hidalgo miró al jesuíta con expresión de desdén y le dijo:

—Buen padre, ya nada tenéis que hacer en esta casa, y por vuestro bien os recomiendo que no volváis, porque es posible ¡vive el cielo! que lo paséis muy mal.

—¡Me amenazáis!...

—Ni más ni menos. Yo digo las co-

sas claras como las siento, porque no soy jesuíta, y si os enfadáis, peor para vos.

—¡Oh!...

—Y si otra cosa no hago, es porque vuestro carácter religioso os impide defenderos, y no quiero que se diga que soy cobarde.

—Bien, no volveréis á verme; pero...

—¿Recibiré noticias vuestras?

—Tal vez.

—Mientras yo sea dueño de diez mil escudos, no les temo á todos los jesuitas del mundo, porque con ese dinero y mi espada seré invencible.

El padre Leotardo consiguió dominarse y volvió á sonreír como siempre sonreía.

Empero aquella sonrisa era mucho más temible que todas las amenazas.

No se detuvo, y salió mientras decía para sí:

—¡Desgraciado! No sabes lo que has hecho, no comprendes toda la importancia de la torpeza que acabas de cometer.

El señor Antolín quiso mostrarse generoso y que todos participasen de su alegría, y llamando á Luciana, que empezó á exhalar gritos al ver el cadáver de su señora, la consoló haciéndole donativo del castillo y de las tierras de La Roche-Barbon, así como de los pergaminos para que los guardase como recuerdo.

Los duelos con pan son menos; y efectivamente, Luciana empezó á tranquilizarse, diciendo que todo buen cristiano debe respetar los fallos del Omnipotente y resignarse en la desgracia.

Los dejaremos para seguir al jesuíta, porque éste no podía resignarse como la vieja y empezaría á prepararse para devolver golpe por golpe, procurando que el suyo fuese más terrible.

CAPITULO VIII

EL JESUÍTA HABLA CLARO

A su casa se encaminó el padre Leotardo, entrando en su habitación y diciendo á la vieja sirviente:

—¿Y mi amigo?

—¡Ay!—exclamó la criada con angustioso tono.

—¿Qué os sucede?
 —Estaba yo en la cocina ocupada en cumplir mis obligaciones y aquí se quedó el hermano, cuyo nombre ignoro todavía.

Se arrugó el entrecejo del religioso.
 —Proseguid—dijo.
 —Aún no hace media hora que vine para preguntarle si algo se le ofrecía, y me encontré... ¡Ah!... Mi desdicha consiste en que á nadie encontré.

—Pero...
 —Había desaparecido.
 —Dejadme.
 No necesitaba más explicaciones el padre Leotardo.

Jacobo había hecho al fin lo que quiso hacer la noche que intentó envenenarlo el señor Antolín.

No parecía que se hubiese sorprendido el religioso, probándose así que esperaba aquel suceso, salvo el caso de una nueva circunstancia que hiciese cambiar la situación.

Sentóse, apoyó los codos en la mesa y la frente en las manos, quedando inmóvil.

Parecía que se había dormido.
 Muy cerca de una hora transcurrió sin que el jesuíta hiciera el más leve movimiento.

¿Quién hubiera podido penetrar entonces en su alma?

No sabemos lo que pensó, ni cómo discurreó, y por consiguiente no podemos decir si se arrepintió de lo que había hecho los días anteriores.

La fortuna le volvía la espalda.
 Acababa de sufrir una derrota y experimentaba una contrariedad muy grave.

Empero no se daba por vencido.
 Le convenía cambiar de conducta para ganar algo á pesar de lo que había perdido.

Por fin levantó la cabeza y murmuró:
 —Cuando el caminante tiene la desgracia de caer no debe dejarse morir en el suelo, sino descansar, levantarse y seguir la marcha con más cuidado.

Bien pronto dió á su semblante la expresión de una tranquilidad completa.

Salió de la casa.
 Fué á la hostería de *Las siete musas* y le preguntó al hostelero:

—¿Y los españoles?
 —En su habitación los tenéis.
 —¿Nada de particular ocurre?
 —Nada, reverendo padre.
 —Que Dios os bendiga.

Poco después entraba el religioso en la habitación donde se encontraban nuestros amigos.

—¿Nos traéis algunas noticias?
 —Ninguna.
 —¡Oh!...

—He perdido la última esperanza, y como supongo que vosotros la perderéis también y dejaréis que el tiempo haga lo que nosotros no podemos hacer, he venido para que tengamos las últimas explicaciones, para hablaros con una franqueza que os admirará y que conozcáis la situación en que ha quedado el señor Antolín de Santoyo.

—Lo que estáis diciendo...
 —Prueba que ha sucedido algo que ignoráis.

—Explicaos.
 —No os impacientéis, porque lo que ha sucedido interesa más á la Compañía de Jesús que á vosotros; si bien puede influir mucho en la suerte de vuestros amigos.

—Os escuchamos—dijo el huérfano.
 —Acaba de morir la señora Angélica de La Roche-Barbon.

—¿Y qué me importa?—replicó David.
 —Un fantasma menos en el mundo—dijo Juan.

—Os parece que no os importa; pero estáis equivocado.

—Proseguid y veremos.
 —La señora Angélica ha nombrado su heredero único al señor Antolín de Santoyo.

—Buen provecho le haga la herencia, que según dijo, consiste en unos pergaminos apolilladosos.

—Ya sabéis que el señor Antolín, pobre hasta el último grado de la pobreza, se casó con la señora Angélica, creyendo que hacía un gran negocio porque supuso, como otras muchas personas, que la noble dama era inmensamente rica.

—Se equivocó.
 —Solamente encontró los viejos pergaminos en el arca forrada de las tres cerraduras, arca que tanto ha hecho cavilar á cuantos la vieron.

—¿Y por qué nos habláis de ese asunto?

—Sois impaciente, señor David. Verdad es que tenéis pocos años y á vuestra edad se quiere llegar al fin sin haber tocado en el principio.

—Si os encontraseis en mi situación...

—Pronto veréis que la mía no es risueña.

—Me dominaré en cuanto me sea posible.

El jesuíta cambió de postura y dijo con la más perfecta tranquilidad:

—La Compañía de Jesús sabía que la señora Barbon tenía derecho á una herencia de diez mil escudos.

—Perdonad, padre—interrumpió Juan.

—¿Qué queréis?

—Si no llevaseis á mal que yo dijese con franqueza lo que siento...

—Precisamente he venido para hablaros con franqueza, y vosotros debéis hacer lo mismo. Aún no me conocéis, y conviene que me conozcáis.

—Pues bien, me parece que esos diez mil escudos los queráis para vosotros.

—No os equivocáis—dijo sencillamente el padre Leotardo.

—Ahora no dudo de vuestra franqueza.

—Tengamos presente que el señor Antolín es un agente del abate Florentín.

El huérfano se estremeció, porque no podía escuchar con calma el nombre de su antiguo amo.

—No lo olvido—murmuró.

—Y si correspondéis á mi franqueza—repuso el jesuíta—, declararéis que vos en particular habéis tenido algo muy grave que entender con el abate.

—Fué mi amo, y nuestra situación...

—Comprendo.

—Y pagaré vuestra franqueza—dijo David.

Y sin darse apenas cuenta de lo que hacía, pintó á grandes rasgos su situación con respecto á Florentín, á Jacobo y á la esposa de éste.

Con atención profunda escuchó el jesuíta.

—Bien—dijo después de algunos momentos—: somos muy afortunados y debemos felicitarnos.

—¿Por qué?

—Voy descubriendo cosas de un interés grandísimo.

—Me parece que la triste historia de mi vida...

—Es una historia de penalidades como la de todas las criaturas, por lo que se refiere al abate tiene mucha importancia para nosotros.

—Es verdad.

—Puesto que comprendéis...

—Sí, y por eso no os hago ninguna pregunta en cuanto á las causas de vuestro proceder.

—Sois un niño; pero tenéis la cabeza de hombre. Cuando tengáis experiencia podréis hacer mucho, porque conoceréis mejor á los hombres y habréis aprendido á dominarlos.

—Ocupémonos del señor Jacobo.

—Ha desaparecido, ya lo sabéis.

—¿Y no tenéis esperanza de encontrarlo?

—Sí; pero Dios sabe cuándo sucederá, y como tenemos también al señor Antolín...

—¿Teméis que siga persiguiendo á Tordesillas?

—No, porque creo que con sus diez mil escudos se volverá á Madrid; pero no sabemos lo que después hará, porque es un desalmado capaz de todo.

—Cuando el hombre es rico no arriesga muy fácilmente su vida.

—¿Y si lo obliga el abate?

—¡Oh!...

—Santoyo firmó un papel que lo compromete, y nada tendría de particular que se vea obligado á hacer lo mismo que si necesitase ganar algunos escudos.

—Ciertamente.

—Es muy justo castigar á ese miserable.

—Sí, sí.

—Y desde hoy nada podemos hacer contra el señor Antolín de Santoyo sin hacerlo contra el abate, ni herir á éste sin tocar á aquél. Un sentimiento de justicia nos ha impulsado; pero también nuestra conveniencia, y si os servimos, es muy justo...

—Os pagaremos.

—Por la suerte del señor Jacobo se interesa don Martín de Quiñones.

—Ya lo sabéis.

—Deducid de eso lo que os parezca razonable.

—He aquí la deducción: favorecer á

Tordesillas es servir á don Martín de Quiñones.

—Tal me parece.

—Por consiguiente don Martín debe proteger á los jesuítas.

—Vos lo habéis dicho.

David reflexionó.

Lo que más le importaba era encontrar á Jacobo y castigar al abate.

Esto lo conseguiría más fácilmente con la ayuda de los jesuítas.

¿Por qué á su vez no había de ayudarles, influyendo para que don Martín hiciese lo mismo?

Bien sabía David que por mera gracia no era posible obtener nada de los discípulos de Ignacio de Loyola.

En último resultado, aunque con distinto objeto, aunque impulsados por motivos distintos, todos se dirigían al mismo fin, y por consiguiente debían marchar de acuerdo.

En tal sentido conferenciaron detenidamente.

El padre Leotardo, siempre con una franqueza sin igual, acabó por decir:

—Esos diez mil escudos deben ser heredados por la Compañía de Jesús.

—No los quiero para mí.

—Los jesuítas no hacemos propósitos en vano.

—Ya lo sé.

—En cuanto al abate sufrirá el castigo que merece, no lo dudéis.

—Prefiero morir antes que dejarlo impune.

—Lo que á nosotros nos interesa es que la Inquisición pierda uno de sus hombres de más importancia.

Y lo que yo deseo es que salvemos á la inocente hija de Jacobo.

—Pues todos quedaremos satisfechos en nuestras aspiraciones, y al mismo tiempo habremos favorecido la justicia.

—Quedemos de acuerdo en lo que por de pronto hemos de hacer.

—Hoy visitaréis al señor Antolín para consolarlo, y hablaréis de todo con la habilidad que sabéis hacerlo, y...

—Entendido.

—Después de esa conversación determinaremos lo que convenga.

—¿Volveréis?

—Después de anochecido.

El jesuíta se puso en pie.

—Os advierto—dijo—que Santoyo me ha prohibido entrar en su casa, y me amenazó...

—¿Y vos?...

—Hice lo que debía, escuché con mansedumbre.

—¡Pobre hidalgo!—murmuró Juan.

Algunas frases más cruzaron, y salió el religioso.

CAPITULO IX

EN PARÍS Y EN MADRID

Juan tomó su capa y su sombrero y le dijo á David:

—Os espero.

—Si he de hablaros con franqueza, no estoy de humor para fingir, y dudo si podré dominarme en presencia de ese hombre.

—El caso es...

—Vos podéis ir, diciendo que yo no lo hago, porque estoy un poco indispuesto, y además de mal humor porque no he recibido noticia de la mujer á quien amo.

No hizo más observaciones Juan, y saliendo de la hostería, fué á la vivienda que había sido de la sublime Angélica Barbon, y era ya del señor Antolín.

Encontrábase solo éste y meditabundo, pero no porque le agobiase el dolor de la pérdida de su esposa, sino porque calculaba para arreglar su sistema de vida, y se sentía vivamente contraído, porque no se le ocurría más que comerse uno á uno los diez mil escudos de la herencia.

La cantidad era crecida; pero más ó menos tarde tendría su fin, y esto era lo que algo le preocupaba, á pesar de que nunca le había preocupado lo porvenir.

—¡Ah!—exclamó al ver al sirviente—Venís á la mansión de la tristeza, la desolación y el llanto.

—Los verdaderos amigos son los que, no solamente ríen, sino que lloran con nosotros.

—Es verdad, á los amigos se les conoce cuando uno es desgraciado.

—Por lo demás, señor Antolín, no sois un hombre vulgar, y me parece que tendréis bastante fuerza de voluntad para

dominaros y sobreponeros á vuestra desgracia. Los hombres como vos no se dejan arrebatarse ni por el dolor ni por la alegría.

—Habláis cuerda y discretamente.

—Otra cosa os diría si á mal no lo llevaseis.

—¿Acaso no somos buenos amigos?

—Sí, pero...

—Hablad, que nada ha de disgustarme.

—Pues bien; me parece que la pérdida no tiene gran importancia, porque al fin vuestra esposa muy noble y muy sencilla, según la habéis pintado con sus circunstancias y...

—¡Cuernos de Lucifer!

—Estamos de acuerdo.

—No podía suceder otra cosa.

—Me han dicho, aunque no con certeza, que habéis heredado á la muy noble señora Barbon.

—¿Quién os ha dado esa noticia?

—Nuestro huésped.

—¡Vive Dios!... ¿Y cómo ha podido saberlo?

—Lo ignoro, pero si es verdad...

—Aquí donde me veis, soy dueño de diez mil escudos.

—¡Oh!...

—Mi esposa ignoraba que tenía derecho á esas riquezas, y los jesuítas pensaron armar un lío para llevárselas; pero el padre Leotardo, á pesar de toda su astucia y de toda su habilidad y de que era dueño de la conciencia de mi mujer, se ha quedado con la boca abierta, porque el testamento estaba otorgado á mi favor, y en su presencia me han notificado que soy dueño de diez mil escudos que se han pleiteado.

—¡Rayos de Satanás!... Ahora os estimo más que nunca, porque habéis valido bastante para burlaros de un jesuíta.

—Y lo he puesto en la calle prohibiéndole que vuelva á mi casa, sopena de que lo pase muy mal.

—Así han quedado felizmente terminados vuestros asuntos.

—Sí.

—Solamente falta que se os presente ocasión para castigar al señor Jacobo de Tordesillas.

—¡Mil truenos!...

—Parece que se lo ha tragado la tierra.

—Y tendré que renunciar al placer de ponerle las manos encima, porque no he de pasar toda mi vida en París buscándolo.

—Supongo que volveréis á España.

—¿Y qué he de hacer aquí?

—Tenéis diez mil escudos...

—Y en Madrid podré representar un gran papel, el papel que corresponde á un **Santoyo**.

—Nosotros también hemos perdido la esperanza de encontrar á ese hombre á quien odiamos, y como no tenemos que hacer otra cosa en París...

—¿Emprenderéis pronto el viaje á España?

—Sí, con tanto más motivo cuanto que mi compañero está muy triste, y como no ha recibido noticias de su amada, cree que alguna desgracia ha sucedido á la hermosa manchega, y está violento y los minutos le parecen siglos, y apenas come y creo que si continuamos así dos ó tres semanas más, se quebrantará muy seriamente su salud.

—Esa pícara enfermedad de amor...

—Siempre he creído que es enfermedad de tontos.

—Pues vuestro compañero...

—Tiene sobrada inteligencia.

—Si pudiésemos hacer juntos el viaje lo pasaríamos mucho mejor.

—Depende del tiempo que os hayáis de detener en París.

—Poco, ya os lo he dicho, el necesario absolutamente para realizar la herencia, pues como aquí no tengo parientes ni amigos que de mí se ocupen, ni nadie se ocupaba de mi esposa, no tengo para qué guardar ningún miramiento.

—Pues cuando determinéis...

—Me parece que dentro de ocho días podremos partir.

—Estamos de acuerdo.

—Me alegre mucho.

No necesitaban entonces hablar más, y aunque prolongaron la conversación, no tuvo ésta ninguna importancia.

Desde aquel día nada de particular sucedió.

No había sido posible adquirir noticias del señor Jacobo.

Era indudable que el desdichado ha-

bía salido de París y tal vez de Francia.

Intentar buscarlo era una locura.

Había que esperar á que las circunstancias fuesen más favorables.

Algún día Jacobo volvería á España en busca de su esposa y de su hija, pues no era posible que renunciara para siempre á las criaturas que amaba tanto.

David continuaba preocupado y sombrío.

Juan había aceptado la situación, porque otra cosa no le era posible hacer.

Y los ocho días pasaron sin que ni uno dejase de ir el jesuita á visitar á nuestros amigos.

Por fin emprendieron éstos el viaje en compañía de Santoyo, que llevaba sus diez mil escudos.

No tenemos para qué seguirlos paso á paso, y solamente diremos que llegaron á Madrid felizmente.

En la Puerta del Sol se detuvieron.

—¿Dónde os hospedaréis?—preguntó el señor Antolín.

—Tenemos que ir precisamente á la vivienda de un pariente mío, que se ofendería si buscásemos otra posada.

—Lo siento, porque podríamos estar reunidos y pasarlo muy bien.

—Dentro de algunos días emprenderemos el viaje á la Mota del Marqués para que mi compañero tenga la dicha de ver á María Terrones y se tranquilice.

—¿Y luego?

—Es lo más probable que volvamos á Madrid.

—Pero estos días...

—Si nada tenéis que hacer, nos veremos mañana.

—Señor Juan, cuando un hombre tiene diez mil escudos no se ocupa más que en divertirse.

—Es verdad.

—Estoy, pues, á la disposición de mis amigos.

—Comeréis con nosotros.

—Os esperaré y aceptaréis mi comida.

—¿Dónde os encontraremos?

—En mi posada.

—Pero...

—No sé aún dónde acomodarme—dijo Santoyo volviendo á uno y otro lado la cabeza.

Y luego exclamó:

—¡Ah!... No me acordaba... Mirad, en

esa hostería he comido más de una vez y me han tratado á las mil maravillas. El dueño, que es el hombre más raro del mundo, tiene gracia particular para asar las chuletas y para hacer una salsa con ajo, cebolla, canela y pimentón, que al comerlo le parece á uno que lo han llevado á la gloria. Por supuesto que la salsa nada valdría si no fuese enredada en trozos de liebre ó de cordero. Y en cuanto al vino os aseguro que tiene el mejor que se ha bebido desde que Noé inventó felizmente estrujar las uvas para trasegar el jugo.

—Entonces estaréis como un príncipe en esa hostería.

—Y os juro que mañana he de ofrecer una comida tan abundante y bien condimentada, que os hará olvidar las penalidades que hemos pasado por esos caminos.

—Aquí nos tendréis á las doce en punto.

—Pues que Dios os dé salud.

Separáronse.

El señor Antolín llegó á la hostería del *Invencible caballero*, que así se titulaba la que había elegido, descabalgó, y como nadie acudiese con la prontitud que deseaba, empezó á gritar:

—¡Cien legiones de condenados!... ¿No hay nadie en esta casa?... ¿Así se recibe á un caballero de mi clase?... ¡Cuernos de Lucifer!...

El hostelero y un criado llegaron por fin, y mientras el segundo se hacía cargo de la cabalgadura, el primero decía:

—Perdonad... Yo me encontraba ocupado en la cocina, y mi criado no ha cumplido su deber... Adelante, caballero...

—Ante todo quitad del caballo mi maleta y alforja, y luego llevadme al mejor aposento, porque me gusta vivir cómodamente y sin perder un solo instante, me prepararéis una buena comida.

—Voy corriendo.

—Y cuando me conozcáis...

—Os conozco demasiado bien, señor hidalgo, porque alguna vez he tenido el honor de que comáis en mi casa.

—Pues estáis equivocado, señor hostelero, es decir, no os equivocáis, ó lo que es igual, me habéis visto otras veces y es posible que sepáis mi nombre; pero á pesar de conocerme no me co-

nocéis, pues no soy el mismo por la sencilla razón de que acabo de heredar y soy rico, así como antes me encontraba apurado, porque mis prodigalidades habían consumido mi fortuna. Un hombre rico no es como un pobre, y por consiguiente, aunque soy el mismo, soy otro, y quiero que así lo tengáis entendido y no lo olvidéis. Lo único que conservo es mi afición á romper las costillas á los que no me sirven bien, y si estimáis vuestro pellejo, si no queréis que vuestros huesos se quebranten en fuerza de cintarazos, andaréis á todas horas sobre un pie y ojo alerta. En cambio, os pagaré generosamente, pues yo soy como don Sancho el *Bravo* que en la una mano tenía el palo, y en la otra el pan, y pan daba al que lo merecía y garrotazo limpio al que se desmandaba.

—Enterado, señor Antolín, enterado, y no lo olvidaré.

—Así os conviene.

—Voy por vuestra maleta.

—Tratadla con cuidado, con mimo, porque contiene algo que merece vuestra consideración. No dejéis que la toque ese estúpido criado que os sirve, y que tiene cara de mono.

—Es honrado.

—Prefiero tratar con pillos.

—Algo torpe es, verdad; pero...

—Yo le despertaré el entendimiento á palos.

Corrió el huésped y volvió muy pronto con la maleta y la alforja.

Subieron al piso principal, y entraron en una habitación bastante espaciosa.

—Ahora la comida.

—¿Qué queréis?

—Para preparar el estómago me daréis una tortilla, que no tenga más que media docena de huevos, y luego jamón, y chuletas, y alguna gallina, y un plato de escabeche, y queso y lo demás que os parezca bien, y en cuanto al vino...

—Descuidad.

Salió el hostelero para obedecer.

—En todas partes me conocen—dijo vanidosamente el hidalgo—, y esto, que puede ser una fortuna, es también una desgracia, porque no siempre conviene ser conocido.

Comió el señor Antolín como siempre, y luego cambió de ropa y salió, encaminándose al Arroyo del Arenal, entrando por las encrucijadas de Santa Catalina de los Donados, atravesando la plaza de Santo Domingo, dejando á la derecha la calle de Convalecientes y tomando por la de la Inquisición.

Llegó al final de ésta y entró en la modesta casa que ya conocemos.

CAPITULO X

EL HIDALGO EMPIEZA Á CAMBIAR DE CONDUCTA

Al llamar iba cuando la puerta se abrió, presentándose el abate Florentín.

—Me protege la fortuna — dijo el hidalgo.

—Creí que ya no vendríais hasta mañana, porque estaríais muy fatigado.

—¡Vive el cielo!... ¿Pues qué, ya sabíais que me encontraba en Madrid?

—¿Habéis olvidado que tenéis una sombra?

—¡Cien legiones!...

—Entrad, y os agradeceré que no juréis, porque si os oyen...

—Es verdad, no me acordaba que sois inquisidor y tenéis que representar vuestro papel de escrupuloso y aun de santo.

—Entrad os digo y sed prudente.

—Aquí me tenéis con vida por casualidad—dijo el hidalgo mientras se sentaba.

—¿Y vuestros compañeros de viaje?

—¡También sabéis!...

—Todo lo sé.

—Si me han espiado.

—A todas horas, y por consiguiente sería inútil que os tomaseis el trabajo de mentir.

—Entonces será también inútil que me tome la molestia de deciros lo que ha sucedido en París.

—De los sucesos nada tenéis que decirme, porque ya sé que os casasteis, que encontrasteis al señor Jacobo de Tordeillas y que quisisteis envenenarlo; pero que cometisteis no sé que torpeza, y el señor Jacobo desapareció sin que haya sido posible averiguar adónde ha ido. Sé también que habéis sido afortunado hasta el punto de que, sin hacer nada,

habéis heredado diez mil escudos que pertenecían á vuestra esposa y de los que querían apoderarse los jesuítas.

—Es verdad.

—Debéis haber considerado que nada teníais que hacer ya en París, y os habéis vuelto en compañía de dos españoles misteriosos que allí se encontraban sin que nadie sepa con qué fin, y que á pesar de no ser dos caballeros principales gastaban el dinero á manos llenas.

—No os han engañado.

—El uno se llama Juan y el otro David.

—Es cierto.

—Pues bien, sobre esos hombres, necesito noticias exactas y minuciosas, porque me parece que en algo se ocupan que pueda tener relación con mis asuntos.

—A mí también me infundieron sospechas.

—¿...or qué?

—No acierto á explicarlo.

—¿Y no habéis conseguido averiguar nada?

—No.

—Ese que se llama David...

—Es muy joven, casi un niño; pero con la gravedad de un hombre, y con un valor á toda prueba y... No sé que tiene en el semblante que infunde como respeto, y... En fin, cosas hay que no se explican, y esta es una.

—David, David—murmuró el abate.

—Siempre está preocupado, melancólico, y apenas habla.

—¿Ha dicho si tiene en Madrid su habitual residencia?

—En la Mancha, en un pueblo que se llama la Mota del Marqués, donde dice que se encuentra una pobre muchacha de quien está enamorado y que se llama María Terrones.

—Pronto sabremos la verdad.

—El otro...

—Antes decidme si estáis seguro de que ese David no es jorobado.

—¡Jorobado!... Derecho y muy derecho.

—Rara coincidencia.

—Pues como os decía, el otro, que tiene más edad, unos cuarenta años, debe haber corrido medio mundo, y es de carácter vivo y alegre, muy hablador

y astuto, quizás tanto como vos, señor abate. Dice que es hidalgo; pero no lo creo.

—Se habrán quedado en vuestra posada.

—No, porque el llamado Juan dice que los aguardaba un pariente, y se han ido.

—¿Y ese pariente?...

—No sé quién es, ni adónde vive porque el tal hidalgo, si lo es, aunque habla mucho y como si no meditase, no dice más que lo que le conviene.

—Preciso es que averigüéis quién es ese pariente.

—Haré lo posible para complaceros.

—Veréis como resulta que todo eso es mentira.

—Mucho sentiré que me hayan engañado, porque me vería en la precisión de exigirles satisfacciones, y ahora que soy rico...

—Le tenéis más amor á la vida.

—¿Por qué he de negarlo?

—Pues lo peor es que si las circunstancias me obligan á tomar cierta clase de resoluciones...

—Señor Florentín, he cumplido lealmente lo que prometí, y si no he conseguido lo que deseabais, la culpa no ha sido mía.

—Estoy satisfecho.

—No quiero ya meterme en otra intriga de esta naturaleza, porque ya que con vida he quedado y la fortuna ha tenido el capricho de enviarme diez mil escudos...

—Perdonad.

—Me parece...

—Siento deciros que tendréis que hacer algo si las circunstancias lo exigen.

—¿Y si no quiero?

—Peor para vos—respondió el abate tranquilamente.

—¡Por Satanás!...

—No os enfadéis, señor Antolín.

—Queréis obligarme.

—¿Os acordáis de aquella firma que pusisteis en cierto papel aquella mañana que estabais hambriento y desesperado?

Santoyo palideció.

—Además—añadió el abate—, si ahora tenéis diez mil escudos, quizás dentro de un año no seréis dueño ni de

ciento, porque os sobran vicios, y sobre todo el del juego puede arruinaros muy pronto, y por consiguiente os conviene mi protección porque os asegura la subsistencia.

—¡Oh!... Caros me cuestan los malditos escudos que me disteis.

—Con ellos habéis ido á París y encontrado una herencia.

—Es verdad, pero...

—Señor Santoyo, á vos os sucede lo que á mí y lo que á todas las criaturas: ninguna cambia de condición. Siempre habéis sido un desalmado, y lo seréis aunque os sobre el dinero. ¿Acaso es posible que tengáis una vida arreglada?

Muy mortificado se sentía el señor Antolín.

En aquellos momentos odiaba al abate como á ninguna criatura, como se odia al que nos obliga, al que nos impone su voluntad, y decidió engañarlo en cuanto le fuese posible.

—¿Tan poco valgo—pensó Santoyo—, que no he de poder revolverme contra este bicho miserable?

El abate había cometido una torpeza, que podía costarle muy cara.

—Está bien—dijo el hidalgo después de algunos momentos—: sepamos qué hay que hacer, pues bien pensado, como puedo verme en algún apuro...

—Ahora discurris bien.

—Os escucho.

—¿Cuándo veréis á esos hombres?

—Me han prometido ir mañana á visitarme.

—Debierais haberlos convidado á comer.

—No he pensado en semejante cosa.

—Aún podéis hacerlo.

—Es muy fácil.

—Los invitaréis para pasado mañana.

—Así lo haré, pues no solamente no me cuesta ningún trabajo, sino que me divertiría comer en compañía de gente alegre.

—Os daré las instrucciones convenientes sobre las conversaciones que habéis de entablar durante la comida, pues conviene dirigir ciertas preguntas á esos hombres misteriosos.

—Con tal de que contesten.

—Si no lo hacen, veremos el efecto que les produce.

—Quedaréis complacido, señor abate.

—Necesito más.

—Decid.

—Me avisaréis con anticipación, y arreglaréis las cosas de manera que yo pueda ver, observarlo todo durante la comida, y muy particularmente los rostros de esos dos hombres.

—No hay ningún inconveniente.

—Pues por ahora nada más tengo que deciros.

El hidalgo se puso en pie.

La conversación había terminado más pronto de lo que se esperaba.

Ninguna otra pregunta hizo Florentín.

Parecía que no le interesaba aquel negocio.

Despidióse el señor Antolín y salió.

Cuando estuvo en la calle, miró á todos lados y exclamó:

—¡Fuego del infierno!... Este zorro quiere esclavizarme, convirtiéndome en instrumento de sus intrigas y de sus abusos. ¡Rayos!... No será mientras me quede dignidad en el alma... ¿Con qué derecho quiere que lo sirva? Cumplí mi promesa, y con riesgo de mi vida hice más de lo que es posible hacer; pero el miserable, con aquel maldito papel donde puse mi firma... No, no puse yo la firma, no fuí yo, no fué mi voluntad, sino el hambre que me atormentaba, la situación en que me encontré aquella mañana inolvidable... Pero en fin, ello es que firmé, que fué lo mismo que hacer un pacto con Satanás, y ahora me exige, me manda, y tengo que someterme... ¡Tripas de Lucifer!... ¿Y he de representar un papel tan triste?... Antes prefiero que me encierren en los calabozos de la Inquisición y que me desconjunten y que concluyan por quemarme vivo... ¡Cien mil legiones de condenados! Todo lo peor que puede sucederme es morir. Ahora me agrada más la vida, porque tengo diez mil escudos y puedo gozar á todas horas, y mirar con desdén á los que antes con desdén me miraban; pero esto no quiere decir que la muerte me infunda miedo; y además mi amor propio se ha picado, y necesito probar que no valgo menos que ese zorro.

Lo hemos dicho ya: el señor Anto-

lín estaba herido en su amor propio, sin contar con que le parecía insoponible estar toda su vida sometido á Florentín.

Acostumbrado á la libertad más completa, aquel yugo debía parecerle excesivamente pesado.

¿Para qué le había servido el dinero que le había preparado la fortuna?

Si sobre su voluntad había otra, si no era dueño de sus acciones, considerábase más desgraciado que nunca.

—¡Quiero ser libre!—exclamó.

Lo repetimos, el abate había cometido una torpeza, pues tenía otros medios para obligar al hidalgo.

Pensó éste que los dos españoles misteriosos podían ser personajes de muchísima importancia, y que tal vez le servirían y protegerían aun contra todo el poder y las diabólicas maquinaciones de Florentín.

¿Por qué no había de poner en claro el misterio?

Hasta entonces no se había excitado su curiosidad.

Aquellos dos hombres que decían ser modestos hidalgos, gastaban el oro á manos llenas, según lo que había podido verse, trataron como hombres de mundo á los jóvenes calaveras, la noche del desafío, y cuando éste se llevó á cabo, se condujeron como hombres de honor, y que tienen la costumbre de tratar con personas de cierta clase.

Por de pronto, el señor Antolín había principiado por ocultar que al día siguiente lo acompañarían á comer los dos españoles.

Así se había tomado tiempo para meditar y adoptar una resolución.

Entre tanto el abate decía:

—Desconfío de este bribón; pero mal que le pese tendrá que hacer lo que yo quiera. ¿Quiénes son esos hombres?... Indudablemente son mis enemigos por más que aparenten perseguir á Jacobo de Tordesillas. Y la circunstancia de llamarse David uno de ellos... Pero no es el desdichado que me sirvió, porque tendría la joroba. De todas maneras me conviene averiguar y poner en claro este misterio. Entre tanto soy dueño de la hija de Isabel, que es el retrato de su

madre, y por consiguiente mi situación es la más ventajosa, pues ni don Martín ni nadie se atreverá á dirigirme ataques que pongan en peligro mi vida.

No se equivocaba el miserable; su vida estaba bien guardada por la de la inocente niña.

CAPITULO XI

DE CÓMO FALTÓ MUY POCO PARA QUE Á SANTOYO SE LE INDIGESTASE LA COMIDA

No hay que decir que David y Juan, sin perder un instante, fueron á ver á don Martín de Quiñones, refiriéndole cuanto había sucedido y conferenciando muy detenidamente.

Convinieron en decirle á Isabel lo que era prudente y debía sostener su esperanza y darle consuelo.

El resto de aquel día lo pasaron sin ocuparse de otro asunto.

David se esforzaba para aparecer con una tranquilidad que no tenía, pues después de lo que había sucedido, no abrigaba esperanza de que se encontrase al desdichado Jacobo.

Cuando empezaron á recobrar el sosiego aquella noche, don Martín dió instrucciones á Juan para el siguiente día.

El hidalgo durmió con perfecta tranquilidad, y cuando á la mañana siguiente dejó el lecho, llamó á su huésped, le pidió el almuerzo y le ordenó que preparase una buena comida para obsequiar á sus amigos haciéndole las demás advertencias que en tales casos hacía y con el lenguaje que ya conocemos.

Salió después de almorzar, se paseó, vió á muchos de sus amigos, y con todos ellos habló de sus riquezas y de sus proyectos para pasar la vida alegremente.

Más de una vez se acordó del abate, y se contrajo su frente y su mirada se tornó sombría.

Florentín era para el hidalgo la espada de Damocles.

A las once y media volvió á su posada.

—¿Y la comida?—le preguntó al hostelero al entrar.

—Preparada y puesta la mesa, como veréis al entrar en vuestro aposento.

—Está bien.

A los pocos minutos se presentó Juan, vestido con todo el lujo que en aquella época estaba permitido al hidalgo.

—Aquí me tenéis—dijo—, con deseos de distraerme, de olvidar, y seguro de que lo conseguiré con vuestra agradable conversación.

—¿Y vuestro sobrino?

—Pues él es precisamente la causa de mi tristeza, y por eso decía que necesitaba distracción.

—¿Está enfermo?

—A Dios gracias goza de perfecta salud.

—¿Y por qué no os acompaña?

—Mi buen amigo, vos que tenéis mucho mundo y mucho entendimiento y que sois observador, habréis visto que en esta pícara vida sucede siempre lo que menos se espera, así como no llega jamás lo que esperamos y deseamos más ansiosamente.

—Una gran verdad habéis dicho.

—Además, como el diablo no tiene ninguna ocupación, ni cuidado alguno...

—Ni temores para lo porvenir, de lo cual resulta que también el demonio goza de alguna dicha, ó lo que es igual, no es completamente desgraciado.

—Si lo que acabáis de decir lo oye algún inquisidor...

—No me habléis del Santo Oficio—replicó vivamente Antolín, estremeciéndose á su pesar.

—¿Le tenéis miedo?

—No; pero tiene malas vueltas esa gente de la Inquisición, y es tan astuta y hace tales cosas...

—No sé si habréis tenido ocasión de conocer á los inquisidores como yo los conozco.

—¿Y no os infunde temor?

—¡Bah!—dijo el sirviente, desplegando una sonrisa desdeñosa, acercándose á la mesa y echando vino en un vaso— Tanto como esto, que me lo trago de un sorbo, me importa el más astuto de los inquisidores.

Y Juan bebió tan garbosamente como siempre lo hacía, añadiendo luego:

—¿A que no sabéis quién es el más temible de todos esos bribones?

—Lo que si sé—respondió el señor Antolín—, es que sois atrevido más que el mismo atrevimiento. ¡Hígados de

Lucifer! Bien sabéis que los agentes de la Inquisición se encuentran en todas partes.

—Y quizás no estén lejos de aquí.

—¿Y por qué yo no había de ser uno de ellos?

—Todo es posible ilustre Santoyo; pero aun así me prometería conquistas y que antes que á esos cocineros de carne humana me complaciésemos á mí.

—Mucho decir es, señor Juan.

—Tengo una varita de virtudes con la que consigo muchas cosas que para otros son imposible.

—Si esa varita es de oro...

—Para vos no serviría, señor Antolín, porque ahora sois rico, tenéis diez mil escudos, no sois codicioso y perdería el tiempo el que con dinero quisiera sobornaros.

—No os equivocáis.

—Sobre los inquisidores, está la Inquisición.

—Ciertamente.

—Y sobre la Inquisición...

—Ya no hay nada.

—Os equivocáis.

—Ni el mismo rey.

—Me parece, señor Antolín, que ignoráis algo que os convendría saber, y os lo advierto, porque al fin hemos brindado juntos y no puedo mirar con indiferencia vuestra suerte.

—Señor Juan, estáis diciendo cosas tan graves, que me parece oportuno...

—Principiar á comer.

—Es buena idea.

—Así el estómago se fortifica.

—Y se despeja el entendimiento.

—Acabaremos por ser los mejores amigos del mundo, y no os pesará.

—Voy á pedir la comida y reanudaremos nuestra interesante conversación.

Se asomó á la puerta Santoyo y gritó con cuanta fuerza pudo.

—La comida, señor huésped, esa comida suculenta que he mandado preparar.

—Voy corriendo—contestó el hostelero desde el piso bajo.

Y cumplió su palabra, porque muy pronto se presentó mientras decía:

—Yo esperaba, porque como habéis dicho que erais tres para la comida...

—Pues hemos quedado reducidos á dos; pero no abriguéis esperanzas de

que sobre nada, á menos que nos presentéis manjares de mala calidad.

—Pronto veréis que os sirvo como corresponde á persona de vuestra clase.
Salió el hostelero.

—Y á todo esto—dijo Santoyo—, aún no me habéis dado explicaciones de lo más interesante.

—Pues como os decía, el diablo se entretiene en darnos sorpresas, disgustos muchas veces, y alegría de vez en cuando.

—Lo sé por experiencia.

—Llegamos ayer á Madrid, fuimos á casa de nuestro pariente y nos encontramos...

—¿Con alguna desgracia de familia?

—Con una carta escrita por la inocente María Terrones, es decir, escrita en su nombre, pues ella no sabe escribir, y allí hablaba de su amor, y de sus lágrimas, y de la muerte de una tía que le ha servido de madre, y de un ganapán que la persigue y se ha empeñado en ser su marido, y de tantas cosas y tan horripilantes, tan dolorosas, tan terribles, que casi volvieron loco al pobre David.

—Delicias del amor, ya lo veis.

—Quiso montar á caballo y tomar inmediatamente el camino de la Mancha.

—Era natural.

—Y á duras penas pudimos conseguir que pasase aquí la noche; pero apenas amareció, cabalgó, y abandonando los negocios que aquí tiene, y que son de mucho interés, partió.

—Hombre muerto...

—Si se casa.

—Cuando empieza á vivir.

—Y con dinero...

—Y sonriéndole el cielo de las mujeres y de todos los goces... ¡Lástima de criatura!... Con dinero y con mucho corazón, joven y hermoso.

—Es una gran desdicha.

—Bebamos, señor Juan, porque las penas es menester pasarlas á tragos.

—Supongo que vos.

—En Madrid estaré mientras mis negocios me lo permitan, porque aquí es donde se goza, es donde se vive, y en cuanto á mi sobrino y compañero, lo dejaré, porque si así hace su gusto y así es dichoso, no he de tomarme penas por él.

—Sí, lo dejaremos con su aldea, su amor y sus locuras.

—Y locuras haremos nosotros hasta donde nuestras fuerzas nos lo permitan.

—Por vuestra salud.

—Por la vuestra, señor Antolín.

Volvieron á beber.

Otro plato llevó el hostelero.

Santoyo dijo entonces:

—No habéis acabado de explicarme lo de esa varita mágica que os ha dado la fortuna, y cuyas virtudes tendrán sus límites.

—Sí.

—Pues en París he visto que no pudisteis conseguir encontrar al señor Jacobo de Tordesillas, á pesar del empeño con que lo buscabais.

—Tened en cuenta que tampoco lo han encontrado los inquisidores, y lo han buscado con más afán que yo, con mayor empeño por parte de uno á quién tal vez conoceréis.

—¡Un inquisidor!

—Sí.

—Algunos conozco, no porque sean mis amigos, sino de vista ó por su nombre.

—¿Nada más?—preguntó el sirviente mientras fijaba una mirada penetrante en el señor Antolín.

Este tomó su vaso para beber, evitando así contestar inmediatamente.

Podía ser maliciosa, hecha con mucha intención la pregunta de Juan; pero también podría ser inocente, y esta duda fué la que en grandísimo apuro puso al hidalgo.

—Nada más—dijo al fin, porque pensó que siempre tenía tiempo para decir otra cosa.

—Parece que habéis tenido que pensar, y...

Se interrumpió Juan por un instante y antes de dar tiempo para que replicase el hidalgo, tomó un vaso y añadió:

—Pues brindo por el abate Florentín, que es el más astuto de todos los inquisidores y el mayor enemigo del señor Jacobo de Tordesillas.

—¡Por el infierno!...

—¿Qué os ha sucedido?

—Nada, siro que...

—¿También conocéis al abate?

—¿Y quién no lo conoce—replicó Santoyo, esforzándose para disimular y reír..

—Pero haberlo visto alguna vez y sa-

ber que es astuto no es conocerlo, y en cuanto á lo demás, si os ha sorprendido lo que acabo de decir de que es el enemigo mayor del señor Jacobo...

—No lo sé.

—Pues os contaré una historia.

—Tergo entndido que por hechicero ó cosa parecida está acusado el señor Jacobo.

—Sí, cometió el crimen de casarse con una mujer que es un prodigio de belleza.

—¡Por el infierno!...

—Y además, virtuosa hasta el punto de que prefirió ir á los calabozos del Santo Oficio antes que ceder á cierta clase de exigencias...

—¡Rayos y truenos!...

—¿No sabíais eso, señor Antolín?

—Claro es que no.

—Y sin embargo conocíais al señor Jacobo y motivos tenéis para odiarlo... ¡Cosa rara!... Parece imposible que nunca hayáis visto á una mujer, en cuyos ojos está el cielo, y los rayos del sol en su cabellera, y la blancura de la azucena en su garganta, y los corales en sus labios y tras los corales las perlas...

—Basta, señor Juan, que con la pintura que hacéis, y el carorcillo del mosto y lo demás que se figura mi imaginación...

—Sois un gran hombre.

—¡Vive el cielo!...

—Pues ello es que milagrosamente se escapó de un calabozo la mujer de Tordesillas.

—Protectores muy poderosos debió tener, y siento no haber sido su protector.

—Pues lo fué un jorobado.

—¡Cuerros de Lucifer!...

—Un infeliz...

—Una araña, un bicho.

—Un mancebo de gran corazón.

—Si de corazón tenía llena la joroba, debía ser muy grande.

—No penséis que con cierta clase de miras protegió á la esposa de Jacobo, pues el jorobado quiso favorecerla como hubiera favorecido á su madre.

—Siendo así...

—No lo dudéis.

—De los jorobados desconfío.

—No hay regla sin excepción.

—Pero una excepción con joroba...

¡Mil truenos!...

—Señor Antolín, preciso es que reo-

nozcaís que el tal jorobado representó un gran papel.

—La prueba de que así lo reconozco es que lo envidio.

—Pero para hacer lo mismo hubierais terido que burlaros del abate Florentín, luchar con él en el terreno de la astucia, y en el de la fuerza, con sus esbirros.

—¿Y creéis que me hubi ra falta'o el valor?

—No; pero si en vuestras miras no entra trabajar con el abate...

—Yo siempre estoy dispuesto á trabajar contra los bribones.

—Verdad es que favorecerlo era favorecer un triunfo con respecto á la mujer de Tordesillas.

—¡Rayos!...

—Y no faltó quién quisiera servir al abate.

—Hay hombres para todo—dijo el hidalgo con voz insegura.

Y bebió porque no sabía que hacer, ni quería mirar frente á frente á Juan.

Y luego tomó una perdiz, inclinó la cabeza y emp.zó á devorarla...

—Pues como os decía—repuso el criado—, hubo un hombre que por un puñado de escudos se comprometió á buscar á Tordesillas pa a asesinarlo, y salió bien provisto de un veneno, por si no era bastarte su espada ó su puñal.

El hidalgo palideció y empezó á tristar algu. os de los huesos de la perdiz.

—Y ese desdichado—añadió Juan—, obligado por la necesidad, por el hambre, dió á Florentín una garantía, firmándole cierta declaración...

—¡Fuego del infierno!...—gritó el señor Antolín.

—¿Qué os sucede?

—Lo que estáis diciendo...

—Os desagrada, os indigna, ya lo veo, pero debéis tener en cuenta que cuando un hombre no ha cenado, y tampoco tiene que almorzar á la mañana siguiente, ni ningún recurso, ni ninguna esperanza, y le presentan una bolsa llena de oro...

—¡Dios de Dios!... Verdad es que el hambre...

—Es mala consejera, señor Antolín.

—¿Y conocíais á ese hombre?

—Lo conoceré.

—Es cosa extraña que sepáis tantos detalles y no sepáis su nombre.

—Pues ahí veréis.

—Y á pesar de vuestra varita mágica...
—Debéis tener en cuenta que como yo no pensaba defender al señor Jacobo de Tordesillas...

—Sí, me habéis dicho que lo aborrecíais, y ahora parece que habláis en su favor.

—Eso consiste en que sé dominarme, que la pasión no me ciega. Bien puedo tener motivos para odiar al señor Jacobo, pero reconozco que es una víctima del abate, y me indigna que se vea perseguido sin otra razón que la de ser su mujer muy hermosa y muy virtuosa. La justicia ante todo, señor Antolín. A vos os veo también indignado.

—Sí.

—Y no hace mucho tiempo que queríais matar á Tordesillas.

—Me habéis convencido.

—Pues volviendo á nuestra conversación, os diré que hay en la corte quien tenga influencia bastante para haber conseguido que se absuelva á Tordesillas y á su mujer, y ella está libre.

—¿Y por qué huye y se oculta de él?

—Por la sencilla razón de que ignora que ha sido absuelto, y la mujer ignora donde está el marido, y éste no ha podido averiguar lo que ha sido de su mujer.

—Comprendo.

—Y así andan los infelices, y Dios sabe la suerte que les espera.

—Es posible que se muera Jacobo por esos mundos de Dios, creyendo siempre que está perseguido, y su pobre mujer...

—Hay más, señor Antolín, mucho más.

—Conseguiréis aturdirme.

—Un hombre como vos no se aturde fácilmente.

—Sin embargo...

—Escuchad.

—Beberemos y dejaremos que otra cosa nos traiga mi huésped.

Y éste se presentó á los pocos momentos con una fuente donde había dos pollos asados.

—Más vino—le dijo el señor Antolín—, porque se nos seca el paladar.

Y más vino llevó el hostelero.

—Me parece—dijo Juan después de haber bebido—, que he picado vuestra curiosidad.

—No lo niego.

—Que da lo mejor de la historia.

—Tanto interés tiene lo que me habéis dicho...

—Pues es nada comparado con lo demás.

—Sepamos.

—El señor Jacobo tiene una hija de cinco á seis años.

—¡Pobre criatura!

—El abate Florentín la separó de su madre.

—¡Por el infierno!—gritó el hidalgo—, que ya pasa de raya tanto abuso.

—Así tenía el abate un medio más de amenaza para obligar á la pobre madre, ya que nada había podido conseguir de la esposa.

—¡Mataré al abate!—exclamó Santoyo sin darse cuenta de lo que decía.

—No lo haréis—replicó con calma Juan.

—¿Y quién puede estorbarme aplastar á ese venenoso reptil?

—Olvidáis lo de aquella firma puesta en cierta declaración...

—¡Señor Juan!...

—Y esa circunstancia...

—¿Y qué me importa lo que haya podido firmar un desdichado en momentos en que el hambre lo atormentaba?

—Os importa mucho, muchísimo, y sobre este punto hablaremos después, y os convenceréis de que no me equivoco.

Ya no era posible que al hidalgo le quedase duda de que Juan no era lo que parecía, y de que representaba un papel importantísimo en aquella espantosa intriga.

Nunca como entonces le convenía ser prudente, cauto y previsor al señor Antolín.

Esforzóse, pues, para disimular, y comprendiendo á bocados con uno de los pollos hizo propósito firme de no hablar más que lo preciso mientras el misterio no se pusiese en claro.

—La hija de Jacobo desapareció, y no hay que decir que en poder del abate se encuentra, pues pocos días antes de que saliese de la corte el que debía buscar y asesinar al fugitivo, presentóse Florentín á la desgraciada madre para hacerle la última exigencia y amenazarle con matar á la niña.

—¡Malvado!...

—Y también desapareció el pobre jo-

robado, es decir, murió... Tened paciencia, señor Antolín, que voy á beber y os referiré lo que con el jorobado sucedió, porque es quizás lo más interesante de esta historia.

—Ya deseo conocer el desenlace.

—Es precisamente el que falta..

—Proseguid, señor Juan.

—Pues brindemos...

—Por la esposa de Jacobo.

—Y por su inocente hija.

El señor Antolín siguió comiendo; pero distraídamente, porque la conversación empezaba á ser demasiado interesante.

Juan, siempre con el tono de la mayor sencillez y con la más completa calma, dijo:

—Sucedió que el abate Florentín llevó á la niña á la misma casa que había sido de Jacobo, y allí la encerró en las cuevas y le puso por guardianes á una vieja beata que debía tener en el cuerpo al mismo Satanás, y al jorobado, de quién no sospechaba todavía.

—El jorobado empieza á gustarme, á pesar de su joroba.

—Por una serie de circunstancias y de coincidencias que os daré á conocer otro día, el jorobado se puso de acuerdo con otro inquisidor que odiaba á Florentín, y el inquisidor entabló á su vez relaciones con un personaje muy poderoso, cuyo nombre sabréis á su tiempo.

—Se complica el asunto.

—A pesar de que cuatro esbirros vigilaban constantemente en los alrededores de la solitaria casa, consiguió introducirse en ella el inquisidor, que es un fraile, y empezó á tratar con el jorobado de los medios de libertar á la niña para devolverla á su madre; pero sucedió que Florentín se apercibió de lo que se tramaba, y una noche entró en la casa y se armó la de Dios es Cristo, porque el jorobado no pudo ya contenerse y desafió el poder de su amo el abate.

—¡Brindo por el jorobado!—exclamó el señor Antolín, llenando su vaso y bebiendo.

—Veo que os gustan los hombres de corazón...

—Aunque tengan una joroba.

—Se armó la función de cuchilladas y el pobre jorobado, que no tenía más armas que un puñal, acometido por todos lados y acuchillado sin compasión...

—¡Fuego del infierno! ¡Y no quiso Dios que yo me encontrase allí para tener el gusto de ensartar esbirros y aplastar al abate!...

—El único recurso que le quedó fué arrojarle por una ventana al mismo tiempo que lo atravesaban de una estocada, y cayó al corral, y...

—Claro es que moriría.

—Eso es lo que no se sabe. Se le abandonó, porque no daba señales de vida, y como poco después llegaron los otros, es decir, el fraile, el poderoso caballero y sus criados, se supone que hicieron la obra de caridad de dar sepultura al cadáver.

—Pero eso no era más que una suposición.

—Florentín no ha vuelto á tener noticia del jorobado.

—¿Y la niña?

—Se la llevó el abate antes de que acudiesen los otros.

—¿Dónde está esa pobre criatura?

—Si lo supieseis y se lo dijeseis á su madre, os daría tanto oro...

—¡Vive el cielo!

—Así ha quedado la situación. La vida de Florentín se respeta, porque es preciso evitar que atente contra la de la niña, y mientras los unos y los otros trabajan sin cesar, el abate Florentín hace lo posible para asesinar al señor Jacobo de Tordesillas. ¿Qué sucederá? Dios lo sabe.

—¿Y ese caballero poderoso?...

—Es don Martín de Quiñones.

—¡Que el infierno me trague!—gritó desesperadamente el señor Antolín—. ¡Truenos y rayos! ¡Don Martín de Quiñones!...

Y por algunos minutos quedó el hidalgo inmóvil como una estatua y con la mirada fija en el sirviente.

Este llenó su vaso, bebió y siguió comiendo.

Hubiérase dicho que no fijaba la atención en Santoyo ni se apercibía del efecto que producían sus palabras.

Caviló, atormentando su magín el hidalgo.

¿En qué terreno debía colocarse?

¿Qué se había propuesto Juan?

¿Le convenía seguir fingiendo que nada tenía que ver con Florentín?

Todas estas preguntas se las hizo en

pocos momentos sin acertar á darse contestación.

—¿Y para qué me habéis referido todo eso?—dijo al fin.

—Para que lo sepáis, para satisfacer vuestra curiosidad, pues habéis demostrado mucha desde que pronuncié el nombre del abate.

—¿Y nada más os proponíais?

—Nada más.

—Pues sabed, señor Juan, que mi curiosidad no está satisfecha.

—¿Qué más deseáis saber?

—Os lo diré francamente, aunque os parezca indiscreto.

—Os autorizo para decir cuanto se os antoje, pues no creo que penséis hacerme ninguna ofensa.

—Pues bien, quisiera saber porque odiáis al señor Jacobo hasta el punto de buscarlo para matarlo.

—¿Y quién os ha dicho que quiero atentar contra su vida?

—Vos, señor Juan.

—¡Bah!

—¿Lo negaréis?

—No; pero me equivoqué, como puede equivocarse cualquiera.

—¡Que os equivocasteis!...

—Sí.

—¿Y también por equivocación buscabais al señor Jacobo?

—Eso no.

—Entonces...

—Señor Antolín, mucho queréis saber.

—Como me habéis autorizado para preguntar...

—Y os responderé con mucho gusto, y con tanta franqueza, con tanta claridad, que habéis de quedaros aturdido. ¿No haréis vos lo mismo, señor Antolín?

—¿Creéis que no he de corresponder á vuestra franqueza?

—No lo haréis.

—Señor Juan...

—Estoy decidido á decir lo que siento.

—¡Vive Dios! No os parecéis á ningún hombre.

—En eso fundo mi vanidad.

—Os escucho.

—Buscábamos al señor Jacobo de Tordesillas, para decirle que podía volver sin temor á España.

—Es decir, que sois sus amigos.

—¿No lo habíais sospechado?

—Sí, pero dudaba...

—También querríamos protegerlo, pues sabíamos que lo buscaba el enviado de Florentín.

El hidalgo palideció.

Juan, siempre con tono de sencillez, prosiguió diciendo:

—No conseguimos más que á medias nuestro deseo, pues ya sabéis que Jacobo, aburrido y desesperado porque se veía perseguido sin cesar, huyó y renunció á la protección de los jesuitas, que lo habían favorecido mucho.

—De esa protección no habíais hablado.

—¿Pues no habíais comprendido que el padre Leotardo se interesaba por Tordesillas?

—No le dí valor á esa circunstancia.

—Y en realidad el que salvó en París de una muerte cierta al señor Jacobo, fué el jesuíta, que tenía noticias también de lo del veneno.

—¡También el padre Leotardo!

—Sí.

—Otra vez os pido perdón si dudo que no conozcáis al que se comprometió á matar á Tordesillas.

—Lo conoceré cuando quiera, porque sé donde habitaba cuando trató del negocio con el abate, y preguntando me responderán lo mismo el posadero que su mujer, y los criados de la posada, y hasta los vecinos. La habitación tiene recuerdos de mucha importancia, y muy horribles; parece lugar predestinado para cometer crímenes de esta clase, por los individuos de una familia contra los de otra. Y aquí, amigo Santoyo, viene de molde otra historia de mucho interés y que voy á contaros, porque según estoy viendo, aunque habéis corrido mucho mundo, sabéis muy poco.

El hidalgo ya no podía disimular. Apenas comía, y distraídamente bebía de vez en cuando.

—Pues habéis de saber—dijo Juan—, que un hidalgo muy rico llamado Gil Pérez, y natural de Tordesillas, cuando el alzamiento de las comunidades, vendió todos sus bienes, y reunido en oro el producto de la venta, le depositó en manos de un fraile franciscano muy virtuoso. Sobre este asunto escribió Gil Pérez al fraile en vísperas de la batalla de Villalar, y estos papeles de tanto in-

terés cayeron en manos de un mercader, que quiso apoderarse del tesoro al saber que Gil Pérez había muerto, y también su hijo; pero no lo consiguió, porque noticioso del caso otro mercader italiano, que se llamaba Florentín, envenenó al primero y se apoderó de los papeles, y luego asesinó al fraile. El mercader envenenado murió en el mismo aposento que ocupaba después el que trató con el abate la muerte de Jacobo.

—¿Y el tesoro?

—Fué á parar á buenas manos, y se ha conservado de padres á hijos, hasta tener la prueba de que no murió en Villalar el hijo de Gil Pérez, y que vive su nieto, que se llama Jacobo...

—¡Mil rayos!...

—¿Entendéis?

—Me aturdí, señor Juan.

—El tesoro ha sido entregado á Isabel de Linares, esposa de Tordesillas, ó más bien de Jacobo Pérez...

—¿Y el hijo de aquél Florentín?...

—Es el abate.

—¿Poder de Dios?...

—¿Qué os parece tantas coincidencias?

El señor Antolín se pasó las manos por la frente y Juan, como si quisiera acabar de aturdirlo repuso:

—Os falta saber qué el jorobado se llamaba David...

—¡Truenos... Y vuestro sobrino...

—Y yo, aunque mucho os desagrada, no soy hidalgo, ni manchego, ni habito en casa de ningún pariente, sino en la de mi noble y poderoso señor don Martín de Quiñones, que me trata, no como á criado, sino como á un amigo, porque en otro tiempo fuimos, más que otra cosa, leales camaradas, y dimos mucho que hacer á ciertos bribones, y apuramos la paciencia de Felipe II.

—¡Os habéis burlado de mí!

—¿Burla llamáis á mi franqueza? Pagadme en la misma moneda, señor Antolín.

—¡Oh!...

—Y si algún día sabéis quién es el que trató en la posada de *La Cruz de Oro* con el abate, decidle que don Martín de Quiñones tiene muchos medios sobrados para recuperar aquel papel firmado tan imprudentemente.

El hidalgo se puso en pie.

Su mirada era sombría.

También Juan se levantó, tomó su sombrero y dijo:

—Acordáos de que la Compañía de Jesús no os perdonará jamás lo de la herencia, y de que nosotros estamos en buenas relaciones con los jesuitas. Y nada más por hoy. Ya sabéis quien soy, y en cuanto á mi amigo David, lo encontraréis en la vivienda del señor Leandro del Castillejo, que fué depositario del tesoro, y que nos ha ayudado grandemente.

—Esperad, ¡vive el cielo! que no es posible que quedemos así.

—¿Qué más queréis?

—Después de lo que habéis dicho...

—A vos os toca reflexionar.

—Basta de fingimiento.

—Hoy no he fingido.

—Quiero pagar vuestra franqueza.

—Eso es otra cosa.

—Sentaos.

—Como os pusisteis en pie...

—Brinqué contra mi voluntad, porque la sangre me hierve.

—Si creéis que os he ofendido...

—No.

—Pues os escucharé con mucho gusto mientras como de este queso y apuro esta botella.

Volvieron á sentarse.

—Recobrad la calma—dijo el sirviente—; que no tenéis motivo para quejarnos de la fortuna. Sois rico y además se os presenta ocasión de hacer otro negocio mejor que el de la herencia, y debéis estar alegre como nunca.

—Razón tenía el abate al decir que no erais lo que parecíais, y que importaba mucho conoceros.

—Ahora podéis darle noticias exactas.

—Lo que haré será retorcerle el pescuezo en cuanto vuelva á mis manos el maldecido papel. ¿Creéis que un hombre como yo puede aceptar el triste papel de ciego instrumento del abate? Voluntariamente puedo hacerlo todo; pero á la fuerza... ¡Por el infierno!... Todo lo he perdido, hasta la conciencia; pero no la dignidad. Antes he mirado con desprecio á Florentín, pero desde ayer lo aborrezco, porque me dió órdenes como un déspota, y me amenazó sin que me fuese posible arrancarle la lengua con

que pronunció sus estúpidas amenazas.

—En ese caso...

—Adopté una resolución, la de fingir que me sometía, que lo servía, para engañarlo mejor.

—Es buena idea.

—No sabe que hoy habéis de comer conmigo, sino solamente visitarme, y me mandó que os convidase y preparase las cosas de manera que él pudiera observaros mientras comíamos.

—Quiere ver á David.

—El nombre de vuestro compañero le hace palidecer.

—Y el por qué lo comprenderéis ahora.

—Sí, sí.

—Nos hemos entendido, señor Santoyo.

—Pero me habéis hecho tragar mucha saliva.

—Bebamos.

—Sí, beberemos, porque necesito desatúrdirme.

—Y luego...

—Muy poco tardaremos en hablar, porque me parece que ya nos hemos entendido.

Bebieron.

El señor Antolín estaba cada momento más excitado.

—¡Fuego de Satanás!—exclamó—. Si yo supiera que no habíais de creer lo que voy á decir, me mataría.

—Mi varita de virtudes me sirve precisamente para conocer cuando me dicen la verdad.

—Pues bien, ofrecedme diez millones de escudos para que os sirva, y no os haré caso.

—Lo creo, porque tenéis diez mil escudos y no sois codicioso.

—Os agradezco mucho que hagáis justicia á mis sentimientos.

—Ya veis que no se equivocaba mi varita de virtudes.

—Y si me amenazaseis...

—Las amenazas serían inútiles, puesto que no le tenéis miedo á la muerte.

—¡Mil rayos!...

—Ahora sí que nos hemos entendido.

—Y podemos ser los mejores amigos del mundo.

—Continuad, señor Antolín.

—No quiero servir á nadie; pero sí deseo castigar á Florentín, deseo ven-

garme, y sobre todo recuperar el documento que firmé la mañana inolvidable en que el hambre me acosaba, me atormentaba, me trastornaba el juicio.

—Pues todo eso lo conseguiréis si decidís secundar á mi noble y poderoso señor.

—Pero conste que no lo sirvo para que me recompense, sino para aniquilar al abate.

—Otro motivo debéis tener.

—Ninguno.

—Estáis equivocado.

—Me parece que nadie mejor que yo puede saber lo que siento.

—Os probaré lo contrario.

—Tal vez, porque en estos momentos estoy tan aturdido que soy el hombre más estúpido del mundo.

—Serviréis á don Martín de Quiñones, no por dinero porque no lo necesitáis, ni por miedo, porque el valor os sobra, sino para favorecer la causa de la justicia.

Santoyo se puso en pié, alargó la diestra al sirviente, diciéndole en el último punto del entusiasmo.

—¡Vuestra mano, señor Juan.

—Aquí la tenéis.

—Sois un gran hombre.

—Nada valgo; pero la varita mágica...

—¡Tripas de Lucifer!...

—El último trago, señor Antolín, porque es una vergüenza que dos hombres como nosotros dejen aquí este vino que es de buena calidad.

—Por vuestra salud.

—Yo brindo por el señor Jacobo de Tordesillas.

Y vaciaron los vasos.

Habían consumido buena cantidad de mosto.

No estaba borracho el señor Antolín, pero sí tenía la cabeza caliente y se encontraba en ese estado en que se habla con mucha facilidad y se excita el sentimiento, y se sublima la imaginación hasta lo inconcebible.

—Señor Juan—dijo—, una sola vez en mi vida he hecho lo que puede rebajar á un hombre; es decir, he olvidado que por mis venas corre sangre ilustre, y que me llamo Santoyo.

—No lo dudo.

—Y me he entregado á todos los extravíos, he cometido todas las locuras

peró sin que nunca pudiera decirse que he dejado de ser caballero.

—Todo eso lo sé.

—Quise matar al señor Jacobo frente á frente; pero el abate...

—Señor Antolín—interrumpió Juan—; no os esforcéis para convencerme de lo que estoy convencido.

—Me pesa y me avergüenzo de haber sido instrumento de ese zorro; pero tiene en su poder el papel maldecido donde puse mi firma.

—Y ese papel maldecido volverá á vuestras manos.

—¿Cómo?

—El medio lo buscará mi noble señor.

—¿Cómo ha de obligar al abate?

—¡Obligarlo!... Me parece que don Martín no cometerá semejante torpeza.

—Entonces...

—No os impacientéis, señor Santoyo.

—¡Vive Dios!...

—Por de pronto os conviene disimular.

—Lo haré, pues aunque soy enemigo de fingir, soy capaz de todo para aniquilar á ese miserable.

—Pues triunfaremos.

—En mi nombre le suplicaréis á don Martín que me escuche.

—Lo tenéis concedido.

—¿Y cuándo podré verlo?

—Mañana á todas horas; pero tened mucho cuidado, porque es lo más probable que el abate Florentín os espíe.

—Un espía he tenido mientras he estado en París.

—Y tal vez ese mismo espía se encuentre frente á esta casa, observando como saben hacerlo todos los esbirros de la Inquisición.

—No importa, porque yo daré explicaciones satisfactorias sobre vuestra visita.

—Si cometéis una torpeza, peor para vos.

—No la cometeré.

—Hemos concluído—dijo el sirviente poniéndose en pié.

—¿Ya os vais?

—Sí, porque mi señor me espera.

—¿Y el señor David.

—Lo veréis.

—Y con mucho gusto le ofreceré mi amistad, porque es un hombre de corazón.

Muy poco más hablaron.

Juan salió de la hostería.

El señor Antolín se entregó á las reflexiones nada agradables á que daba lugar su situación.

Había dicho la verdad en cuanto á que ni por temor ni por dinero se pondría á las órdenes de nadie; pero la declaración que había firmado era su pesadilla y á toda costa quería recuperarla.

Además, deseaba vivamente vengarse porque su amor propio estaba herido desde el momento en que el abate quiso convertirlo en instrumento inconsciente, como pudiera haberlo hecho con el último desdichado.

Alguna vez se acordaba el señor Antolín que se llamaba Santoyo, y esta vanidad lo detenía para cometer cierta clase de crímenes.

Olvidando su nombre hubiera sido el más miserable de todos los desalmados.

CAPITULO XII

SIGUE LA FARSA

Dos horas después salió el señor Antolín de la hostería.

Había meditado muy detenidamente, había recobrado la calma, y estaba dispuesto á fingir, á mentir, á disimular hábilmente.

Encaminóse á la morada del abate.

Este lo recibió con sonrisas y dulces palabras, y le preguntó:

—¿Me traéis alguna noticia de interés?

—¡Cien mil legiones de demonios!—exclamó el hidalgo, como si la ira lo atormentase.

Y apretó los puños y se movió de un lado para otro, como quien no se encuentra bien.

—¿Qué os sucede?

—¡Hígados de Lucifer!...

—Juráis como un hereje, señor Antolín.

—Porque no sé ocultar lo que siento, y envidio vuestra calma, y...

—Es preciso dominarse.

—Como ahora nadie os escucha...

—Nada se pierde por ser prudente.

—Bastante me he dominado hace dos horas, porque si me hubiera dejado llevar de mi indignación, Dios sabe lo que hubiera sucedido.

- Si no os explicáis más claramente...
- Dueño soy de diez mil escudos, y perdonaría al que me los robase, y si ahora me dais una puñalada os perdonaré también; pero lo que no puedo perdonar es el engaño, la burla, porque no he nacido para representar cierta clase de papeles.
- ¿Quién se ha burlado de vos?
- Ese hombre que se llama Juan, uno de los españoles misteriosos...
- Ya no hay misterio.
- ¿Sabéis quién es ese hombre?
- Me parece que sí, aunque no puedo asegurarlo. ¿Lo habéis visto?
- Ya sabéis que me prometió hacerme una visita, y ha cumplido su palabra.
- Me alegro mucho.
- Yo también.
- ¿Y el otro?
- Según me ha dicho el llamado Juan, su compañero, su pariente ó lo que sea, se encontró al llegar á Madrid con una carta de su novia, y partió para la Mancha al amanecer.
- Eso no es verdad.
- No lo he creído.
- Se oculta el que más nos interesa conocer.
- El tal David...
- ¡Oh!—murmuró el abate, caya frente se contrajo por un momento.
- Me parece que no sería difícil averiguar quién es ese hombre, porque no puede haber muchos que se llamen lo mismo.
- Camino de la Mancha se encuentra un agente muy astuto de la Inquisición, aunque me parece que será inútil su viaje.
- Decís que el otro...
- Explicáos, señor Antolín, y referidme palabra por palabra la conversación que habéis tenido.
- El señor Juan habla mucho, muchísimo, y no dice nada.
- Comprendo.
- Se ha ocupado del señor Jacobo de Tordésillas, para decir que lo aborrece por motivos que se reserva, y que no vivirá tranquilo hasta encontrarlo y matarlo.
- ¿Y dónde habita ese hombre?
- Se lo pregunté y me respondió estas palabras:
- «Mañana he de cambiar de domicilio y entonces vendréis á mi casa.»
- ¿Lo habéis convidado á comer?
- Y me ha ofrecido ir á la hostería á las dos en punto.
- ¿Qué más habéis hecho?
- Nada.
- Perdonad, señor Antolín; pero habéis cometido una gran torpeza.
- ¿En qué consiste?
- Suponed que ese hombre no vuelva á visitaros.
- Sí, volverá, porque no desconfía.
- Pero suponed que así sucede.
- ¿Y qué debo deducir?
- Que habéis debido espíarlo, seguirlo.
- No me ha ocurrido semejante cosa.
- Ahí tenéis la torpeza.
- ¡Vive Dios!
- Ya no hay remedio.
- Pues lo que no puede remediarse, es lo que más hace sufrir.
- Por si acaso acude al convite, haréis los preparativos necesarios.
- Descuidad.
- Quiero estar en sitio desde donde pueda ver sin ser visto.
- Comprendo.
- Pues es cuanto necesito por ahora.
- Aún no me habéis dicho quién es ese hombre.
- Un criado de cierto caballero enemigo mío y protector de Jacobo de Tordésillas.
- Y ese caballero...
- No os importa su nombre.
- Para que me sirva de gobierno...
- Es inútil, puesto que nada habéis de disponer.
- Debo respetar vuestra reserva.
- Lo sabréis todo cuando yo esté convencido que no me equivoco.
- No soy curioso, señor abate.
- Ya lo sé.
- Ved si otra cosa tenéis que mandar.
- Que os preparéis para todo, porque el asunto se complica y es posible que tengamos mucho que hacer.
- La conversación había terminado.
- Por aquella vez el señor Antolín fué más astuto que el abate.
- A la mañana siguiente apenas almorzó

el hidalgo, llamó á su huésped, diciéndole:

—Necesito para dos ó tres horas otra habitación, y es preciso que me la proporcionéis á toda costa.

—A vuestra disposición está toda mi casa.

—Esa habitación ha de tener una puerta por donde se entre á otra, y en la puerta ha de haber una cortina.

—Nada de eso es difícil.

—Sobre el terreno os daré más explicaciones para que acabéis de comprender lo que necesito.

—Pues si tenéis á bien seguirme...

—Antes os advertiré que todo cuanto ahora os digo es reservado, muy reservado, y que si cometéis la más ligera indiscreción ¡por el infierno! que os molearé á palos.

—La reserva es mi única buena cualidad, y esto lo sabe todo el mundo.

—Pues vamos á ese aposento.

—Cerca lo tenéis.

El hostelero y el señor Antolín se trasladaron á una habitación bastante espaciosa en la que había una alcoba, cuya puerta no tenía más que una cortina.

—No podía ser más á propósito el lugar para lo que deseaba el abate, pues oculto en la alcoba, y por entre la cortina podía ver y oír á los que estuviesen en el otro aposento.

—Escuchad—dijo el hidalgo deteniéndose en el centro de la habitación.

—Ya os escucho.

—En este mismo sitio pondréis una mesa.

—Se pondrá.

—Suponed que también tengo un convidado.

—Entiendo.

—Prepararéis una comida espléndida.

—¿Cómo la de ayer?

—Sí, pero con menos verdura y más carne.

—Quedaréis complacido.

—Pues suponed ahora que el convidado, por un motivo cualquiera, no puede venir.

—Si se pone repentinamente enfermo, ó algún negocio urgente...

—Eso es.

—¿Qué haré si no viene?

—Vos no tenéis nada que hacer, sino yo, que me disgustaré mucho, y os diré

cosas muy desagradables, porque cuando se tiene mal humor, no se habla con dulzura.

—Os escucharé con el respeto debido.

—Aburrido y desesperado, comeré solo.

—Muy bien.

Antes de las doce vendrá á buscarme otra persona, que debe ocultarse tras esa cortina y escuchar, observar.

—Eso no lo entiendo.

—Ni es menester.

—Pues dadme órdenes terminantes, para que yo no cometa ninguna torpeza.

—Silencio, siempre silencio. ¿Entendéis ahora?

—Sí.

—Y lo que veáis...

—Nada veré.

—Tenéis mucho entendimiento.

—¿Queréis algo más?

—Ahora no.

—Voy á cumplir vuestras órdenes.

—Para las doce en punto, la comida.

—Estará.

—Acordaos de que antes ha de venir el otro.

—Lo llevaré á vuestro aposento.

El huésped volvió á la cocina mientras decía:

¿En qué clase de negocios está metido este hombre? Mientras pague, todo va bien; pero me parece que vamos á concluir mal. Ayer hablaban de un inquisidor, del abate Florentín, y del señor de Quiñones... ¡Oh!... Siento no haber podido escuchar toda la conversación; pero no hay duda de que el negocio es grave, muy grave.

No tenemos que decir que el hostelero era muy curioso, y que cometía el abuso de espiar á los que en su casa tenía siempre que alguna circunstancia le llamaba la atención.

Antes de las doce se presentó el abate en la hostería.

Tuvo el hostelero que esforzarse para no exhalar un grito de sorpresa y de disgusto.

Conocía á Florentín.

Este preguntó con dulzura:

—¿El señor Antolín de Santoyo?

—Sí, señor abate... ¿Queréis verlo?... Claro es que sí, cuando preguntáis por él... Perdonad... Soy torpe... Venid...

—¿Está solo?

—Enteramente solo... Supongo que vos sois la persona que ha de comer en su compañía.

—Tal vez.

—Me mandó preparar la comida para las doce en punto y ya está... He hecho todo lo posible para que quedéis complacido... Por aquí, señor abate... Esta escalera es mala; pero algo hay que sufrir... ¡Oh!... Me considero muy honrado...

—¿Me conocéis?

—Si no me equivoco, sois el muy ilustre abate Florentín.

—Eso es.

—Me ha sorprendido al veros, porque como el señor Antolín no me dijo que vos fueseis el convidado...

—Y no lo soy.

—¡Ah!

—¿Cuál es su habitación?

—Aquí la tenéis.

—Gracias... Que Dios os bendiga.

Entró el abate en el aposento del hidalgo.

—Aquí me tenéis—dijo.

—Sois exacto.

—Ya sé que habéis preparado la comida.

—¿Quién os lo ha dicho?... Mi huésped, porque es muy hablador... ¡Rayos! Lo enseñaré á callar... En fin, nada se ha perdido... Venid porque me parece conveniente que nos instalemos desde ahora en la habitación donde hemos de comer.

—Vamos.

Pasaron al otro aposento.

Ya estaba la mesa puesta y arreglada.

Una ojeada le bastó al abate para hacerse cargo del local.

—Muy bien—dijo.

—Haré de modo que el señor Juan se siente aquí de cara á la alcoba, y así podréis ver hasta sus gestos.

—Perfectamente.

—Ya no tenemos que hacer más que esperar.

Dieron las doce.

Al abate cruzó las manos y rezó.

Quince minutos después empezó á impacientarse el hidalgo.

Llamó al hostelero y le dijo ásperamente:

—¿Estáis seguro de no haber cometido ninguna torpeza?

—Me parece que no.

—Es imposible que no haya venido la persona que conmigo ha de comer.

—Aún no es tarde.

—¡Vive Dios! ¿Acaso os pregunto que hora es?

—Señor hidalgo...

—El amigo que ha ha de venir, es el que ayer me visitó.

—Recuerdo su semblante como si lo estuviese viendo.

—Os situaréis á la puerta y...

—No tengo otra cosa que hacer.

—¿Y la comida?

—Preparada.

—Pues no olvidéis que de cualquier torpeza os exigirá la responsabilidad.

—Estoy tranquilo.

—Señor Trifón, me parece que os tranquilizáis con demasiada facilidad, lo cual debe consistir en que no me conocéis bastante bien, y no estáis convencido de que soy muy capaz de romperos una costilla en un abrir y cerrar de ojos y sin miramiento ni explicación.

—Mientras yo cumpla mi deber, no haréis semejante cosa.

—Fiáis en mi clemencia...

—Fío en mi honradez y en mi lealtad.

—Idos y haced lo que os he mandado. El hostelero salió.

—Empiezo á temer—dijo el abate—, que ese hidalgo misterioso no acuda á la cita.

—¡Oh!...

—En cuyo caso no os quedará duda de que se ha burlado de vos como del más cándido de los hombres.

—¡Por el infierno!...

—No os enfadéis, pues por mucho que os desagrade lo dicho, resultará siempre que el hecho...

—Señor Florentín, si es que de mí ha creído burlarse ese hombre, peor para él.

—Por de pronto, peor para vos y para mí.

—Supongo que no se lo ha tragado la tierra.

—No somos tan afortunados...

—Tarde ó temprano, lo encontraré, y entonces... ¡Por el rabo de Satanás!...

—¿A qué hora quedó en venir?

—A las doce en punto.

—Esperemos.

Florentín inclinó sobre el pecho la cabeza, cruzó los brazos, cerró los ojos y quedó inmóvil.

Hubiérase dicho que dormía; pero nunca había estado tan despierto.

El señor Antolín se paseaba, deteníase, apretaba los puños, juraba y maldecía.

Representaba admirablemente su papel.

Dió la una.

Ya no había que esperar al convidado, pues no era posible que se presentase.

Florentín levantó la cabeza, abrió los ojos, desplegó una leve y burlona sonrisa y dijo:

—Señor Santoyo, creo que debéis pedir la comida, porque si así no lo hacéis, mortificaréis vuestro estómago sin ninguna ventaja.

—¡Truenos y rayos!...

—No os enfadéis.

—¡Se ha burlado ese hombre de mí!

—Pues que os sirva de escarmiento para otra vez. Si lo hubieseis espíado, como debisteis hacer, el burlado no seríais vos sino él.

—Estoy desesperado...

—Si perdéis la calma, cometeréis muchas torpezas.

El hidalgo volvió á llamar al hostelero.

—Nadie ha venido—dijo éste.

—Ya lo veo, y por consiguiente es inútil que me lo digáis.

—Vuestro amigo puede haber enfermado repentinamente, ó algún negocio de mucho interés...

—¡Vive Dios!... ¿Y qué me importan sus asuntos?

—Ello es que no viene.

—Pues traed la comida, porque esperar más de una hora me parece representar un triste papel.

—Inmediatamente quedaréis servido.

—Sí, corred, porque tengo hambre.

Obedeció el huésped.

—Señor Florentín—dijo el hidalgo—, acercaos á la mesa y ocupad el puesto del señor Juan, pues si como solo, me aburriré. Supongo que á pesar de vuestro carácter medio sagrado y de ser inquisidor, no os está prohibido comer y beber.

—Os acompañaré; pero si el otro llegase...

—Aquí no entrará hasta que os hayáis ocultado.

Se acercó Florentín á la mesa.

Principiaron á comer.

—¡Vive Dios!—exclamó el hidalgo— ¡Tengo seco el paladar.

—¿Y por qué no bebéis?

—Como no lo hacéis vos...

—Lo haré para complaceros.

Llenó el abate su vaso y lo apuró más pronto que el señor Antolín.

Luego siguió comiendo con muestras del mejor apetito.

Aún no habían pasado cinco minutos, cuando volvió á beber, diciéndole al hidalgo:

—Os olvidáis del vino.

—¡Por el rabo de Lucifer!... ¿Me desafiáis?

—Me habéis convidado y correspondo como puedo.

Sabemos ya que el señor Antolín era insaciable.

Sin embargo, Trifón llevaba nuevas viandas, y Florentín comía tanto como Santoyo.

En cuanto á beber no se quedaba atrás.

Y las botellas se vaciaban, y había que destapar otras.

Al hidalgo se le calentaba la cabeza, y el abate continuaba lo mismo, hablando con voz meliflua y comiendo con mesura.

Parecía que ni siquiera había probado el vino.

Santoyo lo miraba con sorpresa y decía:

—¡Cien mil legiones de condenados!... ¿Quién había de creerlo?... Bebéis más que yo y os quedáis tan tranquilo... Señor abate, sois un hombre extraordinario.

—Tal vez.

—Me alegro, porque no me gustaría someterme á quien valiese menos que yo.

—Es decir, que ahora me serviréis con mejor voluntad.

—No lo dudéis.

—Y aunque no estuviera en mis manos aquel papel que firmasteis...

—¡Por el infierno!—exclamó el señor Antolín descargando sobre la mesa una puñada, que hizo bailar las botellas y los vasos.

—¿Qué os sucede?

—No me habléis del maldecido papel que guardáis contra mi voluntad y cometiendo un abuso, porque si he de hablaros con franqueza...

—Decid lo que se os antoje.
 —Que me dan ganas de mataros.
 —¡Bah! No lo haréis, porque bien se os alcanza que he previsto el caso de que la sangre se os suba á la cabeza.
 —Sois demasiado previsor.
 —Suponed que al salir de esta casa, un desalmado cualquiera me matase.

—¿Qué sucedería?
 —Que inmediatamente os llevarían á los calabozos de la Inquisición, y que el papel que firmasteis...

—Entiendo, entiendo.
 —Pedidle á Dios que no me suceda ninguna desgracia, pues por grande que fuese, sería mucho más grande para vos.
 —Sois un zorro.

El abate se encogió de hombros, hizo un gesto de indiferencia y dijo tranquilamente:

—No me habéis ofendido, y si en vez de zorro queréis llamarme tigre, tampoco me ofenderé. Lo que miro es el resultado, pues lo demás no me importa. Estoy acostumbrado á oír las calificaciones más duras, y ya no me hacen efecto. Quién mejor me trata sois vos, y os agradezco la noble franqueza de decirme cara á cara lo que pudierais decir cuando yo no lo oyese.

—Lo cual significa...

—Que somos los mejores amigos del mundo y que nos entenderemos muy bien.

—Comamos, señor Florentín.

—Estas gallinas asadas deben estar buenas.

—Las probaremos.

—Puesto que hay dos...

—La división se hace fácilmente.

Habían comido mucho, y sin embargo, cada cual se apoderó de una gallina, empezaron á destrozarla y á comer como si entonces principiasesen.

—No debían dejar más que los huesos.

Y el vino se consumía rápidamente.

—¿Dónde os cabe lo que habéis comido?—preguntó Santoyo.

—Es que me esfuerzo para que no tengáis que quejaros de mí.

—Concluyó la comida, porque todo concluye en este mundo.

Eran las tres de la tarde y por consiguiente no había que pensar en el hidalgo misterioso.

Florentín se despidió y salió, quedando de acuerdo para ver á Santoyo al otro día, ó antes si fuese menester.

—Ahora don Martín—dijo el hidalgo. Tomó su espada, su capa y su sombrero y salió.

CAPITULO XIII

UN ENEMIGO MENOS

No se olvidó el hidalgo de mirar si alguien lo espíaba, pues recordó lo que muy prudentemente le había dicho Juan.

Vió al abate que se alejaba y se metía por el Arroyo del Arenal, y que las demás personas que había en la Puerta del Sol, eran transeuntes ó vagos que ni siquiera miraban á la hostería.

Hacia San Felipe el Real tomó el señor Antolín, y luego atravesó la plaza del Arrabal, entrando en la calle de Toledo, volviendo á la derecha, dejando atrás Puerta Cerrada y metiéndose en la calle del mismo nombre.

Llegó á San Justo, pasó adelante y pronto se encontró á la puerta de la suntuosa casa de don Martín de Quiñones.

Por éste preguntó; pero el portero le respondió con otra pregunta.

—¿Me diréis vuestro nombre, señor hidalgo?

—Antolín de Santoyo.

—Subid.

Así lo hizo el hidalgo, mientras decía para sí:

—Bien se conoce que don Martín había dado las órdenes convenientes.

La primera persona que encontró fué á Juan.

—¡Casualidad feliz!—exclamó Santoyo.

—No es casualidad, porque os espero hace dos horas.

—Sois prevenido.

—Y toda prevención es poca en estos casos.

—Hace muy poco que el abate salió de mi casa.

—¿Ha sospechado?

—Sigue creyendo que os habéis burlado de mí.

—Pero en cuanto á vos...

—No desconfía.

—Pues es lo que nos interesa.

—Ha comido en vuestro lugar y... ¡Tripas de Lucifer!... También ha bebido más que yo y se ha quedado como si no probase el vino.

—Ya iréis conociendo al abate.

—Me ha dicho que cree haber conseguido averiguar quién sois.

—Es posible, pero en último caso...

—¿Qué os importa?

—Nada.

—El nombre de David sigue produciéndole el mismo efecto.

—No ha de tener un instante de tranquilidad.

—¿Y vuestro señor?

—Os aguarda.

—Pues cuando bien os parezca.

—Venid.

Atravesaron varias habitaciones amuebladas con un lujo deslumbrador.

Cuando el señor Antolín contemplaba todo aquello y sentía que sus pies se hundían en la alfombra, pensaba que Quiñones había sido un infeliz perseguido y que ni siquiera nombre tenía.

¿No debía valer mucho el caballero para haberse levantado á tanta altura sin más auxilio que el de su inteligencia y su valor?

Estas ideas eran bastante para que el señor Antolín mirase á Quiñones como á un hombre superior y verdaderamente extraordinario.

Juan levantó una cortina y dijo:

—Señor, aquí tenéis al señor Antolín de Santoyo.

Y retrocedió mientras avanzaba el hidalgo, entraba en el inmediato aposento y se encontraba frente á don Martín.

Fijó éste su mirada penetrante y dominante en el señor Antolín.

Saludáronse muy cortésmente.

¿Cómo debía principiar aquella conversación?

He aquí lo que no sabía Santoyo y lo que le ponía un poco apurado á pesar de todo su ingenio y de toda su audacia: pero Quiñones lo sacó del apuro diciéndole con tono de sencillez:

—Señor Antolín, ni deseo vuestra ayuda, ni la rechazo, porque cuando me encuentro solo, sé luchar, y cuando me acompaña un amigo sé apreciar su auxilio en lo que vale. Temo á los peque-

ños, porque para mí no hay enemigo despreciable, y á los grandes los respeto, porque debe respetarse á todo el mundo.

—Acabáis de decir muchas verdades.

—Digo lo que me ha enseñado la experiencia.

—Con razón tenéis fama...

—Señor Santoyo perderíamos el tiempo si nos ocupásemos de mi persona.

—Escucho, pues.

—¿Queréis recuperar el papel que firmasteis y que se encuentra en poder de Florentín?

—¡Qué si quiero!...

—Lo recuperaréis.

—Y disponed de mi vida, don Martín.

—Es preciso que tengáis que arriesgarla para secundarme.

—Nunca he temblado en presencia de la muerte.

—Pero como ahora sois dueño de diez mil escudos...

—¡Vive Dios!... Es verdad que soy rico; pero...

—Quizás antes de dos años os encontraréis tan pobre y tendréis tantos apuros como el día que en la posada de la *Cruz de oro* prometisteis matar al señor Jacobo de Tordesillas.

—Señor de Quiñones—replicó el hidalgo que empezaba á desaturdirse—; perdonad, pero...

—¿Qué queréis?

—¿Cómo habéis podido saber todo eso?

—¿Y qué os importa? El caso es que lo sé, y algo más que tiene mucha importancia.

—Imposible parece que lleguéis á conseguir recuperar ese papel maldecido.

—Haré la prueba, y si no triunfo, en libertad quedaréis para servir al abate ó hacer lo que se os antoje.

—¡Servir al abate!... Prefiero antes morir mil veces. Ha herido mi dignidad, quiere tratarme como á uno de esos desdichados que no tienen voluntad propia, ni conciencia de su proceder, y á los que se les paga con unas cuantas monedas, volviéndoles la espalda desdenosamente cuando ya no se les necesita. No, no serviré al abate... si ya no lo he aplastado como se aplasta á un reptil, es porque creo que tiene adoptadas todas las precauciones con el mal-

dito papel, y más ó menos tarde me encontraría sin saber cómo en poder de la justicia.

—Si os arruináis y necesitáis dinero, os lo daré.

—Por pronto que se gasten diez mil escudos...

—Os gusta jugar y el juego es un monstruo que en un instante se tragaría todos los tesoros del mundo.

—El caso es que me aburro cuando no juego.

—Os advertiré, señor Antolín, que no he tenido intención de haceros cambiar de conducta, porque ni soy aficionado á meterme en vidas ajenas, ni he nacido para predicador, ni tampoco se cambia la condición de la criatura cuando se llega á cierta edad. Como sois ahora, habéis sido antes, y así seréis hasta el último día de vuestra existencia.

—Me parece que sí.

—Si así gozáis, si así sois dichoso...

—De todo hay, señor de Quiñones. Cuando tengo la bolsa llena, soy la más feliz de las criaturas, y si no fuese por ese papel mil veces maldecido, no me cambiaría por el mismo rey.

—Siempre hay una nube en el cielo de la dicha.

—El papel que tiene el abate no es una nube cualquiera, sino un nubarrón.

—Espero recuperarlo con la ayuda de Dios, que siempre me ha favorecido, porque siempre he luchado en favor de la justicia.

—Decidme lo que tengo que hacer.

—Fingir que obedecéis al abate y nada más.

—Y si algún día, despechado porque no consigue lo que desea hace uso del papel maldecido...

—Os protegeré hasta donde llegue mi influencia.

—¡Ah!...

—Tranquilizaos, que si no cometéis ninguna torpeza, os sobrará tiempo para gastar alegremente los diez mil escudos que os legó vuestra esposa.

—Sí, me tranquilizo, porque contando con vuestra influencia, nada temo, ni del abate Florentín, á pesar de toda su astucia, de todo su poder y de toda su mala intención.

—Pero os advierto que si por torpeza

vuestra os sucede una desgracia, os abandonaré á vuestra suerte. Ya veis que os hablo con franqueza.

—Y así me honráis.

—Pues por mi parte he concluido.

—¿Debo venir para saber si algo tenéis que mandarme?

—No, porque Florentín os espiará.

—Entonces...

—Cuando sea menester irá á veros Juan, y si algo de interés tenéis que decirme, cuando él no vaya os presentaréis al señor Leandro del Castillejo, en cuya casa encontraréis también á David.

—Estamos de acuerdo.

—Es lo más probable que muchas veces os encontraréis en la calle con Juan ó con David.

—Haré como que no los veo.

—Según, porque también puede llamar la atención vuestro fingido disimulo.

—Abrigo la esperanza de que cuando se pase algún tiempo se cansará el abate y no se ocupará de mí.

—Si lo conocieseis...

—¡Vive Dios!... Cuando pienso que no puedo aplastarlo...

—Paciencia, señor Antolín, y pensad que por mala que sea vuestra situación, es mucho más horrible la del infeliz Jacobo y la de su esposa.

—Y la inocente niña...

—¡Oh!—murmuró don Martín.

Y su frente se contrajo, y dos centellas se escaparon de sus ojos.

Por un instante su aspecto fué tan terrible, que el hidalgo no pudo mirarlo con tranquilidad.

—La salvaremos—dijo el señor Antolín—. No quiero recompensas, no quiero nada, señor de Quiñones. Disponed de mí, porque reconozco que valéis mucho más que yo, y no me consideraré humillado al cumplir vuestras órdenes.

—Ningún hombre vale más que otro.

—Y os advierto que quiero estar donde haya peligro.

—Muchos tendremos que arrostrar.

—¿Qué importa? Quiero hacer algo de provecho, porque si no me consideraré sin duda humillado.

—Ahora, la astucia.

—Y luego las cuchilladas.

—Y después la satisfacción de haber

favorecido la justicia y de haber triunfado.

—Don Martín, soy vuestro en cuerpo y alma.

—El cielo os guarde, señor Santoyo.

Decidido y alentado salió de la cámara el señor Antolín, encontrándose á Juan que le preguntó:

—¿Qué tal?

—¡Qué hombre, qué hombre!...

—Y cuando lleguéis á conocerlo...

—Por mucho que de él se diga, es poco.

—Supongo que...

—Nos hemos entendido perfectamente.

—Pues á trabajar, y mucho cuidado, porque Florentín es demasiado astuto.

—Nada temo con la protección de don Martín.

—Pero si cometéis una torpeza...

—¡Mil rayos!... Os convenceréis de que soy más astuto que el abate.

—Lo veremos.

Despidióse Santoyo y salió con ánimo resuelto de seguir representando la farsa.

—Un enemigo menos—dijo Juan.

Efectivamente, un enemigo menos, y un auxiliar más; pero ¿había mejorado la situación de los infelices que tanto sufrían?

CAPITULO XIV

EL ABATE SIGUIÓ DESCONFIANDO

Florentín no quedó satisfecho, ni podía quedarlo, siendo tan suspicaz y tan desconfiado como era.

Había fingido, había representado el papel que le convenía para inspirar confianza al señor Antolín; pero reservándose hacer averiguaciones para evitar una nueva traición.

Después de lo que le había sucedido con David, desconfiaba de todo el mundo y era muy difícil engañarlo.

Discurrió con el acierto que siempre lo hacía, y las deducciones no fueron tranquilizadoras.

¿No era posible que el señor Antolín se hubiese vendido á don Martín de Quiñones?

Era éste demasiado poderoso, y bien podría comprar al hidalgo y á hombres que valiesen muchísimo más.

¿Por qué el llamado Juan no había acudido á la cita?

Esta circunstancia fué muy sospechosa para Florentín.

Si Juan quería ocultarse, desaparecer, no se comprendía que hubiese ido á visitar á Santoyo el día anterior.

Ya hemos oído hacer al abate indicaciones de que sabía con seguridad quién era el hidalgo misterioso, y sobre este asunto daremos la explicación conveniente.

En fuerza de cavilar, recordó Florentín que Quiñones tenía un criado que era casi un amigo, y que se llamaba Juan, y fácilmente pudo averiguar que éste tenía toda la confianza de su señor y que era muy astuto, muy hábil y muy valeroso, pues de estas cualidades había dado en otro tiempo pruebas repetidas.

—¿No era el tal criado el que había ido á París para proteger al señor Jacobo de Tordesillas?

En cuanto á su compañero, pariente ó amigo llamado David, no pudo el abate hacer ninguna averiguación.

El nombre de su antiguo criado le hacía estremecer, y esto era todo.

No podía el abate adoptar ninguna resolución, fundándose en suposiciones y conjeturas, porque esto hubiera sido demasiado aventurado, y él no cometía nunca ligerezas.

Ante todo necesitaba, pues, salir de dudas, y para conseguirlo no tenía más medios que espiar al señor Antolín á todas horas.

Así determinó hacerlo, y la determinación la puso desde luego en práctica.

Al edificio que ocupaba el Santo Tribunal se encaminó Florentín, y al entrar le dijo á uno de los dependientes que en el portal se encontraban.

—Buscad al Mallorquín y decidle que lo espero.

—Hace poco lo he visto subir, y por consiguiente lo encontraréis arriba.

—Está bien.

Y efectivamente, en la escalera se encontró con el llamado Mallorquín, de quién debemos recordar que fué uno de los que vigilaban la casa del arrabal de San Ginés cuando allí se encontraba la hija de Jacobo.

De lealtad había dado pruebas ine-

quívocas el Mallorquín, y bien podía depositar en él su confianza el abate.

Era el esbirro un desalmado que no carecía de astucia y cuya conciencia estaba ennegrecida por muchos crímenes los más horrendos.

Detúvose para saludar al abate, y éste le dijo:

—Ven, que tenemos que hablar.

Acabaron de subir y entraron en un aposento donde nadie debía interrumpirlos.

Florentín se sentó.

El esbirro quedó en actitud respetuosa.

—Supongo—dijo el primero—que no te has olvidado de los sucesos que tuvieron lugar en la casa del arrabal de San Ginés.

—No es posible olvidarse de aquella noche.

—Si has creído que allí terminó aquella historia, te has equivocado.

—Lo que sí puedo asegurar es que aquella noche acabó la vida del jorobado que quiso burlarse de nosotros, y que por tanto tiempo os había tenido engañado.

—En cuanto á eso, quizá te equivoques también.

—¡Equivocarme!—exclamó con tono de sorpresa el esbirro.

—Sí.

—Pues me parece que muerto y bien muerto quedó David.

—Ni lo dudo ni lo creo, porque como ignoro donde lo han enterrado...

—Señor, si tenía cómplices, que debía tenerlos, ocultarían el cadáver y le darían sepultura donde menos podremos imaginar.

—Hay en Madrid, ó más bien ha aparecido sin que se sepa de dónde ha venido, un hombre que se llama también David.

—¿Y tiene joroba?

—No.

—Pues entonces...

—Pero tiene los ojos grandes y negros, la mirada melancólica, la frente despejada, el rostro pálido y una cicatriz sobre una ceja.

—Todo eso está bien, señor abate; pero si á ese hombre le falta la joroba, tiene que ser otro David, á menos que

el nuestro la tuviera postiza, lo cual vos debierais saber.

—No era postiza, no.

—Pues entonces...

—Por ahora y hasta que las circunstancias nos favorezcan, nada podemos hacer para salir de dudas; en cambio nos ocuparemos de otra persona.

—Espero vuestras órdenes.

—Te advierto que en esta ocasión juegas tu porvenir.

—¿No estáis satisfecho de mi lealtad?

—Satisfecho estoy; pero aun siendo muy leal, puedes cometer una torpeza.

—Sí, todo es posible.

—Y la torpeza te costará muy cara, porque me vería precisado á sacar á relucir ciertos pecados antiguos, y por consiguiente...

—Señor abate, ya sabéis que de mi vida podéis disponer y que no hay necesidad de que me amenacéis para que yo cumpla mi deber.

—Sin embargo, este recuerdo...

—¿Qué tengo que hacer?

—Ante todo has de conocer personalmente á un hidalgo que habita en la hostería del *Invencible caballero* y que se llama Antolín de Santoyo.

—Lo conozco hace algunos años.

—Me alegro mucho.

—Antes habitó en la posada de la *Cruz de oro*.

—Es verdad.

—Al señor Antolín de Santoyo lo conoce todo el mundo; es un bribón que tiene todos los vicios y la única virtud de ser valeroso. No se sabe cómo vive, pues no tiene bienes de fortuna.

—Ha estado en París, donde se casó con una vieja, que se murió en seguida y le dejó diez mil escudos.

—¡Oh!

—Ahora es rico y lo encontrarás transformado, porque viste con lujo y con muchos relumbrones.

—Pronto acabará con la herencia.

—Me parece que sí.

—Y qué más hay que hacer?

—Espiarlo constantemente, ser su sombra, sin que él se aperciba del espionaje.

—Entiendo.

—Para que de gobierno te sirva, te advertiré que el señor Antolín me sir-

ve en cierto negocio; pero dudo de su lealtad y tengo motivos para sospechar que anda en tratos precisamente con mis enemigos.

—Peor para él.

—Pero por de pronto peor para mí.

—Descuidad, que no tardaremos en cogerlo en el garlito.

—Fija la atención en las personas á quienes visite ó que lo visitan, y con aquellas con quienes hable en la calle.

—Comprendo.

—Me parece que se ha metido en intrigas con don Martín de Quiñones.

—¡Don Martín!...

—¿Te asustas?

—No me asusta nada si cuento con vuestra protección; pero don Martín de Quiñones vale tanto en todos sentidos, que bien puede burlarse de un pobrete como yo.

—De ti no se ocupará, ni quizás se entienda directamente con el señor Antolín.

—He sospechado que uno de sus criados que se llama Juan...

—¡Por quien soy!...

—¿Lo conoces también?

—Hace muchos años, en mi juventud, cuando don Martín de Quiñones no era rico, ni representaba más papel que el de un aventurero.

—Entonces debes saber que ese criado...

—No vale menos que su señor y quizás vale más.

—Es posible que alguna vez encuentres juntos á Juan y á ese otro, que se dice hidalgo y que se llama David.

—¿Y qué he de hacer si veo que el señor Antolín de Santoyo va á visitar á don Martín de Quiñones ó habla con el criado de éste.

—Observar hasta los gestos, y si puedes escuchar las palabras mucho mejor.

—¿Es eso todo lo que he de hacer?

—Todo por ahora.

—Pues es bien poco.

—Pero exige mucho disimulo.

—No hay ningún peligro.

—Por ahora no, pero después...

—No importa—dijo el Mallorquín encojiéndose de hombros.

—¿Necesitas más instrucciones?

—Me parece que no.

—Empezarás inmediatamente.

—¿Y no convendría que hiciésemos también observaciones en el interior de la vivienda del señor Antolín?

—No estaría demás; pero eso presenta algunas dificultades.

—Es que soy conocido antiguo del hostelero, y si le hago algún regalo y algunas promesas, y además el temor del Santo Oficio.

—Tienes más entendimiento del que yo creía.

—Si aprobáis mi plan...

—Aprobado.

—Estoy seguro de que el buen Trifón me servirá como nos conviene.

—Pues manos á la obra, y por si tienes que hacer algún gasto, te daré lo que por de pronto puedas necesitar.

Florentín sacó y entregó cuatro ducados al esbirro, diciéndole:

—Esto no tiene nada que ver con tu recompensa.

—Yo estoy recompensado con la honra que me hacéis.

—Excuso advertirte que nadie, absolutamente nadie debe saber en qué te ocupas.

—Descuidad.

—Quedarás dispensado de todo servicio para que puedas dedicarte exclusivamente á este negocio.

—Así es preciso.

—Pues que Dios te bendiga y te proteja.

No hablaron más.

El esbirro salió.

Inmediatamente fué á colocarse en su puesto, es decir frente á la hostería.

Reflexionó y le pareció conveniente entablar desde luego relaciones sobre el negocio con maese Trifón.

—Sí—dijo—, aprovecharé mejor el tiempo, porque quizás Trifón me dé algunas noticias interesantes.

Y no se detuvo, y entró en la hostería con gran sorpresa del hostelero, que al verlo exclamó:

—¡Vos por aquí!...

—¿Y os admiráis?

—Vuestra visita me sorprende, porque hace ya mucho tiempo que no queréis honrar mi casa... Venid á mi aposento, descansaréis, y si queréis aceptar un vaso de vino, un bizcocho, ó cualquier

—¿Otra cosa, me alegraré mucho, pues sois uno de mis mejores amigos.

—Ya lo sé.

—Vamos, vamos, que ahora nada tengo que hacer, y si alguien viene me avisará mi criado.

Entraron en un aposento contiguo á la cocina.

El esbirro se sentó, y el hostelero fué en busca de lo necesario para obsequiar al que llamaba su amigo, no sabemos si porque lo era verdaderamente, ó porque le temía.

CAPITULO XV.

EL CÁNDIDO TRIFÓN

Pan, queso, bizcochos y vino fueron los manjares que ofreció el hostelero al Mallorquín.

—Brindaréis conmigo — dijo éste —, porque si no nada tomaré.

—Con mucho gusto brindaré por vuestra salud.

Y bebieron, y con el queso y el pan dieron principio á la merienda.

—¿Y qué tal?—pregunto el esbirro—¿Hacéis buen negocio?

—Aunque los tiempos están malos y el dinero no abunda, no puedo quejarme. Ahora son pocas las personas que tengo en casa; pero mis antiguos parroquianos se acuerdan de mí y me visitan con frecuencia, y así queda en parte compensado lo uno con lo otro.

—Si os pagan bien los pocos que en vuestra casa tenéis...

—Regularmente.

—He sabido que aquí se hospeda cierto hidalgo á quien la fortuna ha querido proteger con una herencia de algunos miles de escudos.

—El señor Antolín de Santoyo.

—El mismo.

—Paga bien; pero en cambio...

—¿Os da mucho que hacer?

—Su vida es desordenada, alborota mucho, y si nos descuidamos en lo más pequeño, echa mano á la espada y emprende á cintarazos sin miramiento alguno, ó rompe platos y botellas cuando no le agrada la comida ó el vino.

—¿Hace mucho tiempo que está en vuestra casa?

—Cuatro días no más.

—Cuando os acostumbréis...

—Acostumbrado estoy, porque de antiguo lo conozco.

—Yo también.

—Supongo que no será porque el Santo Oficio haya tenido que entender nada con él.

El esbirro hizo un gesto que quería decir:

—De todo hay.

—Me ponéis en cuidado.

—No lo tengáis, señor Trifón, pues para algo ha de serviros mi amistad.

—Ciertamente; pero...

—Ni remotas sospechas hay de que el señor Antolín sea hereje, ni hechicero, ni brujo, ni cosa que le parezca.

—Entonces...

—Yo me entiendo, y vos me entenderéis cuando me haya explicado.

—Si no es hereje el señor de Santoyo...

—Puede estar metido en alguna intriga que interese á personas de cierta clase.

—Sí, es posible—dijo el hostelero con el tono de sencillez y de candor que siempre hablaba.

—Señor Trifón, si no lo llevaseis á mal, os diría una cosa.

—Todo lo que se os antoje.

—Puede pareceros desagradable, sin embargo...

—Hablad con franqueza.

—Se os presenta la ocasión de hacer vuestra fortuna.

—¡Fortuna!—exclamó el hostelero fijando una mirada de extrañeza en el esbirro.

—Eso es.

—No es la fortuna para mí.

—Porque nunca habéis tenido protectores de cierta clase.

—Ni los tendré — dijo tristemente Trifón.

—¿Quién sabe?

—Afortunadamente no soy ambicioso, y vivo feliz cuando cubro mis necesidades. Mi única fortuna ha sido siempre mi trabajo, y estoy contento.

—Amigo Trifón, hay cosas que se hacen con el deseo de lucrarse y otras porque es preciso hacerlas.

—Ciertamente.

—Escuchadme con atención, porque hemos de tratar de un asunto de mucho interés.

El hostelero cambió de postura, arrugó el entrecejo y dijo:

—Me ponéis en cuidado.

—Nada temáis si cumplís vuestro deber.

—Explicaos.

—El señor Antolín de Santoyo se ha metido en cierta intriga, cuya trascendencia puede ser muy grave.

—No me sorprende.

—El Santo Oficio tiene necesidad de poner en claro ciertos puntos, y para conseguirlo necesita el auxilio de personas de sentimientos cristianos.

—Comprendo.

—Lo que hay que hacer es muy sencillo: observar á todas horas, escuchar y... Nada más, señor Trifón.

—¿Y para qué me decís eso?—preguntó cándidamente el hostelero.

—No puede ser más que con un fin.

—Perdonad; pero mi torpeza...

—Bien se conoce que nunca os habéis metido en intrigas de esta clase.

—Dios me libre.

—Pues bien, lo que se desea es que nos deis cuenta de lo que hace el hidalgo, y quién lo visita, y lo que habla, pues fácilmente podréis escuchar.

—Ahora entiendo.

—Y tendréis la recompensa que merece este servicio.

—¡Recompensa!

—Como es justo.

—¿Acaso no sois mi amigo?

—Sí.

—¿Y no es también mi obligación favorecer en cuanto me sea posible al Santo Tribunal?

—También.

—Pues entonces...

—Sin embargo...

—Vuelvo á pedir os perdón—interrumpió el hostelero.

—Decid lo que bien os parezca.

—Para mí tienen poco valor los bienes de este mundo cuando los comparo con la salvación.

—Muy bien.

—No aceptaré nada, absolutamente nada, porque me consideraré sobradamente recompensado con la satisfacción de haber cumplido mi deber.

—¿Tampoco queréis la protección de los señores del Santo Tribunal?

—Si la necesito, les agradeceré que me concedan clemencia.

—Estáis en camino de santidad, señor Trifón.

—Si eso fuera cierto, no sería poca dicha.

—Bebamos, mi buen amigo, y principemos la obra con buenos ánimos.

—Ahora mismo.

—¿Está en casa el señor Antolía?

—Salió.

—No importa.

—Apenas vuelva...

—Entre tanto podéis decirme lo que hayáis observado hasta hoy, pues algo debe haberos llamado la atención.

—No os equivocáis, y os hablaré con franqueza para probar mi lealtad.

—Tened entendido que no la he puesto en duda.

—Ayer lo visitó un hidalgo, y esta mañana me mandó el señor Antolín que preparase una buena comida, porque el mismo hidalgo había de venir.

—Es lástima que no hayáis aprovechado la ocasión para escuchar.

—Como no soy curioso...

—Sin embargo, por saber nada se pierde.

—Es verdad.

—Algo habréis oído.

—Nada, porque el tal hidalgo no ha vuelto á parecer.

—Cosa extraña.

—En cambio ha venido otra persona.

—¿Quién?

El hostelero se movió de un lado para otro, echó vino en el vaso, tomó un sorbo, se limpió la boca y miró al esbirro.

Bien se conocía que dudaba, que vacilaba como si tuviese miedo de hablar.

Luego se quitó el blanquísimo gorro con que cubría su cabeza, volvió á ponerse y dijo:

—Advierto que no bebéis.

—Pues me parece que á vos también se os seca el paladar, porque hacéis muchos gestos y habláis muy poco.

—Ya os he dicho...

—Señor Trifón—interrumpió ásperamente el esbirro—, viendo estoy que habéis prometido con demasiada ligereza lo que no podéis ó no queréis cumplir.

—¡Señor Blas!...

—Os he hablado como amigo, y si no queréis hacerme caso, peor para vos. Hace pocos minutos me prometíais pruebas de vuestra lealtad, y cuando llega el momento, os arrepentís, ó al menos vaciláis. Si vuestro proceder os cuesta un disgusto, á nadie culpéis más que á vuestra torpeza.

—Pero...

—Desengañaos, señor Trifón, que os habéis colocado en un terreno muy resbaladizo, y el que resbala cae, y el que cae se rompe la cabeza. Si desde el primer momento me hubieseis dicho que nada queríais hacer, os dejaría en paz; pero cuando un hombre promete es preciso que cumpla.

—Me ofendéis.

—Os digo la verdad.

—Os equivocáis.

—Es que las verdades amargan.

El hostelero hizo un gesto de desesperación y dijo:

—Pues bien, jugaré el todo por el todo y sea lo que Dios quiera, porque mi conciencia está tranquila. Me habéis preguntado quién ha visitado al señor Antolín, y os lo diré sin rodeos y con toda claridad, y luego...

—No he de quejarme porque me habléis con franqueza.

—La persona que ha venido, que ha comido con el hidalgo, que ha bebido tanto como él, es un inquisidor.

—¡Un inquisidor!...

—Sí, el abate Florentín.

—¡Ah!...

—Tal vez he pronunciado mi sentencia de muerte.

El esbirro hizo un esfuerzo, desplegó una sonrisa y respondió:

—Ahora no dudo de vuestra lealtad. Ya sé que aquí ha estado el abate, y por consiguiente...

—Como os habíais sorprendido.

—No era sorpresa, sino admiración muy agradable al ver que decíais la verdad, y os lo probaré muy fácilmente.

—No necesito pruebas, señor Blas.

—Pero yo quiero darlas.

—¿Y para qué?

—Porque el asunto es muy delicado y conviene que quedéis convencido.

—Haced lo que mejor os parezca.

—Precisamente el abate Florentín es

el encargado de entender en este negocio.

—Pues entonces...

—Pero no podía hablaros como yo os hablo, con la misma claridad, de la misma manera.

—Comprendo.

—Ya lo sabéis todo: yo no soy más que un intermediario, un infeliz que obedece, y el abate es quien os recompensará.

—Estoy tranquilo, porque el señor Florentín, según dice todo el mundo, es un santo y reconocerá mis buenas intenciones.

—Eso sí, sobre todo si lo complacéis.

—¿Y cómo no he de complacerlo?

—Estamos, pues, de acuerdo.

—Sí, sí.

—Ante todo interesa saber quién es ese hidalgo que visitó ayer al señor Antolín, y como por el hilo se saca el ovillo, si se observa con cuidado y se discurre con acierto se conseguirá cuanto se desea.

—Pero lo que haga fuera de mi casa el señor de Santoyo...

—Eso es ya cuenta mía.

—No hay más que hablar.

—Dentro de esta casa vos lo haréis todo.

—Y vos en la calle.

—Eso es.

—Otro vaso, por la salud del señor abate y por el triunfo de nuestra religión.

—Así me gusta.

Bebieron.

Parecía que el señor Trifón se había tranquilizado.

Sonreía y se frotaba las manos alegremente.

El esbirro comió y bebió hasta concluir con cuanto había en la mesa.

Luego se despidió, prometiendo volver al siguiente día.

Salió.

Apenas el hostelero se encontró solo, soltó una carcajada burlona, y exclamó:

—¡Tunantes, bribones!... Queréis engañarme, comprometerme, y que yo sea la perdición, no solamente del señor Antolín, sino de algunas otras criaturas. No entiendo bien esta intriga; pero debe ser muy horrible. Quieren que me

convierta en espía, no para favorecer la religión, sino para que algún miserable consiga lo que desea... Mi conciencia es antes que todo, y mis deberes también, y como he prestado un juramento de obedecer ciegamente, obedecer como un cadáver, haré lo que es mi obligación. Según entiendo, la compañía no puede favorecer al abate, y el señor Antolín engaña á los inquisidores. Lo espían y tarde ó temprano se encontrará comprometido.

Ahora diremos cuatro palabras del hostelero.

Tenía clara inteligencia y era muy astuto: pero representaba el papel de hombre cándido, inocentón, bonachón, porque así le convenía, y nadie había podido conocer su fingimiento.

Decidido estaba á favorecer á Santoyo con tanto más motivo cuanto que éste era dueño de diez mil escudos, y además muy generoso.

Lo que acababa de hacer no era ni más ni menos que burlarse del esbirro, sin que éste sospechase la burla, á pesar de que era muy astuto.

Desde aquel momento, el dueño de la hostería contó los minutos.

A las seis de la tarde se presentó el señor Antolín, que desde la puerta empezó á gritar.

—Maese Trifón, la cena, si no queréis ver vuestros huesos hechos polvo, porque no estoy dispuesto á tolerar faltas en el servicio... ¡Cien mil legiones de condenados!... ¿No me habéis oído?... ¡Por Satanás!...

—Aquí me tenéis.

—Más vale tarde que nunca.

—Estaba encendiendo luz, porque me habéis dejado á obscuras.

—Os he dicho que preparéis la cena.

—Preparada está.

—¿Habéis pensado darme las sobras de otro?

—No me parece que sean sobras las perdices escabechadas, y unas chuletas, y una hermosísima anguila, que os presentaré sin que le falte ni la punta de un diente.

—Todo eso me agrada.

—Y aún tengo más, porque á Dios gracias mi dispensa está bien surtida.

Mientras así hablaban, subían y entraban en el aposento del hidalgo.

El hostelero puso sobre la mesa el velón que llevaba, y cuya rojiza y humeante luz esparcióse como trabajosamente.

—Puesto que decís que la cena está preparada...

—Sí.

—No olvidéis lo que habéis dicho de las perdices.

—¿Y las chuletas?

—También.

—En cuanto á la anguila...

—Traedla, maese Trifón, que es un pescado que me gusta mucho porque no tiene espinas, y sobre todo, á falta de pan buenas son tortas.

—¿Queréis ahora la cena?

—Sí.

—Como aún es temprano...

—¿Y qué os importa?

—Nada, pero...

—Señor Trifón, os tomáis demasiada libertad fiado en mi benevolencia, y es posible que tengáis algún disgusto.

—No sucederá, porque vos y yo nos entenderemos muy bien.

—¿Qué nos entenderemos?... ¿Habéis perdido la razón?... ¿Acaso sois igual á mí?... ¡Por los cuernos de Lucifer!...

—No os enfadéis.

—La cena.

—Voy corriendo, y os traeré un vino como no lo habéis bebido nunca.

—Esa es vuestra obligación.

—Y mientras cenáis os dignaréis escucharme porque tengo que hablaros de un asunto de muchísimo interés.

—El señor Antolín fijó una mirada de extrañeza en el hostelero.

Este desplegó una sonrisa candorosa y dijo:

—Voy por la cena.

Y salió del aposento.

—¡Vive Dios!—exclamó el hidalgo—. Este hombre se ha propuesto apurarme la paciencia y tendré que darle una lección muy dura.

A los pocos minutos se presentó el huésped con la cena.

Había llegado el momento crítico.

A pesar de toda su fiereza, el señor Antolín debía escuchar tan atenta como benévola al hostelero.

CAPITULO XVI

EL DOBLE JUEGO DE TRIFÓN

Ya sabemos que el hidalgo tenía siempre muy buen apetito, y emprendió ansiosamente con las chuletas, saboreándolas con delicia y diciendo al hostelero:

—Están bien, muy bien.

—Me alegro mucho.

—Podéis ir por las perdices.

—Antes me permitiréis deciros...

—¿Otra vez volvéis á vuestras observaciones inoportunas?

—No son observaciones, son advertencias, señor Antolín, y mal que os pese tendréis que quedarme agradecido; aunque bien pensado, como sois demasiado noble, no es posible que os pese la gratitud.

—Estáis incomprendible, maese Trifón.

—Pues voy á explicarme y me entenderéis muy bien.

—Y entre tanto las perdices..

—Vendrán á su tiempo.

—Afortunadamente estoy de buen humor.

—Si sois afortunado...

—Como ningún hombre.

—Y sin embargo, os amenaza un peligro que haría temblar al más valeroso.

—¡Vive Dios!... Queréis ponerme en cuidado?

—Lo que quiero es que estéis prevenido para que paréis el golpe que os amenaza.

—Señor Trifón...

—Señor de Santoyo, sois un hombre honrado y sobre todo sois un católico verdadero.

—Y apóstolico y romano y cuanto sea menester para que la Inquisición me deje en paz.

—¡La Inquisición!...

—¿Le tenéis miedo?

—No, porque el más poderoso de los inquisidores, el más astuto y el más temible en todos sentidos es mi protector.

—Empiezo á creer que se os trastorna la cabeza—dijo el señor Antolín mientras llenaba el vaso.

—Y á mi protector lo conocéis muy bien, puesto que hoy ha comido en vuestra compañía.

—¡Rayos!...

—Sí, el buen abate, de quien se dice que está en olor de santidad, me ha ofrecido su protección más decidida y larga

recompensa y otras muchas cosas á trueque de que... ¿No lo adivináis?

Como lo inesperado siempre aturde, algo aturdido se sintió el señor Antolín, pues ni remotamente podía esperar que el cándido hostelero le dijese tales cosas.

Y muy seriamente debía decirlo maese Trifón, porque el abate era demasiado temible para tomarlo por objeto de broma.

Algunos minutos pasaron sin que el señor Antolín hablase, porque no sabía que replicar; pero á poco que reflexionó, convenciéndose de que le convenía tomar en consideración las palabras del hostelero y escucharlo muy atentamente.

—¡Oh!—murmuró el hidalgo después de algunos minutos—. Es muy grave lo que acabáis de decir.

—Ya lo sé, pero os equivocáis si habéis creído que me detengo ante ningún obstáculo cuando he de cumplir mi deber.

—Explicáos, porque no entiendo una palabra.

—En mi casa estáis, honrándola mucho, y tengo la obligación de interesarme por vuestra suerte.

—¿Me amenaza algún peligro?

—Poca cosa, señor Antolín: el peligro de un calabozo de la Inquisición; el del tormento, y el de la hoguera.

—¡Tripas de Lucifer!...

—El abate Florentin os tiende el lazo con la habilidad que sabe hacerlo, y más ó menos tarde caeréis en él.

—Conseguiréis que se me indigeste la cena.

—No deseo semejante cosa.

—Lo que estáis diciendo...

—Os hago una advertencia para vuestro bien.

—Pero...

—Dicen que os habéis metido en ciertos negocios de mala especie.

—¡Por el infierno!...

—Os espían.

—¿Quién?

—Un esbirro de la Inquisición.

—¿Cómo lo sabéis?

—Porque ese esbirro me ha mandado que es espía también, que escuche lo que habláis con cuantas personas vengan á visitaros, y por último...

—¡Cien mil legiones!—exclamó el señor Antolín sin poder ya contenerse.

Y su frente se contrajo, y su mirada se tornó sombría.



El hostelero conservaba su tranquilidad, y sonreía dulce y candorosamente.

El disimulo era ya imposible.

Con la mayor sencillez había dicho el huésped cosas gravísimas.

No podía mentir, porque sus palabras estaban de acuerdo con la situación en que se encontraba el hidalgo.

yor ofensa, todo menos que me engañen, que se burlen de mí, porque la burla hierre la dignidad, y ésta tiene para mí más valor que la vida.

—Ya lo sé.

—Ahora, proseguid.

—He concluido, señor Santoyo, porque no me han dado más explicaciones, ni yo



Os tomáis demasiada libertad fiado en mi benevolencia. (Pág. 63.)

Sintió éste afluir á su cabeza toda su sangre.

Nunca como entonces hubiera matado á Florentín.

Y la verdad es, que no tenía motivo para sorprenderse, pues ya suponía que el abate lo espiaría á todas horas.

¿Lo habían visto entrar en la vivienda de Quiñones?

Esto era lo que le convenía averiguar.

Miró al hostelero como se mira al mejor amigo, y exclamó:

—¡Por las orejas de mi abuelo!... Ni os equivocásteis, ni siquiera exagerásteis al decir que nos entenderíamos bien.

—Me felicito.

—Sentaos, buen Trifón, que en este momento no podemos ser sino buenos amigos; pero tened siempre presente una cosa.

—Decid.

—Todo lo perdono, aunque sea la ma-

las he pedido, ni las quiero. El abate Florentín, por cualquiera razón que sea, desconfía de vos, y ha decidido espiaros, y acude á mí, por medio de un esbirro, para que le ayude.

—¿Cuándo habéis visto á ese hombre?

—Vino hace dos horas.

—¿Creéis que me han seguido esta tarde cuando salí?

—No, porque aquí se encontraba el es-

pía.

—Entonces nada temo.

—Os daré las señas del esbirro para que lo conozcáis.

—Sí, sí.

—Es de mi estatura, pero flaco, la nariz larga, los ojos hundidos y pequeños, el color cetrino y tiene una cicatriz en la mejilla izquierda.

—Yo le haré otra en el corazón.

—Bien lo merece.

—¿Su nombre?

—Blas, pero lo conocen más bien por el Mallorquín.

—Me habéis prestado un gran servicio.

—Y espero vuestras órdenes.

—Desde hoy podéis contar, no sólo con mi bolsillo, sino con la protección de un hombre muy poderoso.

—Gracias, señor Antolín.

—Decidme si tenéis algún apuro y necesitáis dinero, pues ya sabéis que soy rico.

—Nada quiero.

—Pero aceptaréis un regalo mío—repuso el hidalgo poniendo sobre la mesa algunas monedas de oro.

—Quiero serviros desinteresadamente.

—Por la misma razón. Tomad, pues, lo que os ofrezco, sin perjuicio de lo que necesitéis, lo mismo dinero que influencia para cualquier negocio.

El hostelero guardó las monedas sin esperar nuevas súplicas, y dijo:

—Voy por las perdices.

—¡Oh!—murmuró el hidalgo—. Debo reflexionar muy detenidamente, porque la menor ligereza me costará muy cara.

Y efectivamente, su situación era muy comprometida.

Ya estaba advertido, sabía que á todas horas habían de espíarlo, y que tenía que meditar mucho antes de hacer nada; pero esto no era bastante, porque al más cauto se le ofrece motivo de distracción, y sobre todo las coincidencias, las casualidades podían costarle muy caras.

El hostelero acabó de servir la comida, y luego se retiró á sus habitaciones, dejando al señor Antolín en libertad completa para que reflexionase.

—Por hoy no tengo cuidado—dijo Santoyo—, puesto que no pienso ver á don Martín, ni á su criado, ni á ese otro que se llama David y de quien no me han dicho con claridad todavía si es el mismo que fué jorobado y que tanto temor infunde al abate Florentín.

Media hora después salió de la hostería el buen hidalgo para ir en busca de sus amigos y pasar la noche alegremente.

Con disimulo miró á todos lados, y pronto se convenció de que un hombre lo seguía.

No pudo ver el rostro del esbirro; pero tampoco lo necesitaba para que no le quedase duda de que Trifón le había dicho la verdad.

Eran más de las dos de la madrugada, cuando á la hostería volvió el señor Antolín.

Ya no transitaba por las calles alma viviente, pero siempre á cierta distancia distinguía un bulto informe y negro que lo seguía.

—¡Por Satanás!—exclamó el hidalgo—. Esto me desagrade mucho, y acabaré por quitarme el estorbo, pues no he de vivir teniendo siempre esa sombra, que no me deja un instante de reposo.

¿Qué adelantaría con ahuyentar al Mallorquín?

Otro lo sustituiría, porque al abate le sobraban esbirros.

CAPITULO XVII

CÓMO SE QUITÓ LA SOMBRA EL SEÑOR ANTOLÍN

Ocho días pasaron sin que tuviese lugar ningún suceso digno de mención; pero una tarde atravesando le plaza del Arrabal y cuando ya el señor Antolín pensaba en la cena, encontróse de manos á boca con el astuto Juan, y de tal manera sucedió el encuentro, tan repentinamente, que se detuvieron ambos sin darse cuenta de lo que hacían.

—¡Ah!—exclamó el sirviente.

—¡Tripas de Lucifer!—dijo Santoyo.

Y los dos callaron, porque al mismo tiempo les ocurrió pensar que los espían.

Miraron á todos lados sin descubrir al espía, pues los transeuntes que vieron pasaban sin cuidarse los unos de los otros.

Ya habían cometido la torpeza y nada conseguían con separarse, pues si los observaban habrían visto cuanto era menester que viesen para que no quedase duda de que don Martín estaba en relaciones con Santoyo.

Se contemplaron como si se interrogasen.

—Buena la hemos hecho—dijo después de algunos minutos el señor Antolín.

—Pero todo tiene remedio en este mundo—le respondió Juan.

—¡Mil rayos!...

—¡Por mi abuela! que al cabo de mis años no he de permitir que de mí se burle un esbirro.

—Señor Juan...

—Nada me digáis, comprendo la situación.

—Si supiéseis lo que ha sucedido...

—Lo presumo.

—Me espían á todas horas.

—¿Y eso os sorprende?

—Es preciso que hablemos.

—Y no esperaremos á mañana.

—El caso es que tengo la seguridad de que me siguen.

—Lo veremos.

El toque del *Angelus* resonó.

Juan y Santoyo se quitaron el sombrero y rezaron.

Luego dijo el primero:

—Deberíamos hacer una cosa.

—¿Qué?

—Irnos á cenar, no á vuestra casa, sino á cualquiera otra parte, y en el camino veremos si nos siguen.

—Es buena idea.

—¿Hacia dónde?

—Dirigid.

—Y si me meto en un bodegón, taberna ó cosa por el estilo...

—En todas partes cenaremos bien, y por consiguiente haréis lo que más convenga.

—Vamos, pues.

Salieron de la Plaza y tomaron por Platerías:

Allí se detuvieron, aparentando que hablaban acaloradamente, y como se movían sin cesar, pudieron volver á uno y á otro lado la cabeza sin que fuese posible creer que buscaban nada.

—¡Vive Dios! —exclamó Santoyo—. Miradlo.

—Ya lo veo.

—Esta noche sabrá el abate...

—Señor Antolín, pronto os dais por vencido.

—No; pero...

—Que la cena nos aguarda.

—Tentaciones me dan de emprender á cuchilladas con ese miserable.

—En este sitio, á estas horas y á vista de todo el mundo...

—¡Fuego de Satanás!

—Más tarde, señor Santoyo, desahogaréis vuestra cólera, porque no sirve hacer las cosas, sino hacerlas oportunamente.

—Tenéis razón.

—Por aquí.

Acabaron de atravesar las Platerías y

tomaron por una de las estrechas calles que rodeaban la iglesia de San Miguel, que ya no existe.

Pocos pasos antes de entrar en la plazuela donde están las casas del Conde de Miranda, se detuvieron frente á la puerta de un bodegón que allí había y que tenía fama por las buenas chuletas que servía su dueño, y por el buen vino.

No era cosa sorprendente que en aquella época, y particularmente de noche, entrase **gente** rica, hidalgos y aun caballeros de los más ilustres, no solamente en las hosterías, sino en los bodegones, cenando y calentándose la cabeza y divirtiéndose luego en apalejar rondas y producir toda clase de escándalos.

—¿Nunca habéis entrado aquí?—preguntó Juan.

—Más de una vez.

—Entonces conocéis el terreno.

—Sí.

—Pues vamos.

Entraron.

El bodegonero se ocupaba en encender los candiles que debían iluminar los dos departamentos de que se componía el bodegón á que nos referimos.

En el segundo entraron nuestros amigos.

Allí no había más que dos mesas.

Junto á una se sentaron.

—Encended otra luz, que todo se pagará—le dijo Santoyo al bodegonero—, porque la obscuridad nos desagrada, y en seguida traednos chuletas abundantes y buen vino, y aceitunas para desempalagar, y tened entendido que nos gusta tratarnos bien.

—Descuidad, señor hidalgo, que contentos quedaréis, y esta noche mejor que nunca, porque mejores chuletas tengo, y en cuanto al vino, no se bebe igual en todo Madrid.

Con dos candiles quedó iluminado el aposento.

Esto sucedía muy pocas veces en el bodegón.

Percibióse el olor de las chuletas.

—Ya se abre el apetito—dijo el hidalgo.

—Así cenaréis mejor y tendréis más fuerzas.

—Siempre me sobran para castigar importunos.

—Hablemos, y si el espía se cansa de

esperar, y entra, continuaremos en alta voz como si nada temiésemos, porque así le inspiramos confianza.

—Bien pensado.

—¿Habéis visto al abate?

—No ha vuelto á visitarme, ni yo á él, desde el día que comió conmigo, ocupando vuestro lugar; pero hay novedades de mucha importancia.

—Os escucho.

—Esperad, que ya tenemos las chuletas y el vino, y me parece conveniente beber para que no se seque el paladar.

El bodegonero puso en la mesa lo que se le había pedido y se fué.

Ante todo bebieron, y mientras empezaban á comer, dijo el señor Antolín:

—Mientras yo hablaba aquella tarde con vuestro señor, un esbirro se presentaba á mi huesped.

—Y le diría que era preciso que os espíase, que observase á todas horas, y que escuchase vuestras conversaciones.

—Sí.

—Y maese Trifón, que no es tan cándido como parece, prometería servir al abate.

—¡Vive el cielo!... Lo habéis adivinado.

—Eso debía suceder.

—Pero mi huesped, sin duda para que yo le recompensase, me participó cuanto había sucedido, y me dijo además que el esbirro se llamaba Blas, que era conocido con el apodo de Mallorquín, y que tenía una cicatriz en una mejilla.

—Y desde aquella noche...

—No he dado un paso sin que me siga el esbirro.

Iba á contestar el sirviente; pero entró el Mallorquín, recatándose el semblante con el embozo, y se sentó junto á la otra mesa.

El bodegonero acudió.

—Chuletas y vino—le dijo el espía.

Nuestros amigos continuaron comiendo y como si no les inquietase la presencia de un tercero.

—¡Tripas de Lucifer!—dijo el hidalgo—. ¿Por qué no hacemos á este vino los honores que merece?

—Están las chuletas tan tiernas y sabrosas, que del vino me había olvidado.

—Brindemos.

—¿Os atrevéis á beber por la salud del abate?

—¡Mil truenos!... Porque pronto cargue con su alma el diablo.

—Pues entonces...

—Por vuestro noble señor.

—Y yo por el señor Jacobo de Torde-sillas.

No necesitó más el esbirro para convenirse de que no infundía sospechas, y empezó á comer con el mejor apetito, mientras escuchaba con atención profunda.

Esperaba oír cosas de mucho interés.

Como para complacerlo, dijo Juan:

—No tenía mi señor completa seguridad de conseguir lo que tanto deseábamos.

—Con su influencia y con su dinero...

—Sin embargo, hay dificultades que no se vencen con facilidad, porque al fin doña Isabel, en el estado doloroso en que se encuentra...

—¡Rayos!... No sé cómo ha podido resistir.

—El día deseado llegó, y cuando su esposo vuelva...

—Creo que estará en Madrid antes de tres días.

—Yo calculo lo mismo, porque no se permitirá descanso.

El esbirro escuchó con creciente ansiedad.

Era muy grave lo que acababa de oír.

—¡Oh!—murmuró Santoyo—. De pensar que pude matarlo...

—No recordéis cosas tristes.

—Y en cuanto al señor David...

—Me espera.

—¿Cuándo habéis de verlo?

—No podré ir hasta mañana.

—Pues vendría...

—Ya sabéis que mi señor me espera precisamente á la hora convenida.

—Entonces...

—Opino que vos le hagáis una visita, pues aunque nada ha de hacer esta noche, saldrá de dudas y se tranquilizará.

—Iré en cuanto cenemos.

—Y le recordaréis además que mañana á las ocho ha de ver á mi señor.

—¿Cómo ha de creer nuestro enemigo que faltan tan pocos días para que pague lo que debe?

—No hay plazo que no se cumpla.

Todo lo que decían era vago, pero interesante.

Cuando el esbirro vió que los otros iban

á concluir la cena, terminó la suya, pagó y salió.

—¡Infeliz!—exclamó Juan—. Se regocija creyendo que ha sorprendido un secreto de muchísima importancia, y no sospecha que lo que cree una fortuna es una desgracia horrible.

—Pues no estoy tranquilo.

—¿Qué teméis?

—Que ese bribón, en vez de esperar para seguirme, haya ido á ver al abate.

—¿Cómo queréis que pierda la ocasión de averiguar dónde se encuentra el misterioso David?

—Ciertamente; pero...

—Descuidad.

—Si me espera...

—Os seguirá, y antes de salir de esta calle, os volveréis repentinamente y le acometeréis.

—Huirá.

—Pero yo habré retrocedido, y le saldré al encuentro, y así resultará que forzosamente ha de aceptar el combate con uno ó con otro.

—¡Admirable!

—Y como hemos dicho lo que puede comprometernos...

—Es preciso que muera ese miserable.

—La culpa es suya.

—Mi conciencia quedará tranquila.

—La mía también, porque no he buscado la ocasión, sino que me la ha presentado la pícara casualidad.

—Si nos parásemos, en escrúpulos...

—No, no.

—El último brindis.

—Y manos á la obra.

Bebieron.

Pagaron y salieron del bodegón.

—Hasta mañana, señor Antolín—dijo el sirviente en voz bastante alta.

—Ofreced mis respetos á vuestro señor.

Tomó Juan hacia la plazuela, que era el camino más corto para volver á su casa.

En dirección opuesta siguió el hidalgo.

No se había equivocado el sirviente, pues del hueco de una puerta, salió un hombre, que siguió á Santoyo.

Era el espía.

Antes de salir á Platerías, el señor Antolín se volvió y blandiendo la espada, lanzóse hacia el esbirro mientras decía:

—¡Villano, cobarde!...

No estaba el Mallorquín preparado pa-

ra tan brusca acometida, porque no era posible que la esperase, y aunque se sintió aturdido, dejándose llevar del instinto de conservación, huyó con cuanta rapidez le fué posible, si bien sacando al mismo tiempo la espada para defenderse en último apuro.

El perseguido corre siempre más que el perseguidor, y además era muy ágil el Mallorquín; pero estas ventajas no le sirvieron entonces, porque antes de llegar á la puerta del bodegón, encontröse con Juan, que le presentó la punta de la espada, diciéndole:

—¡Defiéndete, miserable!

—¡Otro!—exclamó el esbirro.

Y sin darse cuenta de lo que hacía, retrocedió.

No eran aquellos momentos para reflexionar, y el Mallorquín tenía que dejarse llevar por instinto.

Cuando un peligro se encuentra, el primer impulso es retroceder, huir.

Había huido el espía, cuando sobre él se lanzó el señor Antolín, y otra vez huyó al encontrarse con Juan y ver que éste le amenazaba en vez de socorrerlo.

De la situación no se daba cuenta con claridad el espía, porque para discurrir no tenía tiempo.

No podía huir á la derecha ni á la izquierda, porque la estrecha calle no tenía más salida que por sus extremos.

Vió el esbirro dos espadas relucir, dos enemigos que le acometían con firme resolución de matarlo, y le era forzoso defenderse.

—¡Cobardes!—gritó—. Dos hombres para uno...

—Uno de nosotros es bastante y sobra—replicó Santoyo.

Y retrocedió el sirviente algunos pasos para que no quedase duda de que ninguna parte quería ya tomar en la contienda.

Ni los unos ni los otros pudieron hablar más, porque el hidalgo acometió tan impetuosamente, que apenas dió á su adversario tiempo para defenderse de los primeros golpes.

—Ahora verás—decía el señor Antolín—la inmensa distancia que hay entre un caballero y un villano.

Y empleó toda su habilidad, toda su astucia y todas sus fuerzas para atacar.

El Mallorquín era valeroso, y muchas veces se había encontrado en lances como

aquel; pero su adversario era temible en todos sentidos.

Bien pronto se convenció el espía de que no le era fácil herir á su adversario, y determinó defenderse, prolongar la lucha y hacer todo el ruido posible, con el fin de llamar la atención y que acudiese gente, concluyendo así el lance sin otras consecuencias.

Si esto lo conseguía, el señor Antolín debía considerarse perdido.

—¡Favor á la justicia!—gritó con cuanta fuerza pudo el Mallorquín, y mientras paraba los repetidos golpes de su adversario—. ¡Favor al rey!... ¡Socorro al Santo Oficio!... Asesinos, ladrones!...

—¡Por el infierno!—dijo Santoyo fuera de sí—. Quieres alborotar para que acuda gente... No lo conseguirás.

Y con tanta furia arremetió, y tanto menudeó los golpes, que el esbirro se aturdió completamente, retrocedió hasta apoyar la espalda en la pared, y gritó más que nunca.

Sus esfuerzos fueron vanos.

Algunos momentos después exhaló un grito desgarrador.

En su pecho había penetrado la espada del señor Antolín.

El desdichado cayó pesadamente.

—Dios te perdone—murmuró el hidalgo—, si perdón hay para los bribones como tú.

—Vamos—le dijo Juan.

—No me iré sin convencerme de que está muerto y bien muerto.

—Lo está.

—Si algo le queda de vida y pronuncia mi nombre...

—No sucederá.

—Sin embargo, quiero verlo para dormir tranquilo.

El señor Antolín se arrodilló, inclinóse y reconoció en cuanto le era posible el cuerpo del espía.

Estaba muerto, porque la espada había penetrado en el corazón.

Se había entreabierto alguna ventana

El bodegonero se apercibió del lance, aunque sin que adivinase quiénes eran los que se acuchillaban.

Empero nadie acudió, ya por el peligro que ofrecía meterse entre dos hombres que se mataban, cuanto para evitar entenderse luego con la justicia.

—Por aquí—dijo Juan.

Calle arriba tomaron.

Poco después se encontraron en Platerías.

Se dirigieron hacia la plaza del Arrabal, y entonces vieron que una ronda salía de la calle de Milanese y entraba en la que había sido teatro del sangriento lance.

—¡Vive Dios!—dijo el señor Antolín.

—Si nos descuidamos un poco...

—Ya no hay cuidado.

—¡Ah!... Mentira me parece que me haya quitado la sombra que tanto me mortificaba.

—¿Y qué habéis conseguido?

—Me parece...

—Pronto tendremos otro.

—¡Rayos!...

—Espías le sobran al abate, y lo peor del caso es que sospechará que sois vosotros quien ha matado al Mallorquín.

—Con todos haré lo mismo, y veremos quién puede más.

Mientras así hablaban el sirviente y el señor Antolín, la ronda entró en la calle.

El alguacil que delante iba se detuvo y exclamó:

—¡Un hombre muerto!

—¡Ah!...

—¡Oh!...

Se detuvieron todos, adelantó el alcalde y miró al que en el suelo yacía.

—¡El Mallorquín!—exclamó uno de los alguaciles.

—¿Lo conocéis?

—Hace bastantes años... Es un esbirro de la Inquisición.

—Pues entonces á la Inquisición toca entender en este asunto; pero mientras se da el aviso y vienen los señores del Santo Tribunal, veamos si muerto ó solamente herido está el infeliz, y si algún recurso puede prestársele.

—Y preguntaremos á los vecinos.

—No hay que hacer tal cosa—replicó el alcalde—, porque sería meternos en terreno vedado.

Si dependiente de la Inquisición es este hombre, á la Inquisición le toca hacer lo que bien le parezca, sin perjuicio de que le ayude en lo que le sea menester el brazo secular de la justicia ordinaria.

—Pues quietos.

—Vosotros no entendéis de esto una palabra, porque sois unos zopencos... Tú,

Castañuelas, que tienes buenos pies, corre y llégate al Tribunal del Santo Oficio, dí lo que pasa y que aquí espero, y tú, Juanote, irás inmediatamente á llevar la noticia al señor alcalde de Casa y Corte para que determine lo que bien le parezca, pues mis facultades tienen sus límites... Y vosotros mirad si este pobre dá señales de vida, porque si no estuviese muerto, pediríamos la unción aquí en San Miguel.

—Me parece—dijo uno de los alguaciles—, que este desdichado tiene el pecho atravesado de parte á parte.

—Pero bien puede estar vivo, porque la gravedad de una herida depende de estar un poco más arriba ó más abajo. Yo tuve un primo, que gloria haya, á quien le atravesaron el pecho, y no solamente quedó con vida, sino que sanó y aun dió mucho que hacer.

—No respira.

—¿Esta frío?

—Como la nieve.

—Entonces no podemos hacer más que rogar por su alma.

Las escenas que después tuvieron lugar, no es menester referirlas detalladamente. Acudieron algunos señores de la Inquisición, entre ellos Florentín, y el alcalde de Casa y Corte, un escribano y un médico.

A todos los vecinos se les preguntó; pero todos contestaron que nada habían oído ni nada sabían.

El dueño del bodegón hizo lo mismo, aunque apenas vió el cadáver comprendió que el señor Antolín ó el que con él había cenado, ó los dos eran los criminales; pero diciendo la verdad se hubiera comprometido y arruinado.

Sospechó Florentín lo que era cierto; pero toda su habilidad no fué bastante para encontrar una prueba.

Como el muerto era pobre y no tenía familia que reclamase, el asunto debía darse muy pronto al olvido.

Cuando ya nada hubo que hacer en la estrecha calle, Florentín se despidió de sus compañeros y se alejó; pero en vez de dirigirse á su casa, se fué á la hostería del *Invencible Caballero*.

—Maese Trifón lo recibió con muestras de respeto profundo, y le dijo:

—Mè honráis mucho, señor abate... Sentaos...

—No puedo detenerme.

—Pues decidme en qué puedo servir, pues ya debéis saber por mi amigo Blas, que estoy á vuestra disposición para todo.

—Ahora no quiero más que ver al señor Antolín de Santoyo.

—Lo siento, señor abate, lo siento mucho.

—¿Y por qué?

—Por la sencilla razón de que es imposible.

—¿Duerme?

—¡Dormir el señor de Santoyo!... Lo hace por la mañana ó al medio día, pues durante la noche es cosa rara que se recoja. ¿No sabéis que pasa la vida en devaneos? Y ahora más que nunca, porque como tiene dinero abundante... Pero le durará poco tiempo, muy poco. El otro día vino al amanecer con un humor de todos los diablos... ¡Jesús!... Perdonad, señor abate... Había jugado y perdió nada menos que mil quinientos escudos.

—Así no tardará en arruinarse.

—Ahora, según me han dicho, busca el desquite.

—Perderá más.

—Claro es.

—De manera que no ha venido...

—Y me parece que no volverá hasta mañana.

—¿A qué hora cenó?

—A ninguna, porque salió después de comer.

—¿Solo?

—Sí, señor.

—¿Sabéis si Blas andaba por estos sitios?

—Lo vi paseando frente á esta casa; pero nada le dije, ni él hizo más que guiñar el ojo y sonreír. Disimulamos muy cuidadosamente, porque el señor Antolín no tiene un pelo de tonto.

—Me complace vuestra lealtad, vuestra prudencia y vuestra discreción.

—Cumpló mi deber.

—Y también me agrada que seais verdadero amigo de Blas.

—Hace muchos años que nos conocemos.

El abate hizo un gesto doloroso, exhaló un suspiro y dijo:

—Buen Trifón, esta noche se ha cometido un crimen horrendo.

—¡Un crimen!...

—Han asesinado á Blas.

—¡Que lo han asesinado!—exclamó el hostelero, abriendo desmesuradamente los ojos y fijando en el abate una mirada de estupor.

—Sí.

—¡Dios misericordioso!...

—Estoy trastornado, porque...

—¡Pobre amigo mío!... ¡Muerto!...

—¿Y qué ha hecho la justicia?... Porque es preciso castigar al que ha cometido crimen tan espantoso...

—¡Ay!...

Trifón, que ya sabemos lo que era, fingió con admirable habilidad y parecía desesperado.

—Debemos resignarnos—le dijo el abate.—Esforzaos, pues, y recobrad la calma, porque aún tenemos que cumplir nuestro deber, y no podríamos hacerlo si nos entregásemos al dolor.

—Blas era mi amigo, un amigo verdadero...

—Mío también.

—Pero...

—Tal vez de vos depende que se descubra el asesino.

—¡De mí! Explicaos, señor abate, porque quiero que se haga justicia, que se castigue al criminal.

—¿No sospecháis quién mató á vuestro amigo?

—Ni remotamente.

—Lástima que no seais tan astuto como leal.

—No soy muy torpe, señor abate, y lo veréis.

—El pobre Blas se encontraba á todas horas cerca del señor Antolín.

—Es verdad.

—Y si el señor Antolín no lo ha matado, debe saber quién es el asesino.

—Esperad—replicó el hostelero—: reflexionaré, porque no quiero decir una tontería, sino probaros que discurro bien y que no soy tan torpe como habéis creído.

Trifón inclinó la cabeza y fingió que reflexionaba.

Después de algunos minutos dijo:

—El señor Antolín no sospechaba ni remotamente que lo espíasen.

—Eso es una suposición.

—Como no podemos hacer más que suposiciones.

—Proseguid.

—Bien puede haberse apercibido del espionaje.

—Es lo más probable.

—Pero es posible que haya entrado en alguna casa, y que mientras Blas rondaba por allí...

—Comprendo.

—En semejante caso el señor Antolín...

—No había entrado en ninguna casa de las inmediatas al sitio donde se ha encontrado el cadáver de Blas.

—Otra cosa puede haber sucedido.

—¿Qué?

A larga distancia seguía Blas al señor Antolín, y si éste dobló una esquina y siguió, y el otro fué acometido antes de acabar de salir de la calle... En fin, según el sitio... ¿Me entendéis?

—Sí; pero á pesar de todas estas suposiciones, que no dejan de ser ingeniosas, sigo creyendo que Santoyo es el asesino, y en él debemos fijar la atención.

—Decidme lo que tengo que hacer, pues deseo que se castigue al criminal.

—Habéis de observar si en la ropa del hidalgo hay alguna mancha de sangre ó cosa por el estilo.

—Comprendo.

—Además, buscaréis una ocasión para examinar la hoja de su espada...

—¡Ah!... Tenéis mucho talento, señor abate, y ahora reconozco mi torpeza.

—Observaréis también su aspecto, por si revela alguna preocupación, distracción ó temores, así como también fijaréis la atención en su conducta, por si de algún modo cambia.

—Buena idea.

—Y más que nunca conviene saber quién lo visita.

—Muchos días hace que nadie ha venido á verlo.

—El desgraciado Blas tiene que ser sustituido por otro, pues no es posible que el Santo Oficio se olvide de este asunto.

—Así lo he supuesto.

—Y ese otro se os presentará de mi parte para que lo conozcáis, y de acuerdo con él hagáis cuanto sea necesario.

—Y con la ayuda de Dios conseguiremos que triunfe la justicia.

—Y vos recibiréis la recompensa que merecéis por vuestra lealtad.

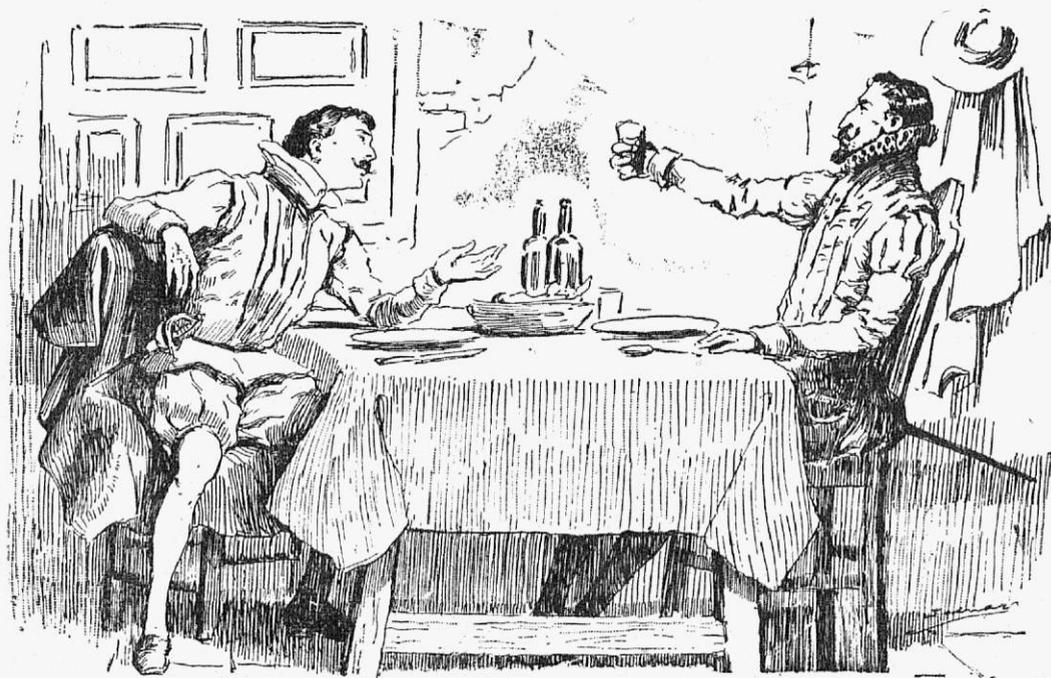
—Lo único que quiero es que se castigue al miserable que ha puesto fin á la existencia de mi mejor amigo.

—Tarde ó temprano, se descubren todos los crímenes.

Esto no debía creerlo el abate, pues ya sabemos que profesaba distintas teorías.

—Por lo demás—repuso el hostelero—si yo aceptase alguna recompensa, me privaría de la satisfacción de haber ayuda-

hacer muy bien las cosas. Verdad es que ahora tendrá otro espía; pero hará lo mismo que con Blas, y en poco tiempo no quedará un esbirro para un remedio. Estoy orgulloso porque he sabido engañar á un hombre tan astuto como el abate Florentín.



Porque pronto cargue con su alma el diablo. (Pág. 68.)

do á la justicia, y quiero hacer algo que sea meritorio para tener derecho á la consideración de todo el mundo.

—Sois muy honrado, maese Trifón.

—Y así tengo la conciencia tranquila.

—No os acostaréis aun cuando pase toda la noche, sin que venga el señor Antolín, pues conviene que observéis su aspecto al entrar.

—Descuidad, que vuestras órdenes se cumplirán con la más escrupulosa exactitud.

—Que Dios os bendiga.

—Señor abate, soy vuestro servidor más humilde y más fiel.

Florentín salió de la hostería.

Inmediatamente cambió la expresión del semblante del hostelero, que desplegó una sonrisa burlona y dijo:

—Voy viendo que el señor Antolín de Santoyo es un gran hombre y que sabe

CAPITULO XVIII

UNA TORPEZA DE FLORENTÍN

El abate se encaminó hacia el Santo Oficio, mientras decía para sí:

—¿A quién debo acudir ahora?... Culebrina es listo; pero no me inspira confianza y... ¡Ah!... Me parece que el más á propósito en todos sentidos es Culebrina, pues no tengo razones para poner en duda su lealtad, y es astuto y listo como pocos.

Ni remotamente había podido sospechar Florentín que el tal Culebrina pertenecía en cuerpo y en alma á su rival, á su mayor enemigo.

—Apresuré el paso.

A todos lados miraba recelosamente, porque de noche y solo no iba nunca tranquilo por las calles.

Al entrar en el edificio que ocupaba la

Inquisición encontróse precisamente con Culebrina, que se quitó el sombrero y se inclinó tan respetuosamente como debía.

El abate le hizo una seña, y se le acercó el esbirro diciendo:

—Espero vuestras órdenes.

—Dentro de algunos minutos iréis á mi casa.

—Obedeceré con la exactitud que debo.

—Y no ha de saber nadie adonde habéis ido.

—Sólo Dios.

Volvió á salir el abate y se dirigió á su casa.

Culebrina subió hasta el piso principal, entró en un aposento donde estaba el dominico y, seguro de que nadie le observaba, dijo:

—Reverendo padre, el señor Florentín me ha mandado ir muy reservadamente á su casa.

—Obedeced.

—¿No tenéis que darme instrucciones?

—No las necesitáis.

—¿Y luego?

—En mi convento estaré dentro de una hora.

—Que Dios nos proteja, reverendo padre.

Así empleó los minutos el esbirro.

Poco después se presentaba á Florentín, que lo recibió sonriendo y le dijo muy dulcemente:

—Sentaos, buen Culebrina.

—Señor...

—Digo que os sentéis, porque es de mucho interés el asunto de que hemos de tratar y quiero que me escuchéis sosegadamente.

—Me honrais mucho.

Se sentó Culebrina.

—Tengo necesidad de un hombre astuto, ingenioso, fiel y reservado.

—Si creéis que me adornan esas cualidades...

—Sí.

—Entonces...

—Se necesita también que tengáis voluntad.

—Señor abate, voluntad me sobra para serviros, y en cuanto á fidelidad y reserva, podéis estar tranquilo. No digo lo mismo de mi astucia ni de mi entendimiento.

—Os sobra para el asunto de que se trata.

—Pues si queréis honrarme...

—Depositare en vos mi confianza más completa, y os recompensaré con cuanta largueza me sea posible.

—No necesito más recompensa que la satisfacción de haber cumplido mi deber.

—Sin embargo, es justo que cada cual tenga la recompensa de su trabajo, sin que esto rebaje la importancia ni el mérito del servicio que se presta. Escuchad, pues.

—Escucho, señor.

—Desde mañana habéis de espiar á una persona, observando cuanto hace.

—Es cosa fácil.

—Pues á eso se reduce todo.

—¡Bah!...

—Y nadie, absolutamente nadie, ha de saber que os ocupais en semejante asunto.

—No podré asistir al Tribunal.

—Eso corre de mi cuenta.

—Pues entonces no necesito más que saber quién es la persona objeto de la observación.

—Un hidalgo que nunca ha tenido que comer y que ahora es rico, porque estuvo en París, se casó con una vieja que se murió y la heredó.

—Buen negocio.

—Habita en la hostería del *Invencible Caballero*.

—Sí, la de maese Trifón.

—¿Lo conocéis?

—Lo conozco; pero no es mi amigo, ni él me conoce.

—¿Qué opinión tienes del hostelero?

—Ni buena, ni mala: es un hombre como cualquiera, ó más bien un posadero que procura sacar lo que puede á los que entran en su casa.

—Pues allí tenéis al hidalgo.

—¿Cómo se llama?

—Antolín de Santoyo.

—¡Ah!...

—¿También lo conocéis?

—¿Y quién no lo conoce en Madrid?

—Ya sabéis que es listo, y por consiguiente...

—No importa.

—El hostelero me sirve también en este asunto, y dentro de su casa observa al señor Antolín; de manera que podéis hablar con él y obrar de acuerdo en todo.

—Muy bien.

—Ya conocéis la desgracia de esta noche.

—Sí, la muerte de Blas.

—Sospecho que lo ha matado el señor Antolín.

—¡ Oh !...

—Y este es un motivo más para espiarlo.

—Ahora comprendo.

—¿ Y qué es lo que comprendéis ?

—Que el Mallorquín era el encargado de espiar á Santoyo y que cometió alguna torpeza, y apercibido el hidalgo, determinó quitarse la sombra.

—Discurrís con mucho acierto.

—El sistema no me parece malo ; pero está muy lejos de la perfección, porque muerto un espía, se sustituye con otro, y en esto no ha pensado el señor Antolín.

—Pues ya sabéis cómo Santoyo acostumbra á quitarse los estorbos, y por consiguiente...

—No tengo miedo.

—Particularmente, habéis de observar si el señor Antolín visita á don Martín de Quiñones, ó si habla con alguno de los criados de éste.

—Nada me pasará desapercibido.

—¿ Necesitáis más explicaciones ?

—Ningunas, y para ganar tiempo, esta misma noche me pondré de acuerdo con maese Trifón.

—Me parece bien.

—Pues si otra cosa no tenéis que mandarme...

—Tomad—dijo Florentín, dando á Culebrina dos monedas de oro.

—¿ Para qué es esto ?

—Es posible que tengais que hacer algún gasto extraordinario, como el de tomar algún alimento fuera de vuestra casa.

—Sí ; pero...

—Nada tiene que ver esto con la recompensa. Guardad eso, y haced lo que os mando.

—¿ Cuándo he de volver ?

—Cuando os parezca que debéis hacerlo.

—Soy vuestro servidor, señor abate.

—Que Dios os bendiga.

El esbirro salió, diciendo para sí :

—Otra vez empieza la lucha. ¿ Tiene el señor Antolín que ver algo con Jacobo de Tordesillas ?

Sin apresurarse, fué el esbirro hasta la calle de Atocha, y entró en el convento sin dificultad, puesto que era un dependiente del Santo Oficio.

—Pronto habéis terminado—le dijo el fraile.

Y, sin embargo, me parece que el asunto

es de muchísimo interés.

—Veamos si lo adivino.

—Es difícil, reverendo padre.

—¿ No habéis de espiar al señor Antolín de Santoyo ?

—¡ Ah !...

—Esa comisión es la que á Blas le ha costado la vida.

El esbirro fijó una mirada en el fraile.

Este desplegó una leve sonrisa y prosiguió diciendo :

—Todo eso lo sabíamos ya ; pero no quita ningún mérito á vuestro proceder.

—De manera que es verdad que el hidalgo...

—Supongo que ha matado al Mallorquín, y tengo la seguridad de no equivocarme ; pero nadie me lo ha dicho, sino que hago deducciones.

—Veo que sabéis más que yo.

—O menos.

—En cuanto á la comisión que se me encomienda...

—Ignoro los detalles, que quizás tienen muchísimo interés.

—Asegura el señor Florentín que el hostelero está de su parte y que le ayuda, espiando también al hidalgo.

—Sí, eso cree el buen abate ; pero á pesar de toda su austeridad, se equivoca, pues lo que hace maese Trifón es fingir y engañarlo.

—Ahora entiendo la intriga.

—Sobre este punto, es decir, en cuanto á las causas, os podría yo dar muchas explicaciones ; pero ni es menester, ni tampoco mi situación me permite revelar ciertos secretos.

—Parece que una de las cosas que en más cuidado tienen al abate son las relaciones que pueda haber entre Santoyo y don Martín de Quiñones.

—Con sobrada razón le tiene miedo á don Martín, porque es protector decidido de la esposa del señor Jacobo de Tordesillas, y fué quien salvó al desgraciado David.

—¡ Que salvó á David !—exclamó Culebrina, cuyo asombro llegó al último punto.

Y sus ojos se abrieron desmesuradamente, y su mirada se fijó en el fraile con estupor.

El dominico hizo un gesto de disgusto y dijo :

—Acabo de cometer una torpeza, revelando un secreto de la mayor importancia.

—¿Acaso David?...
—No murió, y goza de perfecta salud, y se le quitó la joroba al caer al corral aquella noche.

—Que Dios me asista, porque si no me vuelvo loco...

—Calma, mucha calma.

—Tales cosas decís...

—Peor para vos, buen Culebrina, porque hay secretos que son muy peligrosos.

—Os juro que no quisiera conocer esto.

—Si no sabéis guardarlo ...

—Vivo solo; pero acabaré por taparme la boca cuando me acueste, por si sueño en voz alta y digo lo que no es menester.

—Todas las precauciones son pocas cuando se trata de este asunto.

—Reverendo padre, estoy medio aturrido.

—El abate Florentín sabe muy bien que hay un David que está en relaciones íntimas con el poderoso caballero don Martín; pero como le han dicho que el tal David no tiene joroba, se ha quedado perplejo, y duda y cavila y hace cuanto le es posible para conocer al misterioso personaje.

—Parece todo esto cosa de brujería.

—Supongo que vos no creeréis en la existencia de las brujas.

—No, reverendo padre.

—Os habrá mandado Florentín que os pongais de acuerdo con maese Trifón.

—Sí.

—Pues podéis hablarle con franqueza.

—Si vos lo disponéis así...

—Hacedlo.

—Iré esta misma noche.

—Ya veis si sois afortunado, puesto que nada tendréis que temer de Santoyo, y, por consiguiente, no ha de sucederos lo mismo que al pobre Blas.

—Dios me libre.

—Con más ó menos largueza, os recompensará el abate.

—Así me lo ha prometido, principiando por darme dos doblones.

—Y como yo os he de recompensar también y el señor Antolín es generoso, y muy espléndido don Martín de Quiñones, acabaréis por tener más dinero del que habéis deseado en vuestra vida.

—No soy ambicioso.

—Por lo mismo caerá sobre vos una lluvia de oro y podréis pasar vuestra vejez con todas las comodidades y toda la inde-

pendencia que puede hacer feliz á una criatura.

—Reverendo padre, disponed de mi vida.

—No necesito tanto, ni en intrigas peligrosas os meteré, como no sea en caso de extrema necesidad.

—¿Algún peligro me amenaza ahora?

—Es indudable, porque si Florentín se apercebe de que representais un doble papel...

—¡Oh!...

—Pero de vos depende todo, pues si no cometéis ninguna torpeza, ningún mal sufriréis.

—¿Y quién está libre de equivocarse, de incurrir en algún error?

—Nadie; pero habréis de reconocer que es muy justo que sufra la pena el que comete la falta.

—Ciertamente.

—No os detengais, buen Culebrina, que bien puede suceder que al abate se le antoje averiguar á qué hora habéis ido á la hostería.

—Pues, si nada más, tenéis que mandarme...

—Que Dios os bendiga, siquiera porque trabajais en favor de una causa justa, puesto que cuanto hacemos no tiene otro fin que el de librar de las garras del abate á la inocente hija del señor Jacobo.

—¡Pobre niña!

—Digna es de compasión, y mucho más sus padres.

—Que Dios nos proteja.

Así pusieron fin á la conversaci6n.

El esbirro sali6 del convento.

Tom6 por la calle de Carretas.

Pocos minutos después se encontraban en la Puerta del Sol.

Ya no transitaba por allí alma viviente.

La hostería estaba cerrada, en cumplimiento de las órdenes de la autoridad.

Mir6 Culebrina á todos lados.

—Veamos— dijo—cómo me recibe maese Trifón, de quien voy viendo que no es tan cándido como parece, puesto que tiene bastante habilidad, no solamente para representar un doble papel, sino para engañar al zorro del abate.

Llam6 Culebrina.

La puerta se abrió, presentándose el hostelero.

CAPITULO XIX

PRINCIPIA CULEBRINA À DESEMPEÑAR
SU COMISIÓN

El esbirro entró en la hostería, diciendo:

—Buenas noches, maese Trifón.

—Que Dios nos las dé buenas.

—¿Está el señor Antolín de Santoyo?

—No ha venido todavía, y es lo probable que no vuelva hasta por la mañana, pues debe haber cenado con sus amigos, y estará de broma por esos mundos de Dios.

—¿No me conocéis?

—No tengo ese honor.

—Pues vamos á vuestro aposento y os diré quién soy.

—Pero...

—¿Tampoco conocéis al abate Florentín?

—¡ Ah!...

—Vamos, maese Trifón, y haced de manera que nadie nos escuche.

—Descuidad.

Entraron en una habitación cerca de la cocina.

Sentáronse.

El hostelero miraba atentamente al esbirro.

Este sonreía, según costumbre, y dió principio á la conversación de la manera más extraña.

—Yo—dijo—tengo la honra de pertenecer al santo Tribunal de la Inquisición.

—Que sea para bien.

—Debo sustituir á mi compañero Blas, á quien Dios haya perdonado.

—¡ Pobre amigo mío!

—¿ Os apena mucho su muerte?

—Nos conocíamos hace bastantes años, y...

—Maese Trifón, olvidais que me envía el abate Florentín.

—Estáis equivocado, pues no es posible que yo me olvide de semejante circunstancia.

—Pero ignoráis otra cosa.

—Si vos me la decís...

—Que conozco perfectamente la situación.

—Lo supongo, porque el señor abate os habrá dado instrucciones.

—Y yo hago con él lo mismo que vos, lo engaño y...

—¡ Que lo engañáis!

—Tengo que servir á otra persona que me paga mejor y que defiende la causa de la justicia, y para que os tranquilicéis, os diré que estoy de acuerdo con don Martín de Quiñones.

—No os entiendo—replicó el huésped con tono de extrañeza.

—Así me gusta, que desconfíeis de todo.

Efectivamente, Trifón desconfiaba, porque creía que se le tendía un lazo para poner á prueba su lealtad.

El esbirro prosiguió diciendo:

—El señor Antolín de Santoyo se ha cansado de que lo espíen, y ha enviado al otro mundo al Mallorquín.

—Debéis comprender que lo que decís es demasiado grave.

—La gravedad no se me oculta.

—Pues para tranquilizaros me permitiréis que aguarde al señor Antolín, aunque no venga en toda la noche.

—Podéis hacerlo.

—Y si me dais de cenar, os lo agradeceré y os pagaré, pues tengo en el bolsillo un par de doblones que el respetable Florentín me ha dado para lo que me ocurra.

—Está á vuestra disposición cuanto hay en mi casa.

—No me importa pasar la noche en vela; pero con el estómago vacío...

—Puedo daros jamón, huevos, longaniza, un pollo nambre, queso y alguna otra friolera por el estilo.

—Podéis traerme lo que tengáis más á mano, pues todo eso es de mi gusto, y no os olvidéis del vino...

—Puro y añejo.

—Sois un gran hombre, maese Trifón.

—Y luego, si queréis dormir hasta que venga el señor de Santoyo...

—Aquí mismo daré alguna cabezada.

—Haréis lo que mejor os parezca.

—¿ No sabéis cómo me llamo?

—Como no os conozco...

—Soy Culebrina.

—Extraño nombre.

—Es un apodo; pues en la pila bautismal tuvieron por conveniente llamarme Melitón, y el apellido de mi padre es Campillo y el de mi madre es Moraleja.

—También el pobre Blas...

—Le llamaban Mallorquín sin otra razón que la de haber nacido en Mallorca, y yo estoy tan acostumbrado á que me

llamen Culebrina, que no atiendo por mi verdadero nombre.

El hostelero fué por la cena.

El esbirro empezó á engullir con el mejor apetito.

Hablaba mucho.

Trifón escuchaba y de vez en cuando pronunciaba algún monosilabo para no comprometerse.

Los horas después, Culebrina apoyaba los brazos en la mesa y la cabeza en los brazos, y se entregaba al más dulce de los sueños.

Las horas pasaron.

Y palidieron las estrellas, y la aurora desplegó sus dulces sonrisas.

Resonaron algunos golpes dados en la puerta de la casa.

El hostelero acudió presurosamente, abrió y se encontró con el señor Antolín.

—¡Por el rabo de Lucifer!—dijo el hidalgo—. No os quejaréis de mí, maese Trifón, pues la pasada noche no habéis tenido que molestaros para darme la cena; pero, en cambio, tendréis que prepararme almuerzo doble. Subid, y mientras me desnudo os daré instrucciones para mañana, es decir, para hoy, puesto que ya es de día. Ahora no quiero más que dormir. He pasado una gran noche, he sido afortunado y traigo la bolsa repleta, porque en el juego me ha favorecido la suerte.

—Os felicito.

—Gracias, maese Trifón... Os regalaré dos ducados.

Mientras así hablaban, subieron y entraron en el dormitorio del señor Antolín.

Se quitó éste la capa y el sombrero.

—Dadme vuestra espada.

—¡Mi espada!...

—Sí, porque la limpiaré para que no le quede ninguna señal de la sangre de vuestro espía.

—¡Fuego de Satanás!... ¿Qué estais diciendo, maese Trifón?

—Lo sé todo, y no levantéis la voz, porque hay en casa quien puede escuchar.

—¡Por el infierno!...

—Y no os acostéis, porque os espera un hombre que se llama Culebrina, y ha venido de parte de Florentín.

—¿Os habéis propuesto aturdirme? Pues os advierto que á pesar de mi alegría, porque soy afortunado, limpiaré la espada en vuestras costillas.

—El tal esbirro es el que debe sustituir

al otro; pero me ha dicho que engaña al abate, y que sabe ya que yo lo engaño también, y que está de acuerdo con don Martín de Quiñones...

—¡Truenos y rayos!

—Y como yo he demostrado desconfianza, me ha dicho que quiere hablar con vos.

—Pues contestadle que tengo sueño y que no lo escucharé sino después de haber dormido.

—Me parece...

—Haced lo que os mando.

—Si os empeñáis...

—Sí.

—Pero dadme vuestra espada y permitidme examinar vuestra ropa, porque si tiene alguna mancha de sangre...

—Maese Trifón, habláis con toda seriedad...

—Supongo que no desconfiáis de mí.

—No.

—Entonces, dejadme hacer lo que mejor me parezca, pues nada se pierde por vivir prevenidos.

—Me acostaré y autorizado quedáis para cuanto se os antoje.

Y haciéndolo como lo decia, el señor Antolín acabó de desnudarse y se acostó quedándose dormido á los pocos momentos.

El hostelero volvió donde había quedado Culebrina, y lo despertó.

—¿Qué queréis?—preguntó el esbirro mientras se restregaba los ojos.

—Ha venido el señor Antolín.

—¡Ah!...

—Y es de día.

—Mejor.

—Le he dicho que esperabais, y me ha contestado que á nadie quiere ver, porque tiene mucho sueño, y ante todo ha de dormir.

—Le sucede lo mismo que á vos, desconfía.

—¡Que desconfiamos!... Os equivocáis.

—Señor Trifón...

—Sabed que respeto como es debido al abate Florentín, y basta que hayáis venido en su nombre...

—Está bien... Después hablaremos.

—En cuanto despierte el señor Antolín...

—Lo veré, y como no tengo que hacer otra cosa, esperaré aquí.

—Esta casa es vuestra.

—Ya he dormido, y lo que ahora me

hace falta es un poco de aguardiente para que el cuerpo entre en calor.

—Voy á servirlos al instante.

Y así lo hizo el hostelero, y luego dijo:

—Señor Culebrina, nuestro hidalgo dormirá por lo menos cuatro ó cinco horas, y yo no he pegado los ojos en toda la noche.

—Debéis acostaros y descansar.

—Voy á dar á mi criado las órdenes convenientes para que os obedezca en todo y os prepare un buen almuerzo.

—Gracias.

—No hago más que cumplir mi deber.

—Una cosa me ocurre, maese Trifón.

—Decid.

—Me convendría ver al señor Antolín mientras duerme.

—Es imposible.

—¿Por qué?

—Cuando se acuesta, cierra y echa la llave.

—¿Y qué aspecto tenía?

—Ni bueno ni malo. Dice que la fortuna lo ha protegido en el juego y... nada más.

—Es poco.

—En cuanto se me presente la ocasión, y en cumplimiento de las órdenes del señor abate, examinaré la ropa y la espada.

—¡Vive el cielo! Que sois el bribón más redomado que he visto.

—Me parece...

—Bien podéis envaneceros, porque se necesita mucha habilidad para burlarse de Florentín.

—Os juro...

—Señor Trifón, acostaos y dormid.

—Hasta luego.

El huésped, después de ir á su dormitorio, fué al del hidalgo, vió que éste dormía profundamente, cerró la puerta, echó la llave y la guardó.

Así evitaba que Culebrina cometiese un abuso.

No olvidaba ningún detalle el astuto hostelero.

Ya podía dormir descuidadamente, y así lo hizo.

Una hora después almorzaba Culebrina.

Y ningún nuevo incidente tuvo lugar hasta las diez de la mañana.

El hostelero se levantó.

Su primer cuidado fué preguntar al esbirro si lo habían tratado bien.

Aún no habían pasado diez minutos cuando se presentó Juan.

El esbirro lo miró.

Lo conocía demasiado bien.

Y para Juan no era tampoco desconocido Culebrina.

—¿Qué tenéis que mandar?—preguntó el huésped.

CAPITULO XX

ACABAN DE ENTENDERSE

Juan conocía al esbirro, porque sabía que éste era uno de los dos que habían favorecido el plan trazado por el fraile cuando David estaba encargado de vigilar á la hija de Jacobo, y lo había visto una vez, así como Culebrina conocía al criado de don Martín.

Hemos dicho ya que los dos se contemplaron, y añadiremos ahora que los dos quedaron como perplejos y esperando cada cual á ver lo que el otro hacía.

Y como ninguno de los dos hablaban, y á los dos miraba el hostelero, que estaba más perplejo y más confuso que todos, Juan acabó por perder la paciencia, y con su natural atrevimiento le dijo á Culebrina:

—¡Vive el cielo!... ¿Acaso no me conocéis?

—Sé quien sois, y nada más.

—¿Y no sabéis para qué he venido?

—No puedo adivinarlo.

—Pues muy pronto saldréis de dudas, porque maese Trifón despertará al señor Antolín, hablaré con él y luego se arreglará todo muy fácilmente.

—No os comprendo.

—Yo tampoco—dijo el huésped.

No pudieron continuar la conversación, porque oyeron la voz del hidalgo que juraba y maldecía, y oyeron también los golpes que daba en la puerta de su habitación.

—El hostelero no quiso escuchar lo que le hablaban y corrió con cuanta velocidad le fué posible.

—Ya sabemos que tenía la llave del aposento de Santoyo, y así se explica que éste al dejar la cama y verse encerrado, se pudiese furioso.

—Aquí estoy—decía Trifón mientras introducía la llave en la cerradura—. No

os enfadéis, porque todo esto lo hago por vuestro bien.

Y entreabrió la puerta, no más que entreabrirla, y asomó la cabeza y vió al señor Antolín en ropas menores y empuñando la espada.

—¡Por los cuernos de Lucifer!—exclamaba el hidalgo—. No ha de quedar en vuestro cuerpo un hueso sin romper... ¿No habéis pensado que las burlas cuestan muy caras cuando el burlado es un hombre como yo?

—No son burlas, señor Antolín...

—¡Vive el cielo!.. Entrad, maese Trifón, que con vuestra resistencia me irritáis, y algo ganaréis poniendo las costillas y recibiendo algunos cintarazos..

—Que nos escuchan...

—¿Qué me importa?

—El esbirro enviado por el abate...

—¡Mil rayos!..

—Y el señor Juan, el que os hablaba de don Martín de Quiñones..

—¿Acabaréis?..

—Dejad la espada, señor Antolín.

—Os escucharé; pero luego...

—Haréis lo que mejor os parezca.

El acero dejó Santoyo y empezó á vestirse.

Se atrevió entonces á entrar el posadero y repitió lo que había dicho aquella madrugada, añadiendo que el esbirro se encontraba en ánimo de permanecer en la hostería cuanto tiempo fuese menester hasta conseguir hablar con el hidalgo, y que además había llegado aquel otro, de quien Trifón tenía entendido que algo tocaba de cerca á don Martín de Quiñones.

Luego habló de cómo los dos se habían mirado, y lo que se habían dicho.

Santoyo, contra su costumbre, escuchaba, callaba y se vestía, y cuando terminó esta operación, dijo con una calma que fué muy agradable para el huesped:

—Maese Trifón, supongo que no habréis olvidado preparar mi almuerzo.

—Y la comida, porque de comer es hora.

—Pues inmediatamente arreglaréis la mesa, traeréis lo mejor que tengáis, y cuanto sea menester para que el señor Juan almuerce conmigo.

—¿Y Culebrina?

—¿Y quién es Culebrina?

—El esbirro, el enviado del abate, el...

—Se esperará si quiere, y si no quiere se irá; en la inteligencia de que me importa un comino, pues si la sangre se me sube á la cabeza haré con él lo que hice anoche con el Mallorquín.

—Señor Santoyo, no olvidéis que tenemos que engañar á un hombre tan astuto como el abate.

—No lo olvido.

—Mucho os agradeceré que seáis prudente, porque me he metido en este negocio para favoreceros, y sentiría muchísimo salir con las manos en la cabeza.

—Maese Trifón—replicó gravemente el hidalgo—, yo puedo cometer todas las locuras cuando para mí solamente es el peligro; pero cuando se trata de lo que á otros puede suceder...

—Estoy tranquilo.

No dijo más el hostelero.

Bajó.

Fué donde estaba Juan y Culebrina, que seguían mirándose sin hablar.

—Subid, que os aguarda el señor de Santoyo.

—¿Y yo?—preguntó el esbirro.

—Esperaréis ó haréis lo que bien os parezca.

Juan subió.

El huesped fué á la cocina.

El esbirro murmuró.

—No es fácil inspirar confianza á esta gente, y si de esta situación no salimos, tendré que consultar con el reverendo padre para que se adopte una determinación.

Como los mejores amigos del mundo estrecháronse la diestra el hidalgo y el sirviente.

Cruzaron algunas frases de pura cortesía, y luego dijo Santoyo.

—Desde que esta mañana volví, maese Trifón me tiene aturdido...

—Y yo vengo para aturdirlos más.

—¡Rayos!..

—El asunto se complica.

—Ya lo veo.

—Pero algo ganaremos, señor Antolín.

—¿Y no lo perderemos todo de una vez?

—Me parece imposible.

—Explicaos, porque si no salgo de dudas, perderé la paciencia y haré una barbaridad.

—Consolaos con que el abate, á pesar de toda su astucia, cometió una torpeza.

—Al mejor galgo se le escapa la liebre, y eso es lo que á mi me pone en gran cuidado.

—Sucedió lo que yo había previsto, y apenas murió el Mallorquín, el abate buscó á otro espía.

—Que debe ser...

—Basta.

—Mucha prudencia, mucho disimulo, mucha habilidad.

—Entiendo.

—Y nada más, señor de Santoyo.

—Pues para que veais la ciega fe que tengo en el muy noble don Martín, veréis lo que hago.



En su pecho había penetrado la espada del señor Antolín. (Pág. 70.)

—El esbirro que abajo aguarda.

—Diré que suba, y cuando aquí se encuentre, lo mismo que se ensarta un pollo para asarlo...

—Ese hombre es nuestro.

—¡Que es nuestro!...

—Engaña á Florentín igual que maese Trifón.

—¡Ah!...

—Podéis tener en él la más ciega confianza.

—Lo cual quiere decir...

—Que será vuestra sombra y nada será.

—¿Y cómo con tanta seguridad respondéis de la lealtad de ese hombre?

—Señor Antolín, yo no respondo.

—Entonces...

—Pero responde mi noble señor.

—¡Oh!...

—Y cuando mi noble señor dice una cosa...

Y el señor Antolín se asomó á la puerta y gritó:

—¡Maese Trifón, ó maese Satanás!... ¿Qué hacéis? ¿Os habéis olvidado de que tengo estómago?... Corred, si no queréis que os desuelle para escarmiento de perezosos.

—Voy al instante.

—Y que suba también el honrado Cu-lebrina.

—Muy pronto se presentó el hostelerō, poniendo en la mesa lo necesario para la comida.

Tras el hostelerō entró el esbirro.

—Con nosotros almorzaréis—le dijo el señor Antolín.

—Mucho me honráis; pero no aceptaré, porque es muy posible, ó más bien probable, que el abate Florentín se le antoje haceros una visita, y si reunidos nos encontrase...

—¡Vive Dios!

—Perdonad; pero si queréis seguir mi consejo, haréis muy bien en poner fin á esta entrevista, y que el señor Juan se vuelva cuanto antes á su casa.

—¿Sin que brindemos?

—Brindaremos, señor Antolín; pero nada más. Ya sabemos á qué atenernos y por consiguiente no necesitamos hablar.

—Pero...

—Yo sirvo á fray Tadeo—dijo Culebrina—, soy suyo en cuerpo y alma, y vos servís al señor de Quiñones.

—¿Y quién es fray Tadeo?—preguntó el hidalgo.

—No os importa—le respondió Culebrina.

—Me importa mucho.

—Por lo que estoy viendo, don Martín os dice que tengáis en mí ciega confianza, lo cual prueba que don Martín y fray Tadeo se entienden. A nosotros no nos toca más que obedecer.

—¡Vive Dios!...

—Bebamos y permitid que me vaya, y si mi consejo queréis seguir, mucho ganaréis.

Y esto diciendo, Culebrina llenó tres vasos y tomó uno.

Santoyo y Juan dispusieron también á beber.

—Por el señor Jacobo.

—Por su desgraciada esposa.

—Por su inocente hija.

Vaciáronse los vasos.

Con el dorso de la mano se limpió la boca Culebrina.

Ni una palabra más pronunció, ni tampoco dió tiempo para que le dirigiesen ninguna pregunta, pues salió inmediatamente.

—Este bribón vale mucho—dijo Santoyo.

—¿Y no comeréis conmigo?

—Juntos cenamos anoche, y debemos esperar otra ocasión.

—Nunca me ha sabido tan bien la cena.

—Al Mallorquín se le indigestó.

—En el infierno debe haberla digerido.

—Y por allí nos espere muchos años.

—Señor Juan, no os he dicho que mae-se Trifón tiene el encargo de examinar mi espada y mi ropa por si acaso descubre alguna mancha de sangre.

—¿Vino el abate anoche?

—Creo que sí.

—Pues por esta vez perdió la partida.

—Otro vaso, señor Juan.

—Y debemos seguir su consejo.

—Y otros mil bebería si no arriesgásemos demasiado.

—¡Cuernos de Satanás!... Cuando vuelva á mis manos el maldecido papel...

—Volverá.

—Pero entretanto...

—Nada temáis.

—Puesto que ahora nada tenemos que temer del espía, podré hacer alguna visita á vuestro noble señor.

Muy poco más hablaron.

Juan se despidió y salió.

Culebrina se paseaba en sitio conveniente, representando su papel de espía.

Santoyo empezó á comer con el mejor apetito.

Pensaba en los sucesos de la noche anterior y en los extraños de aquella mañana.

No acababa de comprender lo que estaba viendo, y le daba mucho que pensar el fraile nombrado por el e birro; pero se tranquilizaba porque todo aquel enredo dependía de don Martín de Quiñones, á quien no era fácil que engañaran.

El hostelero, con preferencia á toda ocupación, limpió la espada, en cuya hoja podían descubrirse algunas señales de lo sucedido la noche anterior.

Acabando de comer estaba Santoyo, cuando el abate entró en la hostería.

—¡Ah!—exclamó el hostelero—. Otra vez me honráis...

—¿Y el hidalgo?

—Ha venido al amanecer, ha dormido y está comiendo.

—¿Vino el otro?

—Sí, señor, el que se llama Culebrina...

—Eso es.

—Nos hemos entendido perfectamente.

—¿Habéis hecho alguna observación?

—Mientras el hidalgo dormía, he examinado su ropa y su espada sin encontrar señales de la desgracia de anoche.

—Sin embargo...

—Sigo creyendo lo mismo que vos, señor abate.

—Esperaremos otra ocasión.

—Que tarde ó temprano se nos presentará. ¿Queréis ver al señor Antolín?



—No.

—Pues lo siento, porque me tranquilizaría que vos también observáseis.

—Me basta vuestra observación.

—Gracias, señor abate.

—Nada más tengo que deciros. Con Culebrina os entenderéis, porque es persona de mi más completa confianza.

—Y muy listo.

—Maese Trifón, que Dios os bendiga.

—Siento mucho que no os detengáis para descansar.

—Será otra vez, porque ahora mis deberes me llaman á otra parte.

—Soy vuestro servidor.

Salió Florentín.

Vió á Culebrina, pero nada le dijo.

El hostelero se apresuró á dar cuenta al hidalgo de lo que acababa de suceder.

—Maese Trifón, estoy muy satisfecho de vuestra lealtad y de vuestra inteligencia.

Eran las dos de la tarde cuando el hidalgo salió de la hostería para ir á pasearse según su costumbre.

El esbirro lo siguió aunque sin cuidarse de él más que en la apariencia.

Otra vez reinó la calma en el interior de la hostería.

A las ocho de la noche se presentó el hidalgo, cenó y volvió á salir.

CAPITULO XXI

CÓMO SE ENCONTRABA ISABEL

A pesar de todas las ventajas que conseguían nuestros amigos, la situación era, no solamente la misma, sino peor.

No había sido posible averiguar el paradero de Jacobo de Tordesillas, que tal vez había muerto en Francia ó en Alemania.

Su esposa sufría más que nunca, porque sus esperanzas se desvanecían según pasaba el tiempo.

Los temores y las dudas atormentaban horriblemente y á todas horas á la infeliz Isabel.

¿Qué había sido de su esposo?

¿Cómo se encontraba su hija?

Eran inútiles para consolarla todos los esfuerzos de sus amigos.

La desdichada sufría como sufren las almas sublimes, pues en éstas el dolor

es más cruel á medida que pasa el tiempo.

Hay desgracias de las que se duda porque son demasiado horribles; pero al fin el convencimiento es forzoso y entonces el sufrimiento llega al último grado de intensidad.

Era Isabel una de esas criaturas que no gozan sino con el goce de las personas queridas.

¿Para qué le servían las riquezas que tan inesperadamente habían ido á sus manos?

¿Para qué quería la absoluta libertad de que gozaba?

Aquellas riquezas eran un tormento más, porque pensaba que su esposo y su hija estarían privados de lo más necesario para sostener la vida.

Ella era dueña de un tesoro y el hombre á quien tanto amaba sufría los horrores de la miseria.

Ella contaba con el consuelo de la amistad, con el cariño de grandes corazones como el de don Martín, la esposa de éste, David y Leandro, y su inocente hija estaba en poder de un miserable, de un desalmado, de la más ruin y de la más criminal de las criaturas.

No, la noble Isabel no podía vivir así.

Lo que en apariencia era una fortuna, constituía para ella su mayor desgracia.

Mucho menos sufrió cuando estaba perseguida.

Ni las riquezas, ni los amigos había buscado, y parecía que cometía una gravísima falta disfrutando lo que le enviaba la Providencia.

Sin tener un corazón noble y un espíritu elevado, no era posible comprender los sufrimientos de aquella mujer sublime.

¿Y qué le era posible hacer?

A todas horas se hacía esta pregunta.

No podía favorecer á los dos seres á quienes amaba tanto; pero tampoco quería disfrutar ninguna dicha.

¡Pobre Isabel!

Su conciencia, escrupulosa hasta la exageración, hasta el delirio, la acusaba porque sus sufrimientos no eran mayores.

Esto no era más que el extravío de su dolor.

La alegría y los goces tienen sus delirios, y también los tienen los sufrimientos, porque cuando se siente demasiado ya sea para sufrir ó para gozar, la razón

se trastorna, como cuando la fiebre altera las funciones de nuestra organización.

Los dolores físicos producen los mismos efectos que los morales, sin más diferencia que la rapidez mayor ó menor con que matan.

Como en el orden moral es lo mismo todo que en el físico, podemos decir que la desdichada Isabel, á pesar de que gozaba de la más perfecta salud, estaba gravemente enferma.

En el rostro se revelan las enfermedades, y el de Isabel estaba pálido, y su mirada era triste, y si alguna vez se entrecabrían sus labios para sonreír, producía su sonrisa un efecto penoso.

Su cuerpo estaba sano.

¿Y su alma?

¡Infeliz!

Para las enfermedades del alma es impotente la ciencia.

Tampoco el mundo las comprende, ni casi les da valor.

¿Quién se condele del desdichado que enferma tiene el alma?

Si está sano el cuerpo, ¿qué importa lo demás?

La persona que mejor comprendía los sufrimientos de Isabel, la persona que los apreciaba con exactitud era David, porque él también tenía el alma enferma.

El pobre huérfano, desde su niñez, se había visto abandonado, solo, en medio del bullicio del mundo.

Lo que había sufrido lo sabíamos ya.

Nadie lo había comprendido, nadie lo compadeció.

Empero él, que había devorado todas las amarguras, sí comprendía y apreciaba con toda exactitud todos los dolores de la infeliz á quien daba el dulcísimo nombre de madre.

Preciso es convencerse de que la situación de Isabel era insostenible, porque además de sus dolores, vivía á todas horas con el temor de que el abate cometiese nuevos abusos.

Sus temores no eran vanos.

Podía Florentín dejar que pasase algún tiempo mientras se le presentaba una ocasión ó combinaba un plan; pero no desistiría de su propósito.

A pesar de la protección de don Mar-

tín, ¿debía considerarse segura la esposa de Jacobo?

No, porque Florentín disponía de grandes medios sin necesidad de los que tenía como inquisidor.

Isabel, pensando muy cuerdamente, creyó que ante todo le convenía ponerse á cubierto de los ataques de su enemigo.

¿Cómo lo conseguiría?

No le quedaba más recurso que desaparecer como había desaparecido su esposo.

Mientras el abate creyó que la infeliz había muerto la dejó en paz; pero ya sabemos que su conducta cambió apenas tuvo la prueba de que se había representado una farsa.

De sus temores habló muchas veces Isabel con don Martín; pero éste la tranquilizaba, diciendo:

—Descuidad, señora, que mientras yo viva no irá el abate más allá de donde ha ido.

Leandro tampoco tenía miedo, y á Juan le parecía que contando con la ayuda de su señor nada debía temerse.

David no estaba del todo tranquilo; pero tampoco creía de absoluta necesidad que Isabel desapareciese mientras tuviera los defensores que tenía.

Ocho días después de las escenas que hemos referido, y cuando la calma era más completa, la esposa de Jacobo insistió en llevar á cabo sus planes, y sobre este asunto habló con David.

No encontraba más que dos medios, el uno consistía en salir de la corte, y el otro en encerrarse en un convento; pero sobre este punto nada había determinado.

David se oponía, ella insistía y discutieron con el calor que era consiguiente á la gravedad del asunto.

La discusión fué perfectamente inútil, pues se quedaron como estaban, cada cual con su opinión y sin que nada se determinase.

Esta escena tuvo lugar á las dos de la tarde, y una hora después Isabel salió para ir á la vivienda de don Martín de Quiñones, como hacía muy frecuentemente, quedando allí hasta después de la cena para volver luego á su casa y entregarse al reposo.

Dos criados tenía Isabel, no precisamente para su comodidad, sino para no vivir sola.

El uno era un mozo de diez y ocho años, honrado hasta el último grado de la honradez, y sencillo, cándido y bonachón.

Juan conocía á sus padres, y había respondido de la fidelidad del mozo.

No se equivocó, porque antes que cometer una traición se hubiera dejado matar, y como no era ambicioso, ni tenía vicios, era muy difícil, casi imposible sobornarlo.

Su compañero de servidumbre era una mujer que ya había cumplido los cincuenta años, y de la que todos daban los informes más favorables.

Servía con mucho esmero á su señora, parecía interesarse mucho por ella y la respetaba profundamente.

A pesar de estas buenas cualidades, Juan había dicho muchas veces:

—Esa mujer no me gusta.

—¿Y por qué—le preguntaban.

—Porque reza demasiado y suspira mucho y llora con la mayor facilidad.

—Es buena y sencilla.

—Debíerais decir que buena y sencilla parece; pero en este pícaro mundo las apariencias engañan con mucha facilidad.

—Si otras razones no tienes...

—Que no me gustan las viejas solteronas, porque no hay ninguna buena.

Nada de esto era bastante para mirar con desconfianza á la sirviente, mucho más que las observaciones que se hicieron probaban que era leal.

No salía de casa sino por orden de su señora, y si fuera de estos casos pedía licencia, era para ir á misa, al sermón ó al jubileo.

Para ir al jubileo había pedido licencia aquella tarde, y su señora no tuvo inconveniente en otorgársela.

Pocos minutos después de haber salido la esposa de Jacobo, se fué la criada, envuelta en un anchísimo manto que de pies á cabeza la cubría, y con su rosario lleno de medallas.

Debía ir á Santo Domingo el Real, que era donde efectivamente estaba el jubileo, y tomó por Santa María, dejó á la izquierda el Alcázar Real, siguió por junto á las tapias de la Huerta de la

Priora y llegó hasta el convento; pero no entró, sino que se detuvo á la puerta de la iglesia, miró atrás y cuando vió que nadie la seguía, tomó por la cuesta y entró á buen paso en la calle de la Inquisición.

Dejó atrás el edificio que ocupaba el Tribunal Santo y en cuyas cuevas gemían tantos infelices, y bien pronto llegó á la casa donde tenía su habitación el abate Florentín.

Otra vez miró á todos lados.

Tranquila debió quedar, puesto que nadie la observaba.

Entró en el estrecho y lóbrego portal y llamó en la puerta del cuarto bajo.

—¿Quién es?—preguntó una voz cascada.

Y el rostro de otra vieja se dejó ver por el ventanillo.

La criada de Isabel, en vez de contestar, dejó ver el semblante.

Se abrió la puerta.

Entonces se encontraron frente á frente las dos viejas, que eran de tipos opuestos, rechoncha y colorada la sirviente de Isabel, y flaca, huesosa y pálida la otra.

La primera sonreía como la criatura más feliz.

La otra tenía el gesto un si es no es avinagrado.

—Que Dios nos dé buenas tardes.

—Así sea para bien de todos.

No hablaron más.

Tomaron por un pasillo.

La vieja rechoncha entró en un aposento.

La otra se alejó.

Y en aquel aposento se encontraba el abate Florentín, que en las manos tenía un breviario.

—Dios os guarde, buena Catalina—dijo el inquisidor.

—Y á vos os dé salud—respondió la vieja.

—Sentaos.

—Gracias, señor.

—No esperaba vuestra visita.

—Mucho trabajo me ha costado hacerla, porque tengo que andar con gran cuidado para que mi señora no se aperciba de mi proceder.

—¿Os remuerde la conciencia?

—Pues nada y mucho, aunque me pa-
béis asegurado que de lo que se trata

es de hacer justicia y de servir á Dios.

—No lo dudéis.

—Nunca lo he dudado.

—¿Qué novedad ocurre?—preguntó el abate, dejando el libro y fijando su penetrante mirada en Catalina.

—Pues nada y mucho, aunque me parece que os interesa saber lo que pasa.

—Explicaos.

—Mi señora lo mismo que siempre.

—Triste, preocupada...

—Sí.

—Y la visitan sus amigos...

—Esta tarde ha estado á verla el señor David.

—¡Oh!—murmuró el abate cuya frente se contrajo—. Siempre ese hombre...

—Como que es el mejor amigo de mi señora.

—Y yo, á pesar de lo que hago, no consigo verlo.

—Pues él no se esconde.

—Pero la casualidad se ha declarado mi enemigo y en vano acecho unas veces en los alrededores de vuestra casa, y otras en los de la de Leandro.

—Parece imposible que no hayáis visto al señor David.

—Y á los demás los veo; pero á ese hombre...

—Nada tiene de misterioso, señor abate, pues no se oculta, y en medio del día anda por las calles, como lo prueba el haber estado á visitar esta tarde á mi señora.

—La casualidad—murmuró Florentín con sorda voz—, una fatalidad la más horrible.

—Ya os he dado las señas de su persona.

—Sí, pero como tenéis la seguridad de que no es jorobado...

—Derecho como un huso, y muy buen mozo.

—Proseguid.

—Matías estaba ocupado, y pude escuchar la conversación sin que nadie me viese.

—Repetidla palabra por palabra.

—No he podido retenerla en la memoria, pero ha sido poco más ó menos la misma de siempre. Mi señora hablaba de su esposo y de su hija, y lloraba, y al fin dijo: «Es preciso que yo desaparezca, si he de verme libre de mi perseguidor.»

—¿Y nombraba al perseguidor?

—No pronunció nombre de persona alguna—respondió la vieja.

—Continuad.

—Le dijo el señor David, que una persona no desaparece con la facilidad que ella creía, y que por consiguiente su intento era una locura; pero ella insistió, diciendo que quería salir de la corte ó retirarse á un convento.

—¡A un convento!—exclamó el abate, cuyos pequeños ojos relumbraron.

—Y qué cambiaría de nombre.

—¡Oh!...

—Y que tales cosas haría y con tanta habilidad, que su enemigo no podría encontrarla.

—¿Y qué decidieron?—preguntó ansiosamente Florentín.

—Nada, señor abate, porque después de mucho disputar se quedaron lo mismo que estaban, si bien mi señora juró una y mil veces que no cambiaría de resolución, y que muy pronto la pondría en práctica.

El abate inclinó la cabeza y guardó silencio.

Catalina suspiró tristemente, y añadió:

—No acabo de entender este asunto por más que cavilo, y aunque le he consultado muchas veces á Matías, le sucede lo mismo que á mí.

—¿Cómo habéis de entenderlo, sin conocer otros secretos de muchísima importancia?

—Es verdad, pero...

—Prestadme atención, porque la situación es muy grave, se acerca el momento terrible, y no quiero que os encontréis comprometida.

—¡Jesús!...

—Nada temáis si seguís cumpliendo vuestro deber.

—En cuanto á eso...

—Lo que voy á deciros es reservado, y si cometéis la más ligera indiscreción...

—Dios me libre.

—A vuestra desgraciada señora la amenaza el peligro más horrendo, y sus enemigos la han engañado con tanta habilidad, que ella cree que son sus amigos más leales.

—¡Cuánta maldad!

—Hay dentro de vuestra casa un traidor, que sabe fingir como ninguno.

—¡Un traidor dentro de nuestra casa!

—Sí.

—Pero si ella...

—Sois demasiado inocente.

La vieja no era inocente, pero sí estúpida, aunque maliciosa y desconfiada como todos los tontos.

Abrió la boca, fijó en Florentín una mirada de estupor, y dijo:

—Pienso bien de todo el mundo y...

—Eso es una imprudencia.

—Ya lo veo.

—El mayor enemigo de vuestra señora es vuestro compañero Matías.

—¡Ah!...

—Y pronto lo veréis en un calabozo de la Inquisición.

—¡Horror!

—Y los que con él estén de acuerdo...

—Yo no, señor abate, bien lo sabéis.

—Pues porque lo sé os hablo de este asunto, y porque conozco vuestra lealtad os doy á conocer estos secretos. Afortunada debéis consideraros, pues no solamente os quedaréis en situación de poder vivir con independencia y desahogo, sino que os libraréis de los males que amenazan á los demás.

—Sois un santo, señor abate—dijo Catalina con tono que revelaba el miedo que tenía desde que había oído nombrar los calabozos del Santo Oficio.

—Podéis estar completamente tranquila, pues nada malo os sucederá si no cometéis alguna torpeza. Por agradecimiento me serviais antes, y desde hoy serviréis al Santo Tribunal por vuestra propia conveniencia y en bien de la religión, lo cual nada tiene que ver con la recompensa prometida, y tanto es así, que las noticias de hoy os las pagaré como de costumbre.

—Lo único que quiero es vuestra protección.

—Y ya la tenéis, como es muy justo.

Florentín abrió el arca que ya conocemos y sacó dos monedas de oro, cantidad que en aquellos tiempos tenía mucha importancia.

—Tomad—dijo.

No esperó la vieja que le rogasen.

Era codiciosa como la misma codicia, y al ver las relumbrantes monedas se olvidó de todos los peligros y hasta de los calabozos de la Inquisición.

Muy bien conocía Florentín el flaco de

Catalina, y por eso, además de los halagos y amenazas, le dió dinero en mayor cantidad que nunca, y le prometió mucho más.

—Ahora—dijo el abate—, os daré instrucciones, porque el día que menos se espere han de suceder cosas muy graves.

—Os prometo obedecer ciegamente.

—Si vuestra señora se retira á un convento ó sale de la corte, no podrá hacerlo sin que vos lo sepáis.

—Así me parece.

—Pues bien, inmediatamente me daréis aviso.

—Descuidad.

—Y desde hoy escucharéis todas las conversaciones.

—Algunas veces me lo estorba la presencia de Matías.

—Tened presente que lo más interesante es averiguar á donde vuestra señora se retira, y si cambia de nombre.

—Comprendo.

—Y mucho disimulo, mucho sigilo.

—Que es lo que me conviene.

—Y si desaparece Matías...

—Lo sabréis al momento.

—Eso es.

—¿Se ha quedado en casa vuestra señora?

—Se fué á la de don Martín, y no volverá hasta después que hayan cenado.

—¿Quién la acompaña?

—Aunque tiene que atravesar tan poco camino, siempre la deja en su casa un criado de don Martín que se llama Juan y que debe ser un hereje.

—No os equivocáis.

—Algunas noches va también el señor David, y el señor Leandro, y otro que se llama Simón y que tiene una cara que da miedo.

—Es un bandido.

—Pues señor no sé como mi señora se trata con semejantes personas.

—Ya os he dicho que la engañan.

—¿No sería conveniente darle á la pobrecita un aviso?

—Hacedlo, y antes de las veinticuatro horas estaréis en los calabozos de la Inquisición.

—¡Virgen santa!...

—Catalina, haced lo que os mando, que á vos no os toca arreglar este asunto.

—Ni me toca, ni quiero.

—Volved á vuestra casa, y que Dios os bendiga.

La vieja se envolvió otra vez en su manto y salió.

—¡Oh! — exclamó desesperadamente Florentín—. ¡Quiere ocultarse, desaparecer!... No, no sucederá... Ese maldecido hidalgo me preocupa y me hace perder un tiempo precioso. Necesito cambiar de situación y fijar solamente la atención en lo que es más interesante. Desde hoy, cada día que se pierde es un tesoro. A pesar de la protección de don Martín no acaba de tranquilizarse Isabel, porque ella comprende mi pasión, la ha visto en mis ojos, y sabe que prefiero morir antes que renunciar á ser dueño de su belleza. Ella me conoce, nadie más que ella, y no se considerará tranquila mientras no haga de modo que desaparezca, y aún así, siempre abrigará algún temor.

Esforzóse el abate para dominar su agitación.

En aquellos momentos su pasión impura era mucho más interesante.

¡Pobre Isabel!

Ni remotamente podía sospechar que Catalina era un espía pagado por Florentín.

Este no haría nada como inquisidor; pero le sobaban medios para cometer todos los abusos, pues con dinero encontraría gente desalmada que lo sirviese, sin contar con la ayuda que podían prestarle los esbirros.

Consideró que para ocuparse del señor Antolín era bastante Culebrina, y por consiguiente decidió fijar la atención solamente en Isabel.

Faltábale trazar un plan; pero le sobraba ingenio.

—Meditaré—dijo.

Y volvió á inclinar sobre el pecho la cabeza, cerró los ojos y quedó inmóvil.

A las nueve de la noche, Isabel volvió á casa.

La acompañaba David.

Sombría era la mirada del huérfano.

En su semblante se pintaba, no solamente la tristeza, sino el dolor.

Las señales del llanto se veían en el rostro de Isabel.

Había conferenciado con sus amigos y protectores, y no habían conseguido ha-

cer desistir de su propósito á la infeliz esposa y madre.

—Por última vez—dijo el huérfano al despedirse de Isabel.

—No me supliques, hijo mío—respondió ella—, porque me destrozas el alma.

—¿Y cómo quedará la mía cuando me vea privado de lo que más amo en este mundo?

—No, David, no nos privaremos de la dicha de vernos, porque tú no me olvidarás, y lo mismo que vienes á esta casa, podrás ir á mi celda.

—Vuestros temores...

—No son vanos.

—Ahora nuestro enemigo...

—¿Acaso no lo conoces?

—Sí; pero...

—Demasiado bien sabes que no desistirá de sus criminales propósitos.

—Sí, bien lo sabía el huérfano y no se atrevió á replicar.

Aún siguieron hablando por espacio de media hora.

Se despidió David y se fué.

Isabel oró fervorosamente antes de entregarse al reposo, y el llanto corrió en abundancia por sus mejillas.

La vieja traidora había escuchado la conversación sin perder una palabra.

Al día siguiente fué á visitar al abate.

Así supo éste que al fin su víctima se había decidido por el convento.

—Bien—murmuró—, muy bien... Quizás este suceso es una fortuna para mí.

¿Estaría Isabel en un convento tan segura como en su casa y protegida por Quiñones?

Tal vez no.

CAPITULO XXII

SE PREPARA EL ABATE

Se convenció Florentín de que era preciso aprovechar, no solamente los días sino hasta los minutos, y siguió cavilando con más afán que nunca; pero no acertaba combinar el plan con tanta prontitud como deseaba y le convenía.

Por fin creyó encontrar lo que buscaba, si bien no le era posible hacer nada sin el auxilio de otras personas.

¿A quién acudiría?

Siempre encontraba la misma dificultad.

Cuanto más fuesen los que lo servían

en aquella clase de negocios, mayor era el peligro de una traición.

Volvió á pensar que por entonces no era necesario vigilar á todas horas al señor Antolín de Santoyo, y que por consiguiente podría disponer de Culebrina, en quien ya hemos visto que había depositado toda su confianza.

¿Cómo había de sospechar Florentín

nio que ya sabemos no era escaso, y acercándose á su jefe le dijo con tono de sorpresa profunda:

—¡Vos por aquí!

—¿Os desagrada?—preguntó el abate mientras desplegaba una leve sonrisa.

—Por el contrario, me agrada mucho, porque así veréis que cumplo mi deber con toda exactitud.



No, David, no nos privaremos de la dicha de veros. (Pág. 88.)

que el esbirro era un traidor lo mismo que el huérfano.

Tranquilo sobre este punto decidió poner en práctica inmediatamente su plan, y salió de su casa á las cuatro de la tarde con la esperanza de que la casualidad le deparase á Culebrina.

Afortunado fué, porque apenas entraba en la Puerta del Sol vió al esbirro que acababa de salir de la hostería.

Lo que allí había hecho lo sabemos nosotros: comer y beber en compañía de maese Trifón, en tanto que el señor Antolín se paseaba por donde mejor le parecía.

También Culebrina vió al abate.

Mucho le desagradó el encuentro, porque podía verse en el mayor de los compromisos; pero disimuló, apuró su inge-

—No lo he puesto en duda.

Sin embargo, para mi tranquilidad...

—¿Y el señor Antolín?

—Parece que hoy está de muy mal humor, y según lo que he podido comprender, la causa no es otra que el de haber jugado y perdido mucho.

—Pronto se arruinará.

—Hecho una furia entró en la hostería, y faltó muy poco para que apalease al pobre Trifón. Luego ha comido, ha bebido mucho y se ha encerrado en su aposento, diciendo que quiere dormir y que si alguien se atreve á molestarlo, se expone á perder la vida. Y como si todo esto no fuese bastante ha echado la llave.

—Lo siento—dijo Florentín, sin comprender que el esbirro mentía descaradamente.

—¿Vais á entrar en la hostería?

—Si maese Trifón ha de darme algunas noticias de interés...

—Ninguna, por desgracia.

—Es decir, que Santoyo...

—Señor abate, después de mis observaciones, me he convencido de que el buen hidalgo no se ocupa más que en jugar y perder bonitamente la herencia.

—Todo es posible.

—El señor Antolín es uno de esos hombres que cuando tienen dinero, no hacen nada, y me parece que ni siquiera ha de molestarse en ser traidor.

—A pesar de todo eso...

—No lo perderé de vista, seré su sombra.

—Y también os ocuparéis en otro asunto del mayor interés.

—Espero vuestras órdenes.

—Venid, que en casa hablaremos más sosegadamente.

—¿He de dejar al hidalgo?

—Ahóra es preciso.

—Vamos, pues.

Retrocedió el abate.

Lo siguió el esbirro.

Llegaron á la morada del primero, y entraron.

Felicitábase Culebrina porque se había librado de que se descubriese su mentira y su traición, como fué muy fácil que sucediera.

Florentín dió algunos paseos por la habitación.

Luego se detuvo y dijo:

—Amigo Culebrina, mi situación es grave, muy grave, porque estoy rodeado de traidores.

—Si los conocéis...

—Pues en eso consiste el mal, en que no los conozco, sino que veo los efectos de la traición.

—Si á vos os engañan, ¿qué harían conmigo?

—¡Ay!... Crees que soy muy astuto y perspicaz.

—Y todo el mundo cree lo mismo, porque de vuestra perspicacia habéis dado muchas pruebas.

—No digo que soy torpe; pero tengo un enemigo en mi propia naturaleza, el peor de los enemigos, mi buena fe, y cualquiera me inspira confianza. Por

eso he sufrido tantos desengaños. Te acuerdas de David?

—Aunque me hubiera olvidado de él, ahora me acordaría, por aquello que me dijisteis de ese hidalgo misterioso que tiene el mismo nombre del jorobado.

—Me parece, por lo que viendo estoy, que más convendría fijar la atención en ese hombre que en el señor Antolín.

—Eso nadie puede apreciarlo como vos.

—Tenemos además otro asunto, otra intriga de muchísima importancia y de la que tal vez dependa hasta mi vida.

—¿Señor abate!...

—No exagero, mi buen Culebrina.

—Creo que tenéis muchos enemigos sin otra razón que la de no haber querido transigir con injusticias.

—Ahora acabas de decir una gran verdad.

—Os empeñáis en ser escrupuloso...

—Ante todo quiero tener tranquila mi conciencia. ¿Qué me importa que el mundo me acuse? Esta vida es pasajera y después viene la eternidad.

Aquellos dos hombres que más de una vez habían concertado crímenes los más horribles, hablaban así como si fuera posible que se engañasen.

—Pues aquí me tenéis á vuestras órdenes y dispuesto á arrostrar todos los peligros para cumplir mi deber, mi primer deber, que es servirlos.

—Gracias, hijo, gracias. Es muy consolador encontrar corazones leales.

—Decidme lo que he de hacer.

—Por de pronto poca cosa, para la que no necesitas más que actividad y alguna habilidad.

—Entonces...

—Escúchame.

—Decid.

—Inmediatamente buscarás una casa con tales condiciones, que permita tener encerrada á una persona sin que pueda escaparse ni haya peligro de que su voz llegue á oídos de quien pueda favorecerla.

—Entiendo.

—Convendría que esa casa estuviese lo más cerca posible de la calle de Puerta Cerrada, bien hacia un lado ó hacia otro.

—¿Qué más?

—Por supuesto que los vecinos...

—Todos estorban.
 —Eso es.
 —Y esa casa la alquilaré á mi nombre.
 —Muy bien.
 —¿Y pondré en ella algunos muebles?
 —Poco se necesita.
 —Una cama, dos ó tres sillas y una mesa.

—Y lo que pueda ser útil á la persona que vigile.

—Será probable que tengamos que encerrar á esa persona en la cueva, á menos que la casa tenga algún aposento interior de buenas condiciones para el caso.

—Vales mucho, Culebrina — dijo el abate, que aquel día tuteaba al esbirro como para manifestarle cariño y honrarlo.

—Nada valgo, señor; pero mi voluntad es mucha, cuando se trata de ser viros.

—Voy á darte dinero porque lo necesitarás.

—Poco, señor.

—Quiero que te sobre, y esto nada tiene que ver con la recompensa.

—No hablemos de eso, porque al ser viros cumplo mi obligación y nada más.

Florentín entregó al esbirro algunas monedas de oro.

La conversación había terminado.

Despidióse Culebrina, haciendo mil protestas de lealtad y prometiendo cumplir inmediatamente las órdenes que acababa de recibir.

Cuando estuvo en la calle, y mientras se encaminaba hacia la plazuela de Santo Domingo, decía para sí:

—El negocio marcha bien y no puedo quejarme de la fortuna, pues el abate me recompensa por un lado, fray Tadeo por otro y también el señor Antolín me ha dado pruebas de liberalidad; y además Trifón me obsequia siempre que voy á su casa y aún espero que algún día el poderoso don Martín de Quiñones se empeñe en recompensarme también con la largueza que debe hacerlo un hombre de su clase. ¿A quién quiere encerrar Florentín? ¿Será tal vez la víctima la esposa del señor Jacobo? Me parece que sí, porque el abate no puede olvidarla.

Bien pronto llegó el esbirro á la calle

de Atocha y entró en el convento de Santo Tomás, encontrando al dominico en su celda.

—¿Qué ocurre?—preguntó éste.

—No lo entiendo muy bien, reverendo padre; pero me parece que algún nuevo golpe se intenta y golpe de muchísima importancia.

—¿Seguís espíando al señor Antolín?

—A todas horas.

—¿Y por qué lo habéis dejado?

—Porque tengo que cumplir otras órdenes del señor abate.

—No adivino qué más puede querer.

—Me ha buscado, he ido con él á su casa, se ha quejado de los muchos traidores que le rodean, y ha concluido por mandarme que busque y alquile una casa de buenas condiciones para tener á una persona presa.

Fray Tadeo, que se paseaba según su costumbre, se detuvo y fijó una mirada luego se contrajo su frente.

—Encerrar una persona... ¿Quién puede ser?

—He supuesto que la víctima es...

—No pronunciéis su nombre — interrumpió vivamente el dominico penetrante en el esbirro.

Y otra vez empezó á pasearse.

Inclinó sobre el pecho la cabeza y cruzó los brazos.

Largo rato pasó sin que pronunciase una palabra.

¿Había adivinado lo que se proponía Florentín?

No era posible que lo adivinara con detalles, pero si tuvo la seguridad de que Isabel era la víctima.

Si el dominico lograba parar aquel terrible golpe, á la infeliz Isabel le parecería poca toda la gratitud, y escasa le parecería también á Quiñones toda recompensa.

El verdaderamente afortunado era fray Tadeo, porque con la protección de don Martín, podría ver satisfecha en poco tiempo su ambición.

El servicio que acababa de prestarle Culebrina, era de la mayor importancia.

—¿Ya habéis cumplido esa orden?—preguntó el fraile después de algunos minutos.

—Ni la cumpliré sin que me deis vuestra licencia.

—Pues ya la tenéis.
—¿Y después?
—Vendréis para llevarme á la casa que ha de servir de prisión, y que yo la examine.

—Comprendo.

—Nada más ahora, hermano Culebrina.

—Pues voy á ponerme en movimiento.

—En las cercanías de Puerta Cerrada no encontraréis casa á propósito si no pasáis al otro lado de la calle de Segovia.

—En la Morería.

—Por allí es fácil.

—Reverendo padre que Dios os dé salud.

—Cuando hayáis cumplido esta orden os entregaré cincuenta ducados.

—¡Cincuenta ducados!—exclamó el esbirro, cuyos ojos brillaron con el fuego de la codicia.

—Sí.

—El abate me ha dado algún dinero.

—¿Y qué me importa?

—Os lo digo...

—No necesito saberlo.

—Vuestra generosidad...

—Que el cielo os bendiga.

Besó el esbirro muy respetuosamente la diestra del fraile y salió.

No debía descansar hasta que hubiese cumplido la orden.

—Reverendo padre...

—A las once de esta noche me esperaréis en la plaza del Arrabal.

Más de una casa encontraría con las condiciones necesarias para el objeto.

Pensaba en los cincuenta ducados, que en aquella época eran una cantidad de importancia, y así le sobraban fuerzas para moverse sin cesar.

El sol acababa de ocultarse.

Sonaron las campanas con el toque de *Angelus*.

Culebrina llegó á la puerta del convento se detuvo para quitarse el sombrero, rezar con apariencia de fervor, y decimos apariencias, porque era un bribón que lo mismo llamaba á Dios que al diablo.

Luego entró.

Lo conocían demasiado bien y nadie le preguntaba ni le estorbaba el paso.

Aún estaba en su celda fray Tadeo,

que dijo al ver á Culebrina:

—No os habéis descuidado.

—Y todo está hecho, reverendo padre.

—¿Y habéis llevado muebles á la casa?

—Algunos, los más precisos para las necesidades de la vida.

—Esperad.

El dominico abrió un arca, y á los pocos momentos ponía en las manos del esbirro los cincuenta ducados.

—No tengo otra cosa que hacer.

—Y no os impacientaréis.

—Descuidad.

—Os prevendréis con una linterna, porque si yo no la llevo...

—No es menester.

—Os advierto que cambiaré de ropa.

—Os conoceré aunque os disfracéis.

—Al acercarme os diré estas palabras: «aquí tenéis á quien esperabais.»

—¿He de colocarme tras de una esquina ó en el hueco de alguna puerta?

—Al pie de la cruz, porque así evitaréis haceros sospechoso.

—Está bien.

—Y hasta nueva orden, ni os ocuparéis del señor Antolín, ni veréis á mae-se Trifón.

—Cenaré en un bodegón cualquiera.

—Es lo mejor que podéis hacer.

—¿Nada más?

—Nada por ahora.

—Pues hasta luego y que Dios nos proteja, porque favorecemos la justicia.

—No lo dudéis.

Culebrina salió.

El dominico se entregó á las reflexiones á que daba lugar la situación.

CAPITULO XXIII

EL ENCIERRO

Antes de las diez llegó Culebrina á Puerta Cerrada, ocultó la linterna y se acercó á la cruz.

Con la espada en la diestra, porque en aquellos tiempos era menester estar constantemente prevenido durante la noche, quedó como una estatua.

No transcurrieron muchos minutos cuando apareció, envuelto en negra capa, un hombre, cuyos pasos no producían el más leve ruido.

—Me parece que es éste—pensó Culebrina.

No se equivocó.

El embozado se acercó á la cruz y dijo:

—Aquí tenéis á quien esperáis.

—Vuestra exactitud no me sorprende—respondió el esbirro.

—Sin la exactitud nada puede hacerse en estos asuntos.

—Es verdad.

—¿Ninguna novedad ha ocurrido?

—Ni he visto á vuestro compañero, ni he vuelto á la hostería.

—Muy bien.

—¿Vamos ya?

—Sí.

—Por aquí.

—Ahora, dejad oculta la luz.

Atravesaron la irregular plazuela.

Entraron en la calle de Segovia.

Pocos minutos después se encontraron en la plazuela del Alamillo.

Estaban en la Morería, por cuya calle, llamada Real, siguieron tan silenciosamente como antes.

Ni el más leve rumor se percibía, ni alma viviente transitaba por allí.

¿Quién hubiera creído que uno de aquellos dos hombres era un fraile, y por añadidura inquisidor?

Su espada llevaba también fray Tadeo, y en caso de necesidad hubiera hecho de ella el mejor uso, porque sabía manejarla muy bien.

Volviéron á la izquierda.

Por otra más estrecha calle se metieron.

—Aquí es—dijo por fin Culebrina.

—¿Y para qué me lo decís?

—Perdonad.

Detuviéronse.

El esbirro sacó una llave, abrió la puerta de una miserable casa á la malicia, y entraron.

Entonces descubrió la luz.

Encontrábanse en un pasillo estrecho, largo, húmedo, con paredes ennegrecidas y desconchadas.

Fray Tadeo envainó su espada, abrió otra linterna sorda de que iba provisto y examinó detenidamente la puerta, las paredes, el techo y el suelo.

—Está bien—murmuró.

Dieron algunos pasos.

Entraron en un aposento que tenía una pequeña ventana con reja que daba á la calle.

El dominico miraba á todos lados y meditaba.

Fijaba la atención hasta en los menores detalles.

—¿Por qué no habéis puesto siquiera una silla?

—No he creído necesario...

—Lo es.

—Se pondrán no una sino dos.

—Esta puerta puede abrirse por este lado sin necesidad de llave.

—Ciertamente.

—Pondréis un cerrojo por el lado del pasillo.

—Me parece que no será en esta habitación donde el abate encierre á su víctima.

—Lo supongo así: pero pondréis el cerrojo.

—Lo haré.

—Vamos.

Al pasillo volvieron y entraron en otra habitación que no tenía ninguna ventana.

Allí había una cama pobre, aunque limpia, dos sillas y una pequeña mesa.

Lo miró todo el fraile.

—Para esta puerta—dijo—se necesitan dos llaves.

—Comprendo.

—Una me la entregaréis.

—En vuestro poder quedará á las nueve de la mañana ó antes.

—Continuemos.

Y volviendo al pasillo, entraron en la tercera y última habitación, que era la cocina.

Allí había un banquillo, un jergón y algunas vasijas.

Lo mismo que en las demás habitaciones, fray Tadeo lo miró todo con atención profunda.

—¿Qué más?—preguntó.

—Ya habéis visto toda la casa.

—¿No tiene corral, ni patio, ni cosa parecida?

—No, reverendo padre.

—Está bien.

—¿Os parece que siquiera medianamente he acertado?

—Estoy satisfecho.

—Me felicito.

—Otra llave me habéis de dar de la puerta de la casa.

—La tendréis también.

—Pues he concluido.

No hablaron entonces más.

Salieron.

Felizmente atravesaron otra vez las calles hasta la de Tentetieso, en cuya embocadura se detuvo el dominico diciendo:

—¿Os vais por aquí?

—Ya lo veis, señor Culebrina—replió el fraile con alguna aspereza.

—Me perdonaréis...

—Perdonado estáis.

—¿No queréis que os acompañe?

—¡Oh!... Debo reconocer mi torpeza.

—Es que en estos momentos os ciega un poco la vanidad, porque habéis creído hacer una gran cosa con lo que habéis hecho.

—No es eso, reverendo padre, sino que algunas veces nuestro entendimiento se ofusca sin que sepamos por qué.

—Tened entendido que no hay efecto sin causa.

—Ciertamente, pero...

—Pensad en lo que más iré esa.

—En las órdenes que me habéis dado.

—Os advierto que el señor Antolín no puede saber lo que está sucediendo en esta intriga.

—Por mí no lo sabrá; pero si el abate lo busca para que le ayude...

—No hará semejante cosa.

—Entonces...

—Tampoco ha de saberlo maese Trifón.

—¿Y puedo verlo?

—Eso sí.

—Porque esta noche no tengo nada que hacer y puedo pasarla mejor en la hostería que en ninguna otra parte.

—Hacedlo y allí cenaréis por segunda vez, y quizás la tercera en compañía del hidalgo.

—Todo es posible.

—Que Dios os bendiga.

—Reverendo padre, soy vuestro servidor más humilde y más fiel.

Se separaron.

El esbirro siguió calle de Segovia arriba diciendo para sí:

—Me parece que en este asunto cada cual busca su conveniencia, y el domi-

nico el primero; pero no me importa mientras mi bolsa se llene y no me amenace ningún peligro. Al amanecer me ocuparé de las dos llaves, luego veo á fray Tadeo, y más tarde iré á visitar al zorro de Florentín, que es el más bribón entre todos los bribones.

Llegó Culebrina á la puerta del Sol, y poco después entraba en la hostería para cenar por segunda vez, y quizás para emborracharse á costa de Trifón, y dormir descuidadamente.

CAPITULO XXIV

FRAY TADEO TIENE QUE RECONOCER LA SUPERIORIDAD DE DON MARTÍN

Por la calle de Tentetieso subió el dominico, llegando bien pronto á la de Puerta Cerrada.

Una vez allí se detuvo, volviéndose, miró por si Culebrina se había dejado llevar de la curiosidad, y cuando se convenció de que nadie lo seguía, dijo:

—Continuemos.

Cinco minutos después llamaba á la puerta de la suntuosa morada de don Martín de Quiñones.

La puerta se abrió, presentóse un criado y le preguntó al fraile:

—¿Qué queréis, caballero?

—Ver á don Martín.

—Mala hora es ésta.

—Llamad á su criado Juan, y veréis como no es mala hora.

—Me parece que ya debe estar en la cama mi noble señor.

—Se levantará.

El portero miró de piés á cabeza al dominico, pero no pudo verle el rostro porque lo tenía oculto con el embozo y el sombrero.

—Sí, llamaré á Juan.

—Esperaré.

En el anchuroso portal entró fray Tadeo.

Bien pronto se presentó el que era más que criado, confidente de don Martín de Quiñones.

Entonces el fraile bajó el embozo.

—¡Ah!—exclamó Juan.

—No me esperabais...

—¡Vive el cielo!... ¿Quién había de

esperar vuestra visita?... Y á estas horas...

—Y en esta guisa, ¿no es verdad?

—Es lo que menos me sorprende.

—Acaban de decirme que don Martín...

—Venid, venid, que vais á verlo inmediatamente.

Empezaron á subir la anchurosa escalera.

—¿Qué ocurre?—preguntó el criado.

—Que nuestro enemigo no quiere dejarnos en paz.

—Doña Isabel! tiene razón, y yo también la tengo, sin más diferencia que la de que ella quiere remediar el mal huyendo, y á mí me parece que el remedio mejor es retorcer el pezcuezo á Florentín.

—Todo presenta sus inconvenientes.

—Mi señor hará lo que siempre hace, mostrarse generoso, y algún día tendremos que sentir.

—Por mi parte no quiero la responsabilidad de ninguna determinación, y me concreto á ayudar á vuestro señor en cuanto me sea posible.

Algunas palabras más cruzaron.

Juan y fray Tadeo entraron en una cámara donde estaban don Martín y el huérfano.

—¡Ah!—exclamó éste al ver al dominico—. ¿Qué nueva desdicha nos amenaza, para que vengáis á estas horas y disfrazado?...

—La situación debe ser grave.

—Explicaos.

—No os impacientéis, señor David, pues ya sabéis que vuestra impaciencia os ha costado cara alguna vez. Aprovechad las lecciones de la experiencia y pensad que si aquella noche inolvidable hubierais sabido dominaros, la situación sería mucho más ventajosa, porque al lado de su madre se encontraría ya la inocente niña, cuya existencia es hoy el arma terrible con que nos amenaza Florentín, y nada tendríamos que temer.

—¡Oh!...

—Dominaos y escuchad—le dijo don Martín al huérfano—. A mí no me sorprende la visita de fray Tadeo, ni ha de sorprenderme nada de lo que intenta Florentín. ¿Habíais creído que nos dejaría en paz? Si hubiera renunciado

á sus criminales propósitos no tendría ya en su poder á la hija del señor Jacobo. Sentaos, reverendo padre, y hablad.

—No es mucho lo que esta noche puedo deciros; pero tiene bastante importancia.

—La tiene todo en nuestra situación.

—Florentín ha determinado renovar la lucha y dar un golpe decisivo.

—Mucho me alegraría, porque acabáramos de una vez, pero tened entendido que hará de manera que si no triunfa pueda continuar cuando la ocasión le parezca oportuna.

—Por de pronto ha encargado á un miserable que le sirve, que le busque una casa de condiciones á propósito para servir de encierro á una persona.

Dos centellas se escaparon de los ojos de David.

Su frente se contrajo más de lo que estaba, y su mirada se tornó profundamente sombría.

Juan desplegó una leve y maliciosa sonrisa; pero no quiso tomar parte en la conversación.

—Bien—dijo Quiñones—, se trata de un rapto.

—Ni más ni menos.

—Y nuestro enemigo quiere hacer con la madre lo que ha hecho con la hija.

—Así parece.

—Lo que no comprendo—dijo David—, es que ese malvado se tome la molestia de buscar un encierro, cuando dispone del que le sirve para la pobre niña, y esto me hace sospechar...

—¿Qué?

—Quizás la inocente criatura ya no existe—repuso el huérfano con creciente exaltación.

—Es posible, pero no probable.

—Y con la vida de esa criatura nos amenaza ese miserable, y nosotros...

—Señor David, callad, porque si dejamos que vuele la imaginación por el campo de las suposiciones, ni acabaríamos de entendernos, ni conseguiríamos hacer nada que diese un buen resultado.

Hizo David un gesto de desesperación y guardó silencio.

Don Martín fijó una mirada escudriñadora en el fraile, y le dijo:

—Ante todo deseo saber si es hombre

astuto el encargado de buscar esa casa.

—Lo ignoro.

—Pues si no lo conocéis...

—Abrigo la esperanza de averiguar quién es—dijo el fraile sencillamente.

—¿Cómo ha llegado á vuestra noticia el intento de Florentín?

—Me lo ha dado á entender una persona que ha escuchado la conversación.

—Perdonad, reverendo padre, pero eso es algo obscuro.

—La obscuridad es de la situación—dijo fray Tadeo, eludiendo así muy hábilmente responder con la claridad y franqueza que debía.

—¿Puedo saber quién es esa persona?

Un momento, no más que un momento vaciló el fraile, y luego dijo:

—La criada que ahora tiene Florentín es una vieja, con la que no se puede contar más que en ciertas ocasiones, en ciertos momentos.

—Ya sabéis—repuso don Martín—que no me propongo satisfacer curiosidades.

—No lo ignoro, caballero.

—Y entre nosotros, y tratándose de este asunto, tenemos la obligación de hablar con franqueza, diciendo todo lo que sentimos, todo lo que sabemos, todo lo que pensamos.

—Señor de Quiñones...

—Ni os acuso, ni me quejo.

—Vuestras palabras...

—Digo lo que se me ocurre con toda claridad y como siempre lo hago.

—Y yo...

—Perdonad, pero me parece que no debemos pasar el tiempo en réplicas inútiles. Volvamos á la cuestión. Quedo enterado de que habéis tenido la fortuna de saber hasta cierto punto los nuevos planes de Florentín, y que los habéis conocido, no porque tengáis medios para averiguarlo, sino porque os ha favorecido una casualidad.

—No tanto, caballero—repuso el dominico, que empezaba á sentirse contrariado.

—Pues no he comprendido bien.

—Es claro que si yo no contase con la criada de Florentín, nada me hubiera dicho.

—Pero á medias, en ciertas ocasiones, en ciertos momentos...

—Y el mérito es aprovechar esas ocasiones.

—Nada me habéis dicho de semejante mujer, á pesar de la mucha importancia que tiene contar con un espía que vive bajo el mismo techo de nuestro enemigo.

—Aún no hace tres días que una casualidad feliz me puso en relaciones con la vieja.

—Continuad, pues.

—Ella nunca ha visto al hombre que fué á buscar al abate y recibió la orden de arreglar el encierro.

—¿Y qué más?

—¿Os parece poco?

—Me parece mucho, reverendo padre; pero no lo suficiente para defendernos.

—Y nosotros estaremos prevenidos; pero lo que más importa es saber cómo piensa Florentín realizar sus planes. Cuando tenga la casa donde ha de encerrar á la esposa de Tordesillas, ¿qué hará?

—Si no conseguimos averiguar de qué medios piensa valerse, nos contentaremos con saber lo demás.

—¿Y lo sabremos?

—No me atrevo á responder afirmativamente, porque Dios sabe si ese hombre volverá otra vez á casa de Florentín, ó si lo buscará en el tribunal, ó si la criada tendrá ocasión de escuchar otra vez, pues hay que tener en cuenta que el abate es demasiado astuto y no se le engaña fácilmente.

Don Martín miró al fraile de piés á á cabeza, y luego, dirigiéndose á Juan, le dijo:

—Acércate.

El criado obedeció.

—Siéntate—añadió Quiñones.

—Señor...

—Cuando yo mando, se obedece, y los que son mis amigos como tú lo eres...

—Perdonad, acabo de cometer una torpeza, como la comete todo el mundo.

—Quiero conocer tu opinión sobre lo que acabas de oír, y particularmente sobre lo que ha dicho Fray Tadeo.

—Señor, no puede decirse todo lo que se piensa.

—Tú puedes decírmelo todo.

—Pero...

—Si me desagrada, tendré paciencia,

y si no le gusta al reverendo padre, lo sufrirá por mí.

—Pues bien—dijo el criado—. mi opinión es que fray Tadeo, y, perdóneme su carácter sagrado, acaba de decir alguna verdad y muchas mentiras.

Sonrió levemente don Martín.

—Padre mío, divagamos otra vez.

—Volvamos, pues, á la cuestión.

—Quedamos en que seguiréis en relaciones con la criada del abate.

—Sé que al señor David lo substituyó una vieja; pero ni de vista la conozco.

—Entonces...



Si os empuñáis en no dejarnos sosegar, os pondremos una merdaz. (Pág. 103)

La frente del huérfano se contrajo.

El dominico no dió la más leve muestra de disgusto, sino que por el contrario, desplegó también una sonrisa maliciosa, y dijo con la más perfecta calma:

—Si lo que está sucediendo me sorprendiese, sería yo el más estúpido de los hombres. Claro es, don Martín, que mucho valéis, porque de otro modo no hubierais podido hacer lo que habéis hecho. ¿Cómo pudisteis sostener una lucha con Felipe II? Porque no os parecéis á ningún hombre.

—¿Y qué deducís de todo eso?

—Nada, don Martín, nada.

—Entonces...

—Permitid que manifieste mi admiración al ver como sin hablar, sin cruzar siquiera una mirada os ponéis de acuerdo con vuestro criado, y cómo adivináis lo que siente y él lo que vos pensáis.

—Eso prueba...

—Que tengo mis vanidades como toda criatura, y alguna vez me hago la ilusión de que puedo levantarme á vuestra altura.

—En lo que hemos quedado lo ha dicho Juan, y como no quiero más farsas ni más mentiras, sino servirlos; porque así me conviene, os diré la verdad.

Volvió á sonreír maliciosamente Quiñones.

El dominico añadió:

—Era mío y lo es en cuerpo y alma un esbirro del tribunal á quien el señor David conoce lo mismo que á todos.

—¿Su nombre?

—Culebrina.

—¡Ah!...

—De su lealtad y de su astucia me dió pruebas cuando la hija de Jacobo estaba á cargo de Justina, y ahora...

—Ese hombre ha recibido el encargo de buscar la casa para encerrar á la infeliz esposa de Tordesillas.

—Esto es otra cosa.

—La casa está buscada, vengo de verla, de examinar detenidamente y de dar á Culebrina algunas órdenes, y mañana temprano estarán en mi poder dos llaves que he pedido. ¿Queréis más claridad, más franqueza, más verdad?

—Basta padre.

—Acabáis de prestarme un gran servicio, y bien pronto tendréis la prueba de que sé agradecer.

—Don Martín...

—Pensabais hacer vos solo lo que todos debemos y queremos hacer, suponiendo que así resultaría mayor el servicio y yo me consideraría doblemente obligado.

El dominico guardó silencio.

—Os equivocasteis —añadió Quiñones—, porque yo agradezco más la franqueza que el servicio, para mí las intenciones tienen mucho más valor que los hechos.

—¡Oh!... He cometido una torpeza...

—No os pese, reverendo padre.

—¿Queréis ver á Culebrina?

—Vos seguiréis entendiéndoos con él, y así mantendréis vuestro prestigio. Ofrecedle dinero, dádselo á manos llenas para que sea imposible que otro lo compre.

—Ya os dije que Culebrina es el encargado de espiar al señor Antolín.

—Y en relaciones con Juan se ha puesto.

—Pero me parece que el hidalgo no debe entender en este asunto.

—Ni es menester.

—Estamos, pues, de acuerdo, y ahora...

—Dejadme meditar y hablaremos mañana.

El fraile se puso en pié.

Así, tan repentinamente, concluyeron la conversación.

Valían mucho aquellos dos hombres, y se conocían perfectamente..

—Dios os bendiga—dijo fray Tadeo.

—Buenas noches, reverendo padre.

Y Juan acompañó al dominico hasta la puerta de la calle.

CAPITULO XXV

LOS DESAHOGOS DE DAVID Y EL PLAN DEL CRIADO

Muy detenidamente conferenciaron Quiñones, David y Juan.

No podían entonces adoptar ninguna resolución, ni trazar plan alguno, porque ignoraban de que medios pensaba valerse Florentín para realizar su intento; pero sí convinieron en que no era prudente darle á Isabel aviso en seguida,

pues no se había de conseguir más que mortificarla y quitarle el sosiego con los temores del nuevo peligro.

Probado estaba que sus presentimientos no la engañaban, y que el abate no había renunciado á sus propósitos, sino que esperaba la ocasión oportuna.

Difícil era la empresa que el criminal intentaba, pues apoderarse de una persona, aunque sea una débil mujer, presenta más obstáculos que matarla.

Hasta entonces, según se veía, no había contado el abate con Culebrina, más que para lo de proporcionar el encierro.

Desalmados habían de sobrarle para hacer lo demás; pero consideraban don Martín y su criado que no era bastante disponer de mucha gente, sino que se necesitaba también un traidor que representase un doble papel.

A intrigas de este género estaban sobradamente acostumbrados aquéllos dos hombres, y no necesitaban cavilar mucho para saber lo que en tales casos era preciso.

—Señor—decía Juan—, no lo dudéis, un traidor hay al lado de doña Isabel.

—Mucho lo temo.

—Y con ese traidor cuenta Florentín, pues de otra manera no se hubiera atrevido á lo que se atreve. Está visto que como inquisidor nada quiere hacer, puesto que busca una casa para encierro, cuando tiene los calabozos del Santo Oficio.

—Eso es indudable.

—¿Cómo ha de apoderarse de su víctima, si no hay al lado de ésta, en su misma casa, un traidor que preste auxilio al criminal? Es muy raro que doña Isabel salga sola, y cuando lo hace es en medio del día, y para andar algunos pasos desde su casa á la nuestra.

—No te equivocas.

—Ahora, señor, adivinad quién puede ser ese traidor.

—¿Tú lo adivinas?

—Sí, y más de una vez he dicho que no me fiaba de Catalina.

—Es posible—murmuró don Martín.

—En cuanto á Matías, respondo de su lealtad, porque la honradez la lleva pintada en el semblante, y vos que tan buen golpe de vista tenéis para conocer á los hombres, opinaréis lo mismo que yo.

—Sin embargo, he querido convencer-

me y hecho algunas pruebas para saber si Matías es codicioso, convenciéndome de que mira el dinero con la más fría indiferencia.

—Una razón más para que sea fiel.

—Tampoco es propenso á cierta clase de pasiones, y por consiguiente sería inútil que le pusiesen el incentivo de una mujer bonita.

—No conseguirían nada, ya lo sé.

—El vino le repugna y no es posible emborracharlo para trastornar su razón, y á pesar de toda su sencillez, y de que es un buen católico, no es fanático.

—Discurrís bien, mi querido Juan.

—De la avaricia de Catalina tengo pruebas, porque un día como por casualidad, saqué mi bolsa y esparcí sobre una mesa muchas monedas de oro, poniéndome á contarlas.

—Entonces su semblante...

—Le relumbraron los ojos, como relumbran los de un gato, y la ví agitada, y sin poder contenerse, ya que otra cosa no le era posible hacer, mientras me hablaba, y yo contaba, ella palpaba las monedas y parecía que las acariciaba como una madre puede acariciar á sus hijos.

Todas estas observaciones prueban más y más la astucia del criado.

—Ya se vé—añadio—, muchas veces lo he dicho y nadie ha querido hacerme caso.

—Ahora saldremos de dudas.

—Pero debéis reconocer, mi noble señor, que la prueba ha podido costarnos muy cara, y aunque no sabemos lo que sucederá, si bien espero que con la ayuda de Dios nos burlaremos de Florentín como nos hemos burlado de otros muchos bribones.

—¿Y cual es vuestra opinión, señor David?—le preguntó Quiñones al huérfano.

—No tengo ninguna, porque me trastorna la ira. ¿Qué podemos hacer? Evitaremos que este nuevo abuso se consume; pero entre tanto esa madre infeliz se quedará sin su hija, y no podemos imponerle al criminal el castigo que merece. La situación es siempre la misma, siempre horrible, y mi última esperanza se ha desvanecido, y acabará por matarme la desesperación, porque soy impotente para hacer dichosa á la sublime

mujer á quién amo como amé á mi madre.

—Sois pesimista, señor David.

—¡Oh! ¿Qué hemos conseguido?... El triunfo es nuestro en cada una de estas luchas parciales que entablamos; pero es un triunfo ilusorio y la prueba la tenéis en que cada vez estamos peor. Antes sabíamos que era fácil encontrar al señor Jacobo de Tordesillas, y ahora es imposible; antes la inocente niña estaba á mi lado, y si no tenía las caricias de su madre, podía consolarse con las mías, y yo vigilaba á todas horas, yo endulzaba su triste situación en cuanto endulzarla era posible, y mientras á mi lado estuviese, yo tenía la esperanza de devolverla á su madre, aunque fuese arrojando los mayores peligros; pero ahora ignoramos donde se encuentra, ni siquiera tenemos la seguridad de que vive, y en vez de consuelos, de caricias, sufrirá el tratamiento más horrible, porque estará en poder de alguna arpía sin entrañas como la vieja Justina.

—Por desgracia todo eso es verdad.

—Dios ha querido que la infeliz á quién doy el nombre de madre, recobre el tesoro perdido; ¿pero acaso el oro puede aliviar su dolor? Por el contrario, ese oro es un tormento más, porque llena de amargura su alma cuando la infeliz considera que su esposo, que tanto ha trabajado y tantas privaciones ha sufrido, que su adorada hija, que siempre ha vivido en la pobreza, podían disfrutar de muchos goces y ser felices. Vos miráis lo presente, y yo pienso en lo porvenir.

—Yo también; pero me callo.

—Y lo porvenir es más horroroso que lo presente. Burlado quedará el criminal intento de Florentín; ¿qué habremos conseguido? Dentro de algunos días mi pobre madre se encerrará en una celda donde se consumirá su vida, sufriendo lo que no ha sufrido ninguna criatura. Y así pasarán los años, y tal vez algún día el señor Jacobo, agobiado por la vejez y envenenada el alma con todas las amarguras, venga y no encuentre más que la fría losa que cubre el cadáver de su esposa adorada. Y quizás también su pobre hija vive, y educada, extraviada por su verdugo, sin conocimiento del mundo, sin saber distinguir entre lo bueno y lo malo...

—Callad, señor David, que es demasiado horrible lo que estáis diciendo.

—¿Y por qué no hemos de decir lo que pensamos? ¿Y qué conseguimos con callar? Vuestros temores son iguales á los míos. No os hacéis ilusiones, no abrigáis esperanzas...

—Os equivocáis.

—¡Ah!...

—Tengo fe en la justicia divina.

—Y sobre todo—replicó David con amargura—, tenéis buenos deseos.

—Esta noche...

—Estoy lo mismo que siempre.

—Pensáis mucho en lo porvenir para atormentaros, pero no para ser previsores.

—Confieso que todo lo esperé del abate, menos lo que ahora intenta.

—¿Y por qué se atreve? Vuestra es la culpa, de doña Isabel y de Leandro. Volvisteis de París, y cuando teníais tanto y tan serio en que pensar, os ocupasteis de una tontería, de lo que el mundo pudiera decir, al ver que vivían en la misma habitación una mujer joven y hermosa y dos hombres que no eran sus parientes: y llevando los escrúpulos hasta la exageración, buscasteis otra casa y dejasteis á la que tanta protección necesitaba, sin más defensa que la de un criado.

—Os opusisteis...

—Y el tiempo me ha dado la razón; pues si en compañía de doña Isabel vieseis, no hubiera pensado el abate en apoderarse de ella.

—Aún podemos...

—Ya es tarde.

—Mañana mismo...

—¿Y para qué, si dentro de pocos días se irá á (un convento)?

—¡Oh!...

—Además, ya que la ocasión se nos presenta para mortificar á Florentín, debemos aprovecharla.

—Esa es mi opinión—dijo el criado.

—Trazaremos, pues, un plan, poniéndonos de acuerdo con el fraile.

—Y será preciso decirle á doña Isabel lo que se prepara.

—Sí.

—Nos ayudará, no lo dudéis, porque... Se interrumpió Juan, reflexionó algunos momentos y luego dijo:

—Me ocurre una buena idea; pero...

—Explicáte.

—Doña Isabel debe dejarse encerrar.

—Y luego...

—El abate exigirá lo mismo que siempre, y ella fingiendo, primero que duda y que al fin le faltan las fuerzas, prometerá ceder con una condición.

—¿Qué consiste...

—En que le devuelva su hija.

—¡Ah!...

—Y como á Florentín le importa lo mismo tener á la niña en un encierro que en otro, se la llevará á la madre, pedirá el cumplimiento de la promesa, y nosotros, que estamos prevenidos...

—¡Bien, Juan, muy bien!—exclamó David entusiasmado.

—Para representar la farsa tendrá que sufrir mucho daño Isabel; pero bien puede hacer eso y mucho más para recobrar su hija.

—Y lo hará.

—Entonces...

—Mañana temprano veré á mi pobre madre.

—Y yo entre tanto esperaré á fray Tadeo.

—Y perfeccionaréis el plan.

Era este bastante ingenioso, y parecía de seguro resultado.

Terminaron la conferencia, y David se despidió y se fué para hablar del suceso con Leandro y para dormir, si le era posible conciliar el sueño.

CAPITULO XXVI

COMO SE REALIZÓ EL PLAN DEL ABATE

Florentín, después de mucho cavilar, adoptó la resolución más sencilla, el plan que presentaba más facilidades y ofrecía menos peligros.

Las violencias, de cualquier modo que á cabo se llevasen, presentaban el inconveniente de la resistencia que había de oponer la víctima, y el de los gritos de ésta y el escándalo consiguiente.

Nada, pues, de violencias, nada ruidoso: en vez de la fuerza, la astucia, la farsa y el engaño.

Muy detenidamente conferenció el abate con Culebrina, pues éste era la única persona que entonces le inspiraba confianza, y era además ingenioso, hábil y audaz y conocía la intriga.

El esbirro aprobó el plan, y aun lo perfeccionó en algunos detalles, prome-

siendo buscar la gente que necesitaba y ejecutarlo todo sin vacilar.

—Y claro es—dijo Culebrina—, que el papel de esbirro de la Inquisición he de representarlo bien, y no temo que mis auxiliares cometan ninguna torpeza, porque no han de hacer más que obedecerme. Tampoco temo indiscreciones, porque como los que han de servirme me conocen muy bien, saben que una traición les costaría muy cara.

—Estamos de acuerdo—respondió Florentín.

—Para nada pronunciaré vuestro nombre, pues no es menester, y por consiguiente quedaréis libre de toda responsabilidad.

Todo esto agradó mucho al abate, que cuando estuvo solo, dijo:

—Voy viendo que este hombre vale más de lo que yo creía, y ya tengo la seguridad del triunfo. ¿Resistirá Isabel? Ha luchado mucho, sus fuerzas deben haber menguado, y además, no podrá resistir á la última prueba que pienso hacer.

La prueba de que hablaba el criminal era la más horrible, pues era atormentar á la niña en presencia de su madre, teniendo á ésta bien sujeta.

No era posible que resistiese, porque hay pruebas que son superiores á las fuerzas de la criatura, superiores á la voluntad más firme.

Isabel tenía valor para todo; pero debía faltarle para ver sufrir á su inocente hija.

Apenas se concibe tanta maldad.

También conferenció el abate con Catalina, le dió cien ducados y luego le dijo:

—Otro tanto tendréis cuando termine este asunto, y mi protección, y cuanto necesitéis.

—Espero vuestras órdenes.

—Matías nos estorba.

—¿Y qué haremos con él?

—Es preciso que mañana á la noche duerma con el sueño más pesado, ¿entendéis?

—Pues si nada más que eso hay que hacer, me parece muy fácil.

—¿Cómo?

—Haré un cocimiento de adormideras, y en lo que ha de cenar Matías...

—Perfectamente.

—Siempre su sueño es pesado.

—No importa.

—Pero así estaremos más tranquilos.

—¿Mandásteis hacer la llave?

—Y hoy me la entregarán, y en vuestras manos quedará mañana.

—Pues bien, cuando á cierta hora de la noche, tarde, oigáis llamar en la puerta del cuarto y os manden abrir en nombre del Santo Oficio, nada temáis, pero fingiréis tribulación, y abriréis, y nada más, buena Catalina, porque lo demás han de hacerlo otros, y para que de vuestra lealtad nadie sospeche, cuando todo haya concluído, correréis á dar parte del suceso á don Martín de Quiñones.

—Bien pensado me parece.

—Que Dios os dé acierto, Catalina, porque vuestra fortuna depende de este asunto.

—En Dios confío.

Así quedó todo preparado.

Ni los unos ni los otros veían peligros, y sin embargo para todos los había.

Todos creían seguro el triunfo, y para todos era muy dudoso.

No había contado Florentín, porque no podía contar, con la traición de Culebrina.

Nuestros amigos no habían contado quizás con las circunstancias imprevistas, que trastornan los planes mejor combinados.

Tal vez el resultado sería que la infeliz Isabel tuviera que soportar otro sufrimiento.

Ningún inconveniente encontraron los unos ni los otros.

Florentín recibió oportunamente una llave para poder abrir la puerta de la casa donde Isabel vivía, y por consiguiente, los que debían cometer el abuso no tendrían que llamar sino en la puerta del cuarto, evitando así que se produjese más ruido del que convenía.

Después de comer, y como hacía casi diariamente, Isabel salió para visitar á la esposa de don Martín de Quiñones, y como Matías, cuando cerró la noche, empezó á dormitar, la traidora Catalina pudo con libertad completa preparar el cocimiento de propiedades narcóticas.

—A la hora de costumbre cenó Matías.

Una hora después volvió la esposa

de Jacobo en compañía de Juan, que se despidió y se fué sin detenerse.

El criado nada tenía ya que hacer y se acostó.

Catalina, en su aposento, se puso á coser.

La infeliz destinada para víctima tomó un libro y como hacía muchas noches empezó á leer.

Reinó en la casa un silencio profundo. De vez en cuando se percibía el ruido de las pisadas de algún transeunte.

Eran las diez y media, hora en que ya dormían casi todos los habitantes de Madrid.

Isabel dejó el libro, llamó á la criada y le dijo:

—Puedes acostarte, porque yo voy á hacerlo.

—¿Nada más tenéis que mandarme?

—Nada.

—Que Dios nos dé buenas noches.

Iba á salir Catalina cuando oyeron algunos golpes dados en la puerta del cuarto.

—¿Quién puede ser?—dijo con tono de extrañeza la esposa de Jacobo.

—Tal vez algún vecino que nos necesita.

—O alguna desgracia de mis nobles amigos...

—Pero...

—Volvieron á llamar.

—¿Qué hago?—preguntó Catalina.

—Averiguar quién es.

La criada salió y en voz bastante alta preguntó:

—¿Quién llama?

—Abrid—contestaron.

—Pero, ¿quién sois?

—El Santo Oficio.

—Un grito exhaló la criada.

Y como si se turbase profundamente, y no acertase á pedir licencia á su señora, ni se diese cuenta de lo que hacía, abrió.

Entraron tres hombres vestidos de negro.

Uno era Culebrina, que dijo gravemente:

—Doña Isabel de Linares, esposa de Tordesillas.

—¡Dios bendito!... Estáis equivocado..

—¿Acaso no vive aquí doña Isabel?

Esta salió del aposento, y fijó una

mirada profunda en aquellos hombres, y dijo:

—¿Qué queréis?

—Perdonad—respondió el esbirro—; pero tenemos que cumplir nuestro deber...

—¿Sois dependientes del Santo Oficio?...

—Sí.

—¿Y qué buscáis?

—Ya lo veis.

—Para qué.

—Mucho lo siento, señora, pero...

—Acabad.

—Habréis de seguirnos, porque así lo ha dispuesto el Santo Tribunal.

—Eso es incomprendible—replicó Isabel, cuya frente se contrajo.

—Nunca nos dan explicaciones, y por consiguiente...

—A estas horas, y...

—Se ha procurado hacer lo posible para que vayáis con el decoro que merece vuestra persona.

Isabel guardó silencio, y volvió á fijar la mirada en Culebrina.

La sirviente hacía mil gestos y contorsiones, y se oprimía el pecho y suspiraba, y miraba á todos lados con muestras de terror profundo y era su turbación la más completa.

—¡Divina misericordia!—exclamó—. Esto no puede ser... ¡El Santo Oficio! ¡Os habéis equivocado, porque mi noble señora... ¡Ay!... No sé lo que siento... ¿Y qué hace Matías?... Duerme mientras nos encontramos en este apuro... Esperad, porque voy á dar aviso á don Martín de Quiñones y cuando venga se determinará lo que ha de hacerse.

—Ni vos saldréis de aquí, ni nosotros esperaremos. Las órdenes que nos han dado son terminantes y tenemos que cumplirlas.

—Sí, las cumpliréis—dijo Isabel—, porque no cometeré la torpeza de agravar mi situación con una resistencia inútil.

—Pensáis muy cuerdamente, señora.

—Habéis venido á prenderme, ¿no es verdad?

—Sí.

—Pues os seguiré desde luego, si otra cosa no tenéis que hacer en esta casa.

—Nada más.

—Me permitiréis tomar un abrigo, y lo haré en vuestra presencia.

—No queremos llevar el rigor á tal punto, y cuando salgáis encontraréis junto á la puerta una silla de manos, porque no está bien que una señora como vos vaya entre esbirros y á pié.

—Tantos miramientos...

—Son una prueba de que no ofrece gravedad el asunto.

Isabel hizo un gesto de indiferencia y se encogió de hombros.

Catalina empezó á llorar.

Exhalaba lamentos desgarradores.

La esposa de Jacobo se envolvió en un ancho abrigo y le dijo á los dependientes de la Inquisición:

—Vamos.

El golpe estaba dado con la mayor facilidad.

No podía Florentín quejarse de la fortuna.

Salieron de la casa.

Había en la calle una silla de manos con los dos hombres que debían llevarla.

—Aquí, señora—dijo Culebrina.

Y en el estrecho vehículo, entró Isabel. La portezuela se cerró.

La comitiva se puso en movimiento.

Los dos miserables que representaban el papel de esbirros, colocáronse á los lados de la silla.

Culebrina iba delante con una linterna.

Los tres llevaban los aceros desnudos.

Bajaron por la calle de la Pasa.

La víctima fingió no apercibirse de que aquel no era el camino del Tribunal de la Inquisición.

Esto nada tenía de particular.

Llegaron á la calle de Segovia, la atravesaron y se internaron en el laberinto de la Morería.

Perdona, lector, porque en vez de seguirlos, tenemos que retroceder para ver si Catalina acababa de representar su papel con la misma habilidad que había principiado.

No dejó de llorar ni de exhalar lamentos cuando se llevaron á su señora, y fué á la habitación de Matías, llamándole y moviéndole rudamente.

El criado abrió los ojos y pronunció algunas palabras con voz oscurecida; pero no acabó de despertar.

—¡Desdichada de mí!—exclamó Catalina—, ¿qué haré?

Y después de aparentar dudas y vacila-

ciones, salió de la casa, corrió y llamó á la puerta de don Martín.

—¿Quién es?—preguntaron.

—Abrid—respondió—, que soy la criada de doña Isabel, y de su parte vengo.

Y la puerta se abrió inmediatamente.

Entró gimiendo y llorando Catalina y exclamó:

—¡Que la Virgen Santísima nos ampare! ¿Y vuestro señor? Necesito verlo ahora mismo...

—Venid.

No á la presencia de don Martín de Quiñones la llevaron, porque don Martín no estaba en su casa sino á la habitación donde se encontraba la esposa de éste, que miró á Catalina de pies á cabeza, y la dijo ásperamente:

—Explicaos sin llorar.

—Mi noble señora...

—¿Está enferma?...

—Se la han llevado unos esbirros de la Inquisición.

—¿Y venís á decirme lo que ya sé?...

Bien habéis representado y representáis la comedia.

—¡Señora!

—Basta.

Dos criados aparecieron.

—Cumplid mis órdenes—dijo la esposa de don Martín con la energía que la caracterizaba.

Los dos criados se acercaron á Catalina, la asieron por los brazos, y la dijeron:

—Venid.

—Pero...

—Callad, sino queréis que os tratemos de otra manera.

Entonces fué cuando se sintió aturrida la criada.

¿Qué significaba lo que sucedía?

No era posible que lo adivinase.

Y no pudo pedir explicaciones, ni siquiera darse cuenta de la situación, porque los criados de don Martín la sacaron de la cámara, la llevaron á un aposento donde no había ventanas, ni más muebles que una cama y una silla, y le dijeron:

—Si gritáis mucho y os empeñáis en no dejarnos sosegar, os pondremos una mordaza y si no es bastante, á las cuevas iréis para que las ratas os devoren.

La amenaza no podía ser más horrible. Convencióse Catalina de que el fingi-

miento no servía para nada, pues su traición debía ser conocida cuando sin meterse en más averiguaciones habían adoptado aquella resolución.

Y si su traición era conocida, ¿cómo no habían evitado el golpe?

No era posible que esto se lo explicase Catalina, pues ni su inteligencia era mucha, ni tenía antecedentes para apreciar con exactitud la situación.

No quiso volver á gritar, porque estaba segura de que la amenaza se cumpliría sin ningún género de consideraciones; después de reflexionar parecíale lo más conveniente acostarse y dormir, si le era posible conciliar el sueño.

Así lo hizo.

En la morada de don Martín, reinó también un silencio absoluto.

Y por aquellas calles nada de particular sucedía en el resto de la noche.

Entre tanto avanzaban silenciosamente los miserables que llevaban á Isabel, y se detuvieron á la puerta de la casa que ya conocemos y que había sido tan escrupulosamente examinada por el dominico.

Culebrina sacó una llave y abrió.

CAPITULO XXVII

EN EL ENCIERRO

Aquellos eran los momentos críticos, porque Isabel había de apercibirse forzosamente de que no la habían llevado á la Inquisición; pero todo estaba previsto y los dos hombres que conducían la silla, y los otros tres que habían representado el papel de esbirros, colocáronse junto á la puerta.

Por su actitud manifestaron claramente que estaban dispuestos á todas las violencias en el caso de que la víctima gritase para pedir socorro.

Salió de la silla Isabel.

Detúvose, miró á todos lados y murmuró con voz reconcentrada:

—¡Oh!...

—Silencio— interrumpió Culebrina—, porque si gritáis, si hacéis resistencia...

—No la haré... ¡Miserables!... Me habéis tendido un lazo...

—Vamos, señora.

—Pero no pongáis vuestras impuras manos en mi cuerpo.

—Si sois razonable...

—Apartaos.

Y entró en la casa la infeliz.

Culebrina cerró la puerta.

Los otros cuatro bandidos tenían instrucciones y ya sabían lo que habían de hacer.

—Por aquí señora.

Entraron en la habitación donde se encontraba la cama, y allí, sobre la mesa, dejó el esbirro una luz.

—¿Es este mi encierro?—preguntó Isabel, como quién está resuelta á perder la vida antes que hacer el sacrificio de su dignidad.

—Creo que sí, pero nada puedo decir con certeza, porque no hago más que cumplir las órdenes que he recibido.

—Está bien.

—Muy pronto veréis á la persona con quién debéis entenderos.

Culebrina salió, cerrando y echando la llave.

Se sentó Isabel.

Aún no habían transcurrido tres minutos cuando la puerta se abrió, y se presentó el abate Florentín.

Estaba su rostro lívido y desfigurado.

En corrientes se escapaban de sus pequeños ojos el fuego de su pasión impura.

Apenas podía dominarse su agitación.

Sus delgados labios, secos y blanquecinos, se entreabrían al contraerse.

Nunca había sido tan repugnante y tan horrible su aspecto.

Detúvose y fijó su ardiente y devoradora mirada en Isabel.

Esta se estremeció.

A pesar de que estaba segura de librarse, de su enemigo, no pudo mirarlo con calma.

Pasaron algunos minutos sin que articulasen una sílaba.

No encontraron frases con que expresar sus sentimientos.

Florentín debía dar principio á la conversación, y aunque esto parecía muy difícil, era fácil, puesto que ya sabía cada cual á qué atenerse con respecto al otro.

—¡Ah!—exclamó por fin el abate acercándose á Isabel—. Ha llegado el día, y ahora...

—Lo mismo que siempre, estoy dispuesta á morir antes que olvidar mis deberes, antes que satisfacer vuestros impuros deseos.

—Señora, me dominaré por última vez,

aunque para dominarme tengo que hacer esfuerzos sobrehumanos. Si queréis hablaremos con la calma que es posible en nuestra situación, y si no me escucháis, peor para vos, peor para todos y peor para vuestra hija.

—¡Mi hija!... ¿Dónde está mi hija? ¿Qué habéis hecho de ella?

—Lo sabréis muy pronto, y además la veréis; pero es preciso que antes me escuchéis.

Estas palabras alentaron á la pobre madre.

Iba á ver á su hija, y esto era una felicidad incomparable, un goce inmenso.

Su corazón latió con desigual violencia.

El fuego de su amor maternal brilló en sus ojos.

—Sí—dijo con ansiedad indescriptible—, traed á mi hija, dejad que la vea, que estampe en su frente purísima un beso, y después...

Vais demasiado aprisa.

—¿Y por qué he de esperar?

—Porque es preciso que antes hablemos.

—Acabad.

—Señora, David pudo sacaros de los calabozos de la Inquisición, y la influencia de don Martín de Quiñones, ha conseguido que seáis absuelta; pero lo que ha sido para vosotros un imposible es la salvación de vuestra hija y esto consiste en que se encuentra en mi poder, en que yo soy el único vigilante que tiene, y no hay traición posible.

—Ya lo veo.

—Ahora os encontráis en el mismo caso: estáis en mi poder, y vuestros protectores y amigos os buscarán inútilmente.

—Me resignaré.

—Decidme si abrigáis alguna esperanza.

—Ninguna.

—Pues entonces...

—Ya he dicho que estoy resuelta á morir.

—¿Y vuestra hija?

—¡Oh!...

—Quedaré desamparada, y yo...

—Callad, callad.

—Pensadlo bien, y para que no tengáis derecho á decir que habéis decidido en un momento de arrebató, os dejaré toda esta noche y volveré mañana

para conocer vuestra resolución. ¿Qué más podéis pedir á quién en mi situación se encuentra?

—Nada, es verdad—respondió irónicamente Isabel.

—Me parece que mucho hace quién todo lo tiene y á una parte renuncia voluntariamente en favor de otro.

—Sí, es un gran mérito.

—Un siglo es para mí cada minuto que pasa, y no es pequeño sacrificio el que hago de esperar. Aún en medio de los abusos puede haber actos de justicia, y justicia es, y también gracia, el plazo que os concedo.

—Reflexionaré—contestó la esposa de Jacobo aparentando que empezaba á sentirse abatida.

—Vuestra salvación es imposible, no lo olvidéis.

—¿Cómo he de olvidarlo?

—Habéis luchado cuanto es posible, y hecho más de lo que puede hacer una criatura, y otra cosa no puede pedir os el mundo ni vuestra conciencia. Si se tratase solamente de vuestra vida, en vuestro derecho estáis para sacrificarla; pero tenéis que cumplir vuestros deberes de madre, y una madre no puede negar sacrificio ninguno á sus hijos. Acaba de desvanecerse vuestra última esperanza; os encontráis en la alternativa más horrible...

—Todo eso lo sé... Callad.

—Señora...

—¿No comprendéis que me estáis destrozando el alma?—replicó doña Isabel con el acento de la desesperación.

—Si os hago estas advertencias...

—No las necesito—murmuró la infeliz con voz ahogada.

Y á su pesar escapóse el llanto de sus ojos.

Sus lagrimas eran una prueba de su debilidad, de que sus fuerzas morales se habían agotado.

¿Cómo había de continuar sosteniendo aquella lucha?

Florentín desplegó una sonrisa de júbilo diabólico.

Ya creía seguro el triunfo.

Todo lo había resistido la mujer, para todo había tenido fuerza la esposa; pero la madre sucumbía.

Y si por acaso vacilaba, lo cual no era probable, si hacía uno de esos esfuer-

zos que son como el último destello de la luz, cuando viese á su hija, no podría resistir.

Regocijose el criminal.

Mucho había tenido que sufrir, había arrostrado muchos peligros, pero al fin triunfó.

Creyó que era inútil continuar aquella conversación.

¿Si había esperado muchos días, por qué no había de esperar algunas horas?

—Volveré mañana—dijo.

—Está bien.

—Y no intentéis gritar para pedir socorro, porque nadie os oiría, porque en último caso me obligaríais á ejercer violencias que quiero escusar.

—Comprendo mi situación.

—Hasta mañana, señora.

Florentín salió del aposento, cerró la puerta, echó la llave y la guardó.

En seguida fué á la habitación que tenía ventana.

Allí esperaba Culebrina, que preguntó:

—¿Qué tal?

—No puedo quejarme de la fortuna.

—Pues me alegro mucho.

—Te has conducido admirablemente y te recompensaré con largueza.

—Señor abate...

—Tengo que pagarte, no solamente por tu habilidad, sino porque sin vacilaciones, sin mostrar siquiera temor, has arrostrado grandes peligros.

—Sin arriesgarse no es posible llevar á cabo ninguna empresa.

—Tu lealtad está probada, Culebrina.

—Me parece, que...

—No hablemos de eso.

—Aguardo vuestras órdenes.

—Me parece que no tengo para qué permanecer aquí esta noche.

—Haréis lo que mejor os parezca; pero yo desearía que aquí os quedaseis.

—No.

—Entonces...

—Tú te quedarás.

—¿Solo?

—Eres bastante.

—Gracias, señor abate.

—Dormirás poco, lo menos posible.

—Nada.

—Como no sabemos lo que puede suceder...

—Nuestros enemigos son muy temi-

bles, particularmente don Martín de Quiñones y su criado que no vale menos.

—Conveniente sería que pusieses tu cama en el pasillo y á la puerta de la habitación donde está la prisionera.

—Así lo haré, aunque no sea más que para mi tranquilidad.

—Muy temprano me tendrás aquí, y si algo de particular ha sucedido...

—Todo lo sabréis.

—Adiós, Culebrina.

—Buenas noches, mi querido señor... Ya sabéis que en la calle os esperan para acompañaros, porque á estas horas, y en este barrio.

—Todo lo has previsto... No te pesará.

Salió Florentín.

Apenas dió algunos pasos se le acercaron los hombres.

Eran los que habían representado el papel de esbirros.

—Aquí nos tenéis—dijo uno de ellos.

—Seguirme á cierta distancia por si algún bribón quiere molestar me.

—Descuidad.

—Por aquí.

Y el abate delante, y los otros detrás, tomaron hacia la calle de Segovia.

Seguía el criminal profundamente agitado.

Ya no dudaba del triunfo.

Ni una sola persona encontraron.

Al llegar á la plazuela de Santo Domingo, se detuvo Florentín y dijo á los otros:

—Idos.

—¿Hacia dónde?

—Hacia los caños del Peral.

—¿Y luego?

—Haréis lo que se os antoje.

Tomaron hacia Santo Domingo el Real los bandidos.

El abate entró en la calle de la Inquisición.

Entre tanto David, Quiñones, Juan y Simón entraban en el aposento donde se encontraba Isabel.

—¡Madre mía!—exclamó el huérfano.

—¡Ah!... ¡Cuánto sufrí!...

—¡Un esfuerzo más—dijo don Martín—, y quizás el triunfo será nuestro.

Y seguros de que nadie había de interrumpirlos se dispusieron á darse mutuamente explicaciones y á ponerse de acuerdo sobre lo que debían hacer.

CAPITULO XXVIII

SIGUE LA LUCHA Y LA FARSA

Isabel pudo dormir descuidadamente porque nada tenía que temer.

Allí estaba Culebrina, no para vigilarla, sino para defenderla en caso de necesidad, y allí también se quedó David, porque le hubiera sido imposible estar con sosiego en otra parte.

Antes de que saliese el sol se fué el huérfano, y el esbirro se dejó caer en el jergón delante de la puerta del aposento de Isabel.

Ya no se percibió ni el más leve ruido en la miserable casa.

Culebrina acabó por dormirse, pues otra cosa no tenía que hacer.

A las ocho de la mañana Florentín llegó, abrió la puerta de la casa, porque él se había llevado la llave, y entró.

Medio aturdido por el sueño se levantó Culebrina y dijo:

—Buenos días, señor abate.

—¿Hay novedad?—preguntó éste.

—Ninguna, gracias á Dios.

—¿Os ha llamado la prisionera?

—Ni siquiera se ha movido. Esperé más de una hora después que os fuisteis, y como ví que nada sucedía, me acosté. He dormido, aunque despertando con frecuencia, y aquí me tenéis esperando vuestras órdenes.

—Muy bien.

—Voy á quitar ese jergón para que quede libre el paso, y si bien os parece, llamaremos y preguntaremos á la prisionera si se ha levantado, pues me parece que nada perdemos por guardar las buenas formas.

—Soy de tu opinión.

Florentín entró en el aposento y se sentó.

El esbirro quitó su cama, llevándola á la cocina, y luego dió algunos golpecitos en la puerta de la habitación donde Isabel se encontraba.

—¿Quién es?—preguntó ésta.

—Deseamos saber si os habéis levantado y si dais permiso para entrar al señor abate.

—Puede hacerlo cuando quiera.

Y Florentín abrió y entró, viendo á su víctima, que estaba sentada, con la cabeza inclinada sobre el pecho y muy abatida.

—Perdonad, señora—dijo el criminal, en cuyos ojos empezó á brillar el fuego de su pasión impura—; pero como alguna vez es preciso concluir...

—Cuanto antes mejor—dijo Isabel.

Y levantó la cabeza y fijó una mirada profunda en el verdugo.

Se estremeció el miserable.

Empezaba á sentirse aturdido.

¿Cómo había de conservar la calma en presencia de aquella mujer?

Esto era imposible.

Riesgo corría de cometer más de una torpeza, á pesar de toda su astucia y de que tenía bien combinado su plan y bien estudiado su papel.

Allí lo había llevado su pasión, y ésta era en aquellos momentos su mayor enemigo.

Esforzóse cuanto le fué posible para dominarse.

Se sentó.

Era la luz muy escasa en aquel aposento, pues no había más que la que entraba por la puerta.

Silenciosos permanecieron por algunos minutos.

Para principiar aquellas conversaciones encontraba siempre dificultades Florentín.

Isabel continuaba mirándolo no sabemos si con la intención de trastornarlo más y más.

Hubiérase dicho que en los ojos de aquella mujer había entonces más encanto que nunca, un encanto irresistible.

Téngase presente que la infeliz era madre y que ante todo quería salvar á su hija.

No estaba dispuesta á olvidar sus deberes de esposa; pero sí á representar todas las farsas imaginables y cuyo fin fuese el de recuperar á la criatura á quién tanto adoraba.

—Señora—dijo por fin el abate—, bien comprendéis que nuestra situación es insostenible.

Lo comprendo.

—Yo he podido esperar con la esperanza de que algún día se me presente ocasión para dar este golpe.

—Y yo he luchado mientras tenía una probabilidad de vencer, aunque fuese remota.

—Me parece que ha llegado el momento decisivo.

—Por mi desdicha—murmuró Isabel con sorda voz.

—Y por mi fortuna.

—Vos no podéis esperar...

—No.

—Yo no puedo defenderme, ni siquiera puedo luchar...

—Tampoco.

—No me quedan más que dos caminos.

—Eso es.

—Morir ó ceder.

—Os equivocáis, señora.

—¡Que me equivoco!...

—Sí.

—¿Acaso puedo hacer algo más?

—Es que no se trata de vuestra vida.

—Si no cedo...

—Más ó menos tarde os devolveré la libertad, porque de otra manera mi venganza no sería tan terrible como deseo.

Se pasó Isabel las manos por la frente y dijo:

—No comprendo bien.

—Vuelvo á decir que no se trata de vuestra existencia.

—¿Pues de qué?

—De vuestra hija.

—¡Oh!...

—Preciso es que me escuchéis con calma, porque os conviene más que á mí.

—¡Mi hija!...

—Os he dicho que la veréis muy pronto, porque si accedéis á mis ruegos os la devolveré para que seáis feliz, y si os obstináis en rechazarme, la veréis también, porque en vuestra presencia han de atormentarla, y escucharéis sus lamentos sin poder socorrerla, mientras contempláis su martirio...

—¡Monstruo!...

—Sí—repuso el abate con el acento propio del arrebatado que apenas podía dominar—, sí, soy un monstruo, porque monstruosa es mi pasión, porque es una hoguera...

Se interrumpió como si no pudiese continuar.

Como carbunclos brillaron sus ojos.

—¡Ah! — exclamó—. ¿Cómo queréis que ante el dolor ajeno se conmueva quién sufra tanto como yo?... Decís que soy un monstruo porque voy á destrozard fríamente vuestro corazón de madre, y no habéis pensado que yo tengo destrozada el alma. La muerte es preferible á mi martirio. No tengo un instante de

reposo. Vuestra imágen la veo á todas horas, en todas partes, y siempre vuestros encantos encienden más y más la hoguera de mi pasión. La culpa no es mía, sino de la negra fatalidad que me persigue, porque contra mi voluntad se ha encendido en mi pecho esta llama devoradora. ¿Creéis que una criatura puede vivir así?... ¡Oh!... Sí, por mi desdicha es posible la existencia con este tormento, que no concluye con la vida, sino que parece que renueva el vigor para que se sufra más. Tal vez así me castiga el Omnipotente para hacerme expiar las faltas que he cometido; pero, ¿qué he de hacer sino aceptar lo que es superior á mi voluntad y á mis fuerzas? Si esta pasión es un castigo, si es una expiación, nada puedo hacer para librarme de ella, y como hacia vos me impulsa, y como solamente en vos puedo encontrar alivio...

—Callad.

—¡Que calle!

—Vuestras palabras son horribles.

—Y si callo, ¿cómo nos entenderemos?

—¡Dios misericordioso!...

—¿Cómo pondremos término á esta situación insoportable?

—Pero...

—Señora, en lo humano todo tiene fin, y habrá de llegar este día más ó menos tarde.

—Mi hija...

—Es inocente.

—Hacedme sufrir todos los tormentos imaginables...

—No, porque el valor os sobra para soportarlo todo y no cederíais. Satanás ha puesto en mis manos á vuestra hija y no he de ser estúpido hasta el punto de respetarla. Yo también he pagado culpas que no he cometido, porque así es el mundo, así es la justicia humana.

La pobre madre inclinó otra vez la cabeza.

El llanto empezó á correr por sus mejillas.

—Sufro y os hago sufrir—dijo el abate después de algunos minutos—. ¿Por qué hemos de cometer la torpeza de prolongar nuestro martirio? Puesto que habéis de decidir, hacedlo ahora. Ya conocéis mi última resolución, ya os he dicho con franqueza que Satanás se ha posesionado de mi alma, ya sabéis que estoy

trastornado, loco, y que á los locos no se les puede pedir razón, ni justicia, ni nada y por último...

—Sí, sois capaz de todo lo malo.

—Hasta lo inconcebible, señora.

—¡Oh!...

—No lo dudéis: si me rechazáis como siempre lo habéis hecho, llevaré hasta el último refinamiento mi crueldad, y mi amor se convertirá en un odio profundo, un odio de que no podéis tener ni remota idea; y cuando os vea sufrir, cuando no me quede duda de que tenéis el alma destrozada por el dolor, gozaré como no ha gozado ninguna criatura. Necesito expansiones, emociones distintas, necesito un goce cualquiera, y si no puedo alcanzar el que anhela mi pasión, tendré á lo menos el de la venganza. Los que son ruines como yo, gozan cuando ven sufrir á los que aborrecen. Y en cuanto á vuestra hija, como es el fruto de vuestro amor á Jacobo...

—¡Miserable!—gritó fuera de sí la desdichada madre.

Tan horrorizada se sintió, que faltó muy poco para que dejase de representar el papel que le convenía.

Empero aún le dió fuerzas su amor maternal.

—Florentín se puso en pié.

—Concluyamos—dijo con voz alterada y fijando en Isabel una mirada devoradora.

—Ya he concluído.

—¿Qué decidís?

—¡Dios mío!...

—Vuestro amor, vuestras caricias, aunque sean falsas, ó el martirio de vuestra hija.

Isabel se oprimió las sienes, exhaló lamentos desgarradores y al fin quedó inmóvil como si sus fuerzas se hubiesen agotado.

Florentín esperaba con creciente ansiedad.

Transcurrieron algunos minutos que al miserable parecióronle siglos.

—Mi hija—dijo Isabel—, quiero verla, quiero abrazarla...

—Pero...

—Por mi hija haré el último sacrificio; y... ¡maldito seáis!

Se estremeció Florentín.

—Idos—dijo la desdichada—, dejadme... Puesto que el sacrificio he de con-

sumarlo, devolvedme pronto á mi hija, pronto.

Lo que expresó el rostro del abate no puede concebirse.

Parecía que en llamaradas escapábase de sus ojos el fuego de su pasión.

Extendiendo los brazos, acercóse á Isabel.

—Apartaos—dijo ésta.

—¿No habéis dicho que seréis mía?

—Mi hija, quiero verla...

—Luego...

—Antes...

—No...

—Sí.

—Primero...

—Mi hija ante todo, y el sacrificio después.

—Señora...

—Sois un miserable...

—No lo he negado.

—¿Quién me responde de que mi hija vive?

—¿Y quién me responde de que cumpliréis vuestra promesa?

—Mi palabra...

—No es bastante.

—A tiempo estaréis siempre para cumplir vuestra terrible amenaza.

Florentín reflexionó.

Nada más justo que la petición de Isabel.

Era imposible que ésta engañase á Florentín, puesto que mientras estuviera en poder de su verdugo, podría éste cumplir su amenaza.

—Voy por vuestra hija.

—Sí, sí.

Y salió del aposento el abate.

Su rostro estaba lívido y desfigurado. Apenas podía respirar.

Entró en la habitación inmediata, diciéndole á Culebrina:

—¡Soy feliz!

—Me felicito.

—¡Ah!... Pero estoy trastornado y... Necesito reflexionar... ¿Cómo traeré á la niña?

—¿Puedo ayudaros?

—No, buen Culebrina, porque es preciso que aquí te quedes.

—Cerrando con llave...

—No, no.

—¿Queréis que vaya á buscar á los que anoche nos sirvieron?

—Para lo que he de hacer desconfío de todo el mundo.

—Ellos pueden quedarse.

—No, no—volvió á decir el abate.

Y se pasó, esforzándose para recobrar la calma y reflexionar.

Hasta entonces no había pensado en los inconvenientes que su plan tenía.

¿Cómo había de sacar de su encierro á la hija de Isabel?

Era muy peligroso hacerlo así en medio del día, pues forzosamente llamaría la atención, y mucho más si la niña, impresionada vivamente al encontrarse fuera del subterráneo donde estaba y en medio de la luz y del bullicio del mundo, gritaba ó hacía cualquiera demostración por el estilo.

Y el abate era una persona muy conocida, y bien podía suceder que se encontrase con algunos de sus compañeros ó siquiera con algún esbirro, en cuyo caso su perdición sería segura, puesto que nadie había olvidado que él fué quien se encargó de la hija de Jacobo.

También por su aspecto, por su ropaje, por todo, debía llamar la atención la niña infeliz.

¿Cómo salvar todos estos inconvenientes?

Era muy difícil, tal vez imposible.

Como no encontraba medio, quiso Florentín respirar al aire libre para ver si así se desaturdía.

—Volveré, no sé cuando—dijo.

—Una cosa habéis olvidado.

—¿Qué?

—La prisionera no ha comido, ni yo tampoco...

—Es verdad.

—Os lo recuerdo, porque me parece...

—Por aquí cerca debe haber algún bodegón ó cosa parecida.

—Muchos.

—Te autorizo para que salgas á comprar comida; pero cierra bien y vuelve pronto.

—Si queréis esperarme....

—No es menester, ni puedo detenerme, ni quiero tampoco quedarme á solas con esa mujer, porque... ¡Oh!... Hasta luego.

Y sin pronunciar una palabra más, salió el abate.

Tomó calle abajo y al mismo tiem

po apareció Juan, que lo siguió á buena distancia.

El astuto sirviente no había olvidado ningún detalle y todo lo había previsto.

Sabía que allí se encontraba la hija de Jacobo, y que por consiguiente tendría Florentín que ir á buscarla.

¿No era posible que el miserable se arrepintiese?

Sí, y en este caso convenía seguirlo para ver adónde iba.

Desconfiado era Florentín, ya lo sabemos, y además muy precavido, pero en aquellos momentos de trastorno no le ocurrió sospechar que lo espíasen, y ni siquiera volvió la cabeza para ver si alguien lo seguía.

Absorto en sus pensamientos, llegó á la calle de Segovia, luego á la plaza del Arrabal, y dejando atrás calles y calles, se encontró en fin en la plaza de Santo Domingo.

Allí se detuvo.

Miró hacia la calle de Convalecientes y luego á la de la Inquisición.

Esto lo hizo dos ó tres veces.

Juan se había colocado tras una esquina y observaba con la atención que el caso merecía.

—Duda—dijo.

Después de algunos minutos Florentín dió algunos pasos hacia la primera de las calles que acabamos de nombrar; pero volvió á detenerse, se dirigió hacia la izquierda y llegó hasta la esquina de la Inquisición.

Aún dudaba y retrocedió repentinamente.

—¡Por el infierno!—exclamó Juan—. Si me apura mucho la paciencia dudo poder dominarme.

De la resolución de Florentín dependía la salvación de la hija de Jacobo.

—Por allí—dijo Juan—, se va al encierro de la pobre niña.

Y miró hacia la calle de Convalecientes.

—Y el abate duda entre ir á buscar á la pobre niña ó volver á su casa. Si hace lo primero, el asunto concluirá felizmente; pero si continua dudando, si á su vivienda se va... ¡Oh!...

Y lo segundo hizo Florentín, porque no acababa de tranquilizarse, no encontraba medio de sacar á la niña sin exponerse á que se descubriera su crimen.

Necesitaba más tiempo para reflexionar.

De todas maneras debía esperar á que llegase la noche.

Cuando estuvo en su casa y meditó detenidamente, dijo:

—¿Por qué no ha de ir la madre donde está la hija? El camino es largo; pero adoptando precauciones... No, tampoco me conviene esto, porque mis enemigos son muy astutos, porque no descansan un instante, y si me espían, lo cual supongo que harán, sucederá lo peor que puede suceder y es que descubran el paradero de la niña.

Todo le presentaba inconvenientes.

Tratándose de Isabel, tenía confianza en Culebrina y la hubiera tenido en cualquiera otro miserable; pero en cuanto á la niña, parecía que hasta su sombra era un espía.

En realidad, el arma terrible de que disponía Florentín, lo mismo para amenazar que para defenderse, era la inocente criatura.

Desde el momento en que la niña se

encontrase libre, sus víctimas podían vengarse sin ningún temor.

Así llegó á resultar que el plan más hábilmente meditado tenía un grave inconveniente.

Por primera vez en su vida no pudo Florentín salir del apuro.

Una hora después fué al tribunal para evitar que su ausencia llamase la atención.

Aquella tarde volvió á meditar.

Perdió el tiempo y el trabajo.

Juan había tenido bastante paciencia para seguirlo y observarlo.

Lo que veía le probaba que Florentín había prometido llevar á la niña y dudaba cumplir su promesa.

Mientras el abate estuvo en el tribunal comió el sirviente en una taberna de la plazuela de *San* Santo Domingo.

Llegó la noche.

¿Y nuestros amigos?

Tenemos que retroceder para averiguar lo que habían hecho durante el día y mientras el abate dudaba y cavilaba.

FIN